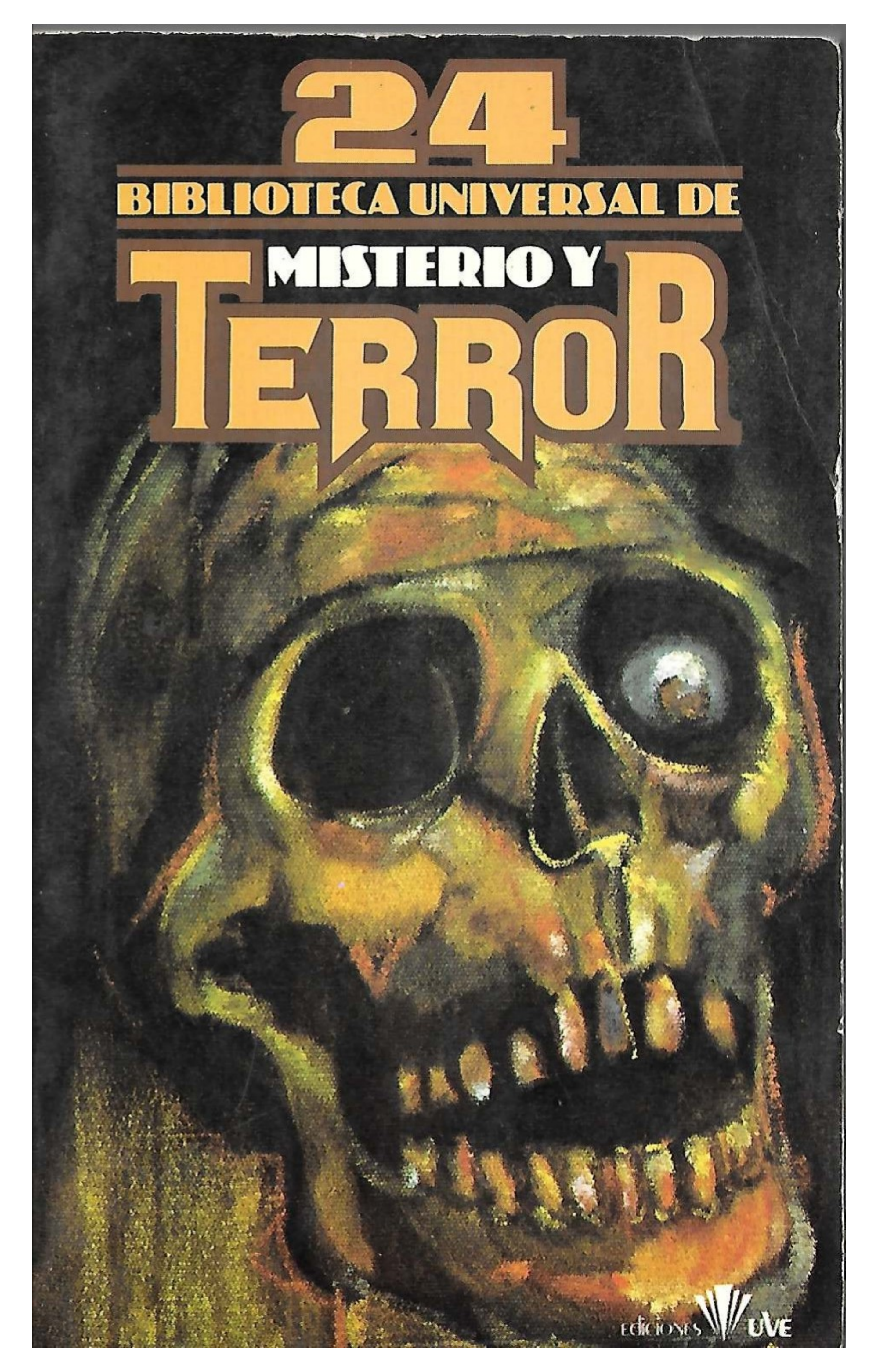

24
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE



Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43
MADRID-16

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

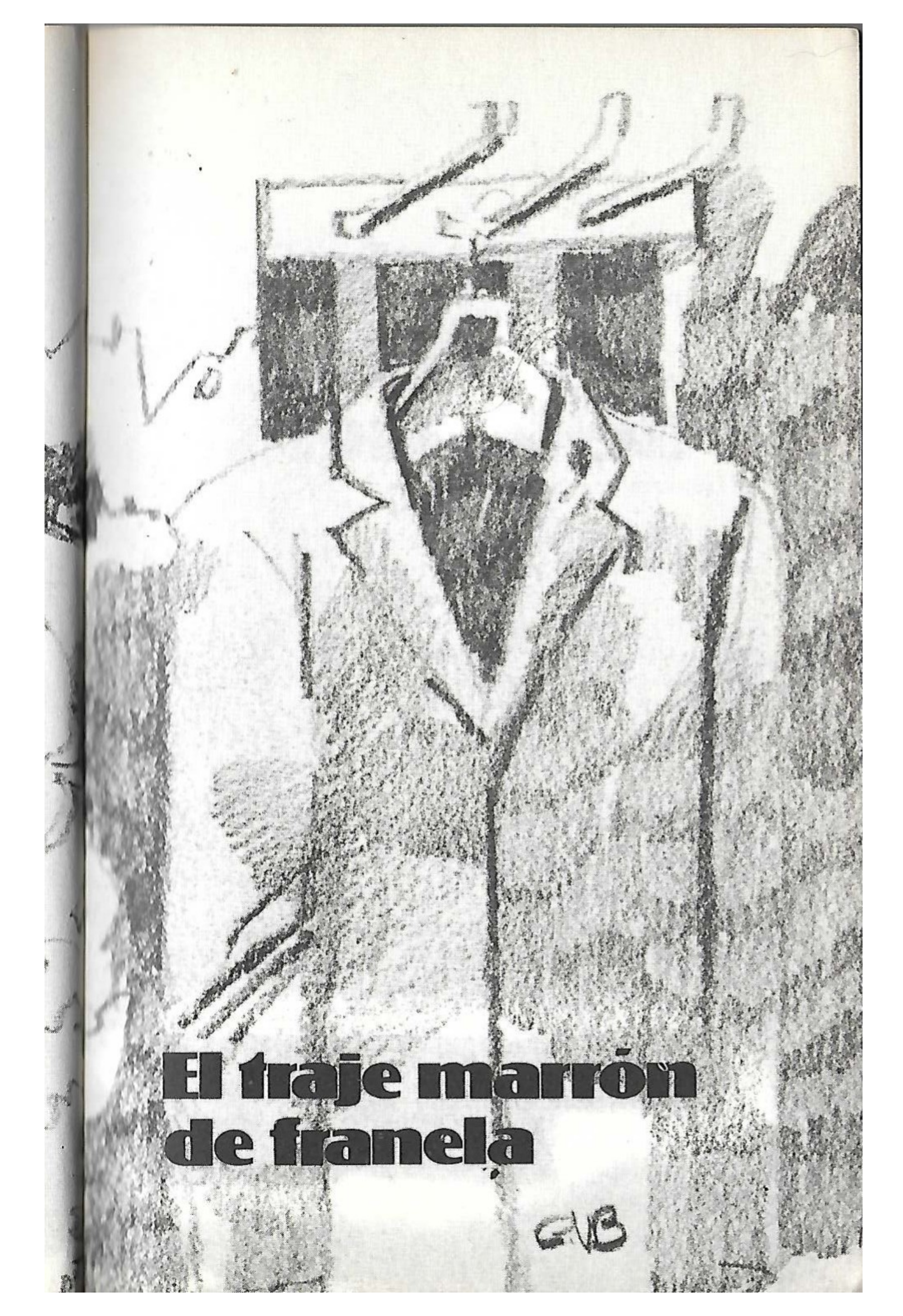
Depósito legal: M. 36.120-1981.
ISBN: 84-7526-008-X.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO




El traje marrón
de franela
GVB

El traje marrón de franela

José Luis Velasco

Todo empezó con la aparición de unas pequeñas manchas en la solapa que poco después desaparecieron dejando un aséptico olor a quitamanchas... Luego fue lo de los botones desprendidos que... Y luego...
¿Cómo aceptar que aquel traje le estuviese enviando señales?
¿Estaría perdiendo la razón?



CADA vez que mi marido se marcha de viaje, esos largos recorridos que duran tres y cuatro meses, me asaltan inquietantes temores.

Es un buen viajante. Cubre una zona muy amplia por el centro.

Tarda tres o cuatro meses en rematarla, visitando una a una todas las droguerías de la región.

Cada vez que mi marido se marcha de viaje, esos largos recorridos que duran tres y cuatro meses...

Bueno, lo confieso, me quedo en la soledad de nuestro piso modesto encogida, llena de temores...

¡Ocurren tantas cosas!

Accidentes, robos, atracos, atentados, secuestros.

Esta mañana se ha marchado mi marido para iniciar uno de esos largos viajes de tres o cuatro meses...

Disgustado.

Sí, del todo disgustado.

No se ha podido llevar su traje de franela marrón.

El es sumamente cuidadoso; un traje de franela marrón le dura seis o siete años. Porque es sumamente cuidadoso.

Cuando un traje lo ha llevado un año, ya no puede prescindir de él.

Yo creo que llega a quererlos. No, no lo creo: lo afirmo. El dice que se transforman en algo así como su doble: han tomado su forma, su contextura. Se los pone con comodidad y la tela se ajusta holgada a su cuerpo, sin presiones...

Se ha tenido que llevar el traje gris.

El marrón estaba en la tintorería.

El traje gris lo tiene hace poco tiempo; es todavía un desconocido. Se siente incómodo con él.

¿Dónde estará ahora? Me lo he preguntado cuando, al traer el traje de la tintorería, he procedido a colgarlo en la percha del recibidor.

Cada vez que miro al traje parece que le veo a él.

Le quiero, oh, sí, le quiero.

¿Pueden creer que, al pasar junto al traje marrón de franela de mi marido, a veces me detengo junto a él y le acaricio suavemente una manga con la yema de los dedos o el borde del bolsillo superior...?

En ocasiones poso mis mejillas sobre las solapas. Rememoro su aroma.

Y le recuerdo y sé que le quiero.

Cada vez que mi marido se marcha de viaje, esos largos recorridos que duran tres y cuatro meses, me quedo aquí llena de temores.

Fíjense qué cosa tan extraña.

Tan, tan extraña...

Del todo extraña.

Esta mañana, al pasar junto al traje de mi marido, colgado en la percha del recibidor, he advertido algo que, lo confieso, me ha producido un antipático sobresalto...

Sí; he observado que en la solapa izquierda habían aparecido dos manchas: una del tamaño de una moneda, la otra algo más pequeña.

¿Cómo? ¿No se las quitaron en la tintorería? Imposible. La tintorería *El Sol* no comete errores de esa clase. Por otra parte, lo estuve repasando con detenimiento antes de traerlo a casa.

He barajado todas las hipótesis. Sólo hay una respuesta.

Una respuesta verdaderamente extraordinaria.

He sentido, si no justamente miedo, una corazonada extraña.

Las manchas han aparecido, han brotado, han salido, surgido, aflorado, emergido. Solas.

Tengo un fino olfato. Lo dice siempre él.

He aplicado mi nariz a las manchas; sí, justamente: cordero asado.

El anda por Guadalajara... ¡Qué tontería! He pensado, ¡qué tontería!, que mi marido ha estado en Atienza, ese pueblo donde me cuenta que siempre toma cordero en el mesón de un amigo...

Fíjense qué cosa tan extraña.

Tan, tan extraña...

Del todo extraña.

Por la tarde habían desaparecido las manchas. En su lugar he detectado una tonalidad blanquecina, casi inapreciable. Y olor a quitamanchas K2r.

El es muy cuidadoso; yo diría más: él es muy pulcro... ¡Qué tontería! Figúrense lo que he pensado: él se ha hecho con un quitamanchas por la tarde y ha limpiado su traje.

Estoy muy asustada.

El miércoles, dos días después, he descubierto que le faltaba al traje un botón de la bocamanga derecha.

Me he dado cuenta al anochecer.

Cuando él no está, duermo mal. Y cuendo duermo mal, me levanto a deshoras y doy vueltas por la casa...

Estoy muy, muy asustada, sobrecogida. Porque a las cuatro de la madrugada el botón de la bocamanga estaba otra vez en su sitio...

El hilo no era justamente del mismo color que el del resto de los botones.

El es muy cuidadoso. No tiene nada que ver con esa clase de hombres que, tan sólo para coserse un botón, tienen que recurrir necesariamente a una mujer.

El sabe muy bien pegarse un botón de la bocamanga.

¡Qué extraño! Sí, ¡qué extraño! Pero he pensado que esta tarde se le ha caído un botón en Segovia; se ha dado cuenta, lo ha guardado y, por la noche, antes de acostarse, ha procedido a coserlo.

Sí, él está ahora en Segovia; conozco los lugares que visita cada día. Me deja una copia de sus hojas de ruta para que pueda seguir su viaje desde aquí...

No puedo por menos que mirar el traje con cuidado todos los días, a todas horas.

Caminos secundarios empolvados. ¡Debe visitar hasta los pueblos más pequeños! ¿Se dan cuenta ustedes de la clase de viajes que él hace?

Esta mañana el traje estaba lleno de polvo de los caminos. El calor es excesivo para estas fechas. No se pueden llevar las ventanillas del coche cerradas con un tiempo así...

Por la tarde tenía mucho menos polvo, mucho menos...

Está en Sepúlveda.

El es muy ordenado, ya lo he dicho. Lleva un cepillo en la maleta. A mediodía ha procedido a cepillarse. Estoy muy asustada.

Ha ocurrido esta mañana, al incorporarme de la cama para dirigirme de inmediato a ver el traje. Lo he advertido diez metros antes de llegar junto a la percha del recibidor. Tengo un fino olfato.

Me ha dado un vuelco el corazón. He sentido una trémula debilidad en las rodillas.

El traje marrón de franela olía escandalosamente a perfume de mujer... Un olor agresivo y grosero...

Hoy está en Sepúlveda.

Esa es la localidad donde visita una droguería regentada por una joven viuda, rubia platino, de la que me ha hablado a veces.

Sí, con ese tono neutro que utilizan los hombres cuando les gusta una mujer y le hablan de ella a su esposa... Los elogios velados se mezclan a la enume-

ración de una serie de defectos por los que nadie les ha preguntado...

Me he sentado en una silla... Desfallecida.

Los pasillos de la casa tenían una luz desolada, ajena.

¿Es posible? ¿Es posible que él mantenga alguna clase de relación con otra mujer? No puedo ni imaginármelo.

Pero, ¡qué tontería! ¡Dios mío, qué tontería!

Es tan sólo un traje de franela marrón.

Ya no puedo dormir. Me levanto a cualquier hora para inspeccionar el traje, anhelante.

Recorro con detenimiento sus diversas zonas, los bolsillos, el forro, las costuras...

Cada vez que oigo algún ruido en el recibidor, sonidos normales por otra parte, crujidos o rumores a los que ya estamos acostumbrados desde hace mucho tiempo, me precipito hasta allí para comprobar si hay novedades...

El olor a perfume persiste desde hace dos semanas...

Todos los días descubro algo.

Martes: varios hilos blancos adheridos a los pantalones.

Miércoles: la espalda de la chaqueta está completamente arrugada.

Jueves: ¡Dios mío! Un pequeño siete a la altura de la nalga izquierda.

Viernes: el siete aparece primorosamente zurcido.

Sábado: en los faldones de la chaqueta se aprecian unas manchas blancas, seguramente de cal o de tiza; tal vez un roce fortuito con una pared... Horas más tarde han desaparecido.

Domingo: ¡Jesús! ¡Otra vez el perfume! Y desagradables manchas amarillentas con residuos secos en la base del pantalón. Algo semejante a... vomitado de borracho. Faltan dos botones de la chaqueta. Todo el traje está excepcionalmente arrugado...

¿Bebe? ¿El bebe? Lo he comprendido en un ins-

tante. Ha vuelto desde Salas de los Infantes a Sepúlveda para verla. Se han emborrachado juntos...

Lunes: todo está en orden.

El traje huele a polvo y a perfumes endiablados. Viaja mucho ahora... El tiempo que pierde con ella trata de recuperarlo acelerando el cuentakilómetros...

Estoy deshecha; deambulo por la casa como un fantasma... ¿A quién puedo contarle todo esto?

Además, tengo mucho miedo.

Polvo y perfumes.

Desde cualquier punto regresa a Sepúlveda para verla...

He chillado en el salón; lloro todo el día.

Ha desaparecido el olor a perfumes... Está ya demasiado lejos para poder regresar en una jornada a Sepúlveda.

La espalda de la chaqueta siempre está arrugada. Se pasa mucho tiempo en el coche. Recupera el tiempo malgastado. Estoy muy inquieta...

No salgo a la compra hace tiempo. Me siento de la mañana a la noche frente al traje. Me olvido de comer... Nunca pasa nada si estoy presente.

Me desplazo a la cocina para beber agua, por ejemplo; o voy al baño. De regreso me encuentro con las novedades.

¡Unas gotas de sangre en las solapas, el jueves por la noche!

¿Una hemorragia nasal? ¿Un corte? ¿Un accidente?

Me he mirado en el espejo: estoy pálida y ojerosa. No ocurren cosas y el piso permanece embalsamado por un silencio cargado de presagios.

Han desaparecido las manchas de sangre. ¿Cómo iba a tolerar él una cosa así más de veinticuatro horas?

Las noches son buenas para viajar.

No ocurre nada. ¡No tengo noticias! Tan sólo persisten las arrugas exageradas en la espalda de la chaqueta; los pantalones están hechos una pena...

Ahora surgen manchas diversas con demasiada frecuencia. Se comprende: él debe comer precipitada-

mente en la carretera. Ha perdido demasiado tiempo con esa loca. ¡Demasiado! Estoy aterrada.

¡Oh, pero tan sólo dos días para que regrese! ¡Qué tonterías! ¡Qué tonterías!

El viernes, después de dos días depresivos sin poder dormir, me he tumbado en la cama. Me he quedado adormilada, placenteramente, en esa duermevela esponjosa que sobreviene después de una noche de insomnio o durante las mañanas de abril. Un momento laxo y dulce.

A las tres de la madrugada me he despertado estremecida por un abominable sobresalto, con el corazón palpitante y la boca menos dulce.

He oído en sueños (¿ha sido en sueños?) un estrépito horrible, un brusco impacto sordo y metálico, el chillido de algo semejante a los neumáticos de un coche cuando, tras un frenazo súbito, las gomas patinan calientes sobre el asfalto dejando marcada una huella que perdura durante mucho tiempo...

Después, silencio, un agudo silencio llenando la casa de vacío...

Me he levantado desnuda, sí, con la garganta ahogada por una angustia que repercutía locamente en mis sienes.

He corrido por el pasillo.

He oído mis talones retumbantes sobre el entarimado.

He dado la vuelta a la esquina que da acceso al recibidor.

He visto lo que no había del traje.

He chillado, he chillado, he chillado...

Un destrozo feroz en la franela marrón, hecha girones; más que fragmentos de un traje marrón identificable, desechos de tela desgarrada y colgante, nada reconocible, nada parecido a un amado traje de franela marrón; colgajos de tejido marrón embadurnados de tierra y de sangre... No se podía saber realmente si era marrón. Había mucha sangre, aún caliente. No se podía saber si era un traje.

La sangre resbalaba por el papel pintado de la pa-

red, caía fluida por el papel pintado tapando los delicados motivos florales. Hasta el suelo.

Se había hecho un charco sobre el entarimado.

Se oían caer las gotas de sangre sobre el charco de sangre. El sonido resultaba muy particular.

Descendían con un ritmo equilibrado.

Había salpicaduras de sangre en las paredes, en el techo, en la consola, en los retratos familiares.

Por la ventana abierta penetraba la impersonal madrugada de octubre.

La ventana pertenecía al piso décimo; lo dijo en seguida un empleado nocturno del Ayuntamiento señalando hacia arriba con el índice.

Una cabeza demasiado inestable, poco preparada para rechazar sus afanosas decisiones momentáneas.

Una niebla sangrienta le deparó una fulgurante visión de las fachadas.

Se ahogaba. Le recordó. Fue una niña juiciosa.

Un verano estuvo en Santander.

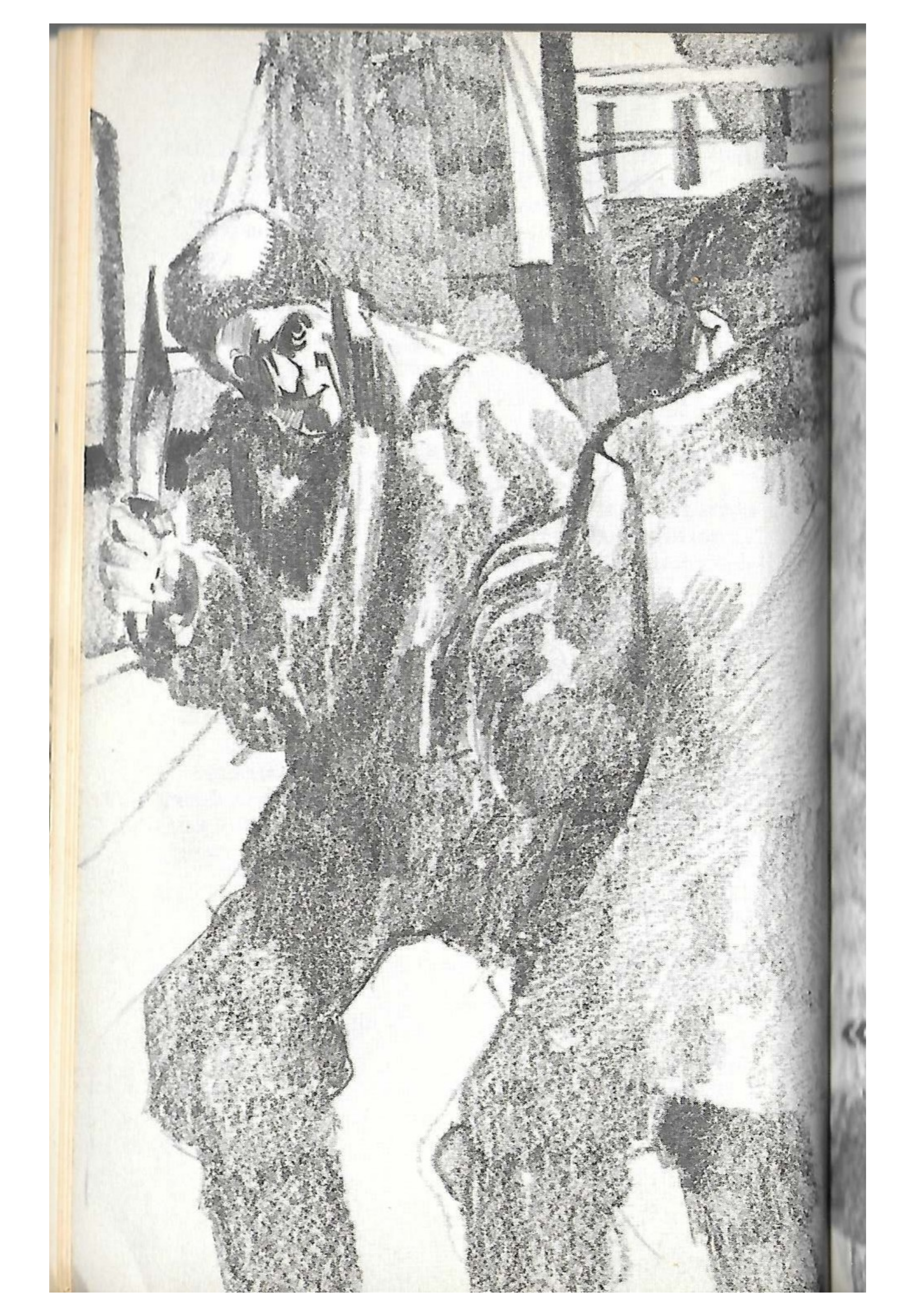
Su madre tenía una berruguita en la mejilla.

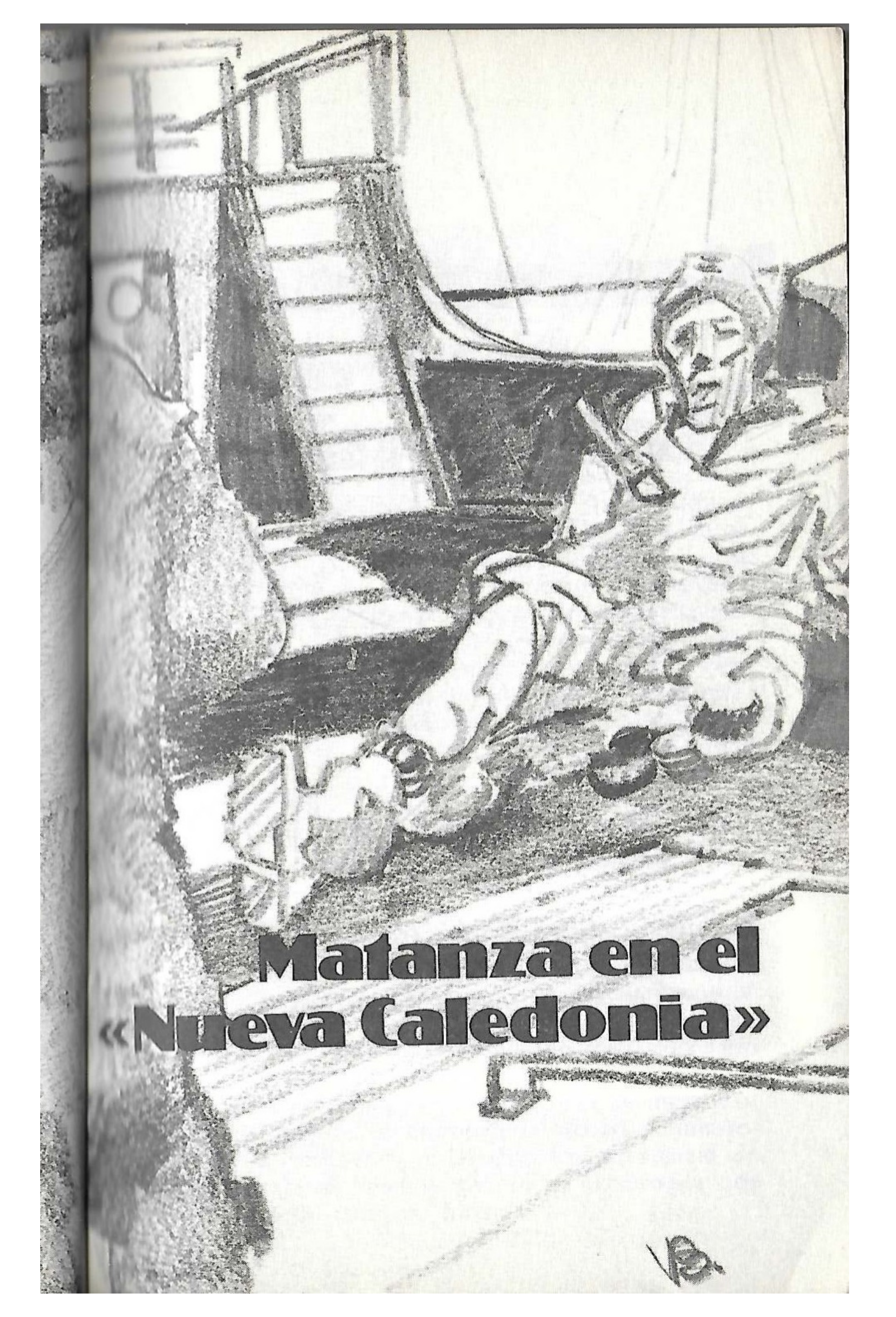
Su papá olía a colonia Lucky Strike.

Tuvo un gatito con el pelo dorado.

Se destrozó contra el pavimento. Estaba desnuda. El empleado nocturno del Ayuntamiento tan sólo acertó a decir «¡se ha matado, se ha matado, se ha matado!» mientras corría calle abajo para avisar a alguien...







Matanza en el «Nueva Caledonia»

Matanza en el «Nueva Caledonia»

Manuel Yáñez

Sumergidos en una opresiva atmósfera de desconfianza, la tripulación cayó en la cuenta de que el velero se iba transformando en un gigantesco ataúd por el que se movían como auténticos fantasmas...



LA bestialidad humana es mayor que la del más sanguinario animal, porque obedece a la necesidad de descargar en los inferiores las propias frustraciones. Cuando este cruel fenómeno aparece en un colectivo forzado a mantener una existencia a niveles de permanente violencia, la bestialidad se convierte en una embriaguez de ocurrencias que bordean los límites de la muerte. Porque la ignorancia de la piedad, así como el desprecio a toda muestra de sensibilidad, lleva a creer que la hombría sólo se demuestra soportando unas bromas, auténticos martirios, sin que exista la posibilidad de la réplica.

Pero, ¿dónde se encuentra el límite de este peligroso juego? ¿Acaso en el momento que la burla da origen a un accidente mortal? La respuesta a estas dos preguntas se materializó en los alucinantes sucesos que tuvieron como escenario el velero «Nueva Caledonia», cuya tripulación estaba compuesta por pescadores o cazadores de focas. Todos eran hombres extraídos de la escoria de una sociedad en decadencia, y llevaban varias semanas de viaje. Su aburrimiento degeneró en las bromas que sufrió Aga, el cocinero hindú.

Al principio de la travesía, este personaje había gozado de cierto respeto, gracias a lo variado de su repertorio culinario y al gusto tan sabroso que ofrecían sus guisos. Pero, una vez que el mérito se convirtió en una rutina, alguien comenzó a burlarse del oriental, fijándose en sus cargadas espaldas, en su barba escrupulosamente cuidada, en sus lentos andares y en el apagado brillo de su mirada que siempre buscaba el suelo.

Fue Tobías, «el Risas», uno de los arponeros, el primero que inició el tobogán de las violentas bromas, al ponerle la zancadilla al hindú cuando recorría la cubierta llevando una bandeja con dos tazas metálicas. Aga cayó aparatosamente, componiendo una ridícula postura y manchándose de café el rostro, el turbante y las ropas. Pero se levantó sin quejarse, soportando las risotadas, y recogió los cacharros teniendo que perseguirlos cómicamente debido al balanceo de la embarcación; mientras, seguía bajo el acoso de las burlas y de los empujones hasta que, al undécimo golpe, perdió el conocimiento. Pero los bromistas no vacilaron al devolverle a la realidad arrojándole todo el agua de dos baldes a rebosar.

Desde aquel momento, pareció que quedaba abierta una competición para saber quién era capaz de someter a Aga a la broma más brutal: decenas de suplicios soportó el duro oriental de edad indefinida, hasta que a Hugh «Cuchillo», uno de los curtidores de pieles, se le ocurrió atarle los brazos a una polea, a la vez que le mantenía con los pies unidos al palo mayor, persiguiendo el malicioso propósito de «enderezarle» la columna vertebral, «ya que así te libraremos de la joroba, cocinero».

El hindú soportó la tortura y la burla sin quejarse, aunque le llevaron a los límites de la rotura de los huesos. Cuando esto iba a producirse, comenzó a emitir unos aullidos infrahumanos, mezclados con unos estertores de rabiosa desesperación, que sobrecogieron a sus verdugos. Así finalizó la diversión.

Aquella misma noche, el hambre de las fieras hu-

manas no encontró la satisfacción de la cena porque nadie acudió a servírsela. Rabiosos e insultantes marcharon en busca del jorobado, pensando que «el maldito viejo nos ha devuelto el golpe, ¡pero vamos a enseñarle que con nuestro estómago nadie juega!» La amenaza se hizo vómito en el momento que descubrieron la verdad: ¡Aga se había ahorcado!

El «Nueva Caledonia» se encontraba a ocho días de las costas de Groenlandia. Hacía mucho frío. Pero sus tripulantes lo acusaron más ante la evidencia de la muerte. Un silencio fabricado de miedos y de preguntas sin respuestas abrazó al barco, sometiéndole a una especie de gangrena de la que debía librarse lo antes posible. Por este motivo, el capitán ordenó que el cadáver fuera metido en un saco y arrojado al mar. La normativa marítima imponía unas horas de velatorio, que no debían hurtarse ni siquiera a los suicidas, pero el deseo de librarse de aquella ominosa culpa se había hecho tan opresivo, que todos fueron cómplices de la macabra ceremonia, para la que ni siquiera hubo ningún tipo de oración; además, ¿quién conocía cómo se mandaba «a los infiernos a un jorobado hindú»?

Por último, un escalofrío general cubrió, de proa a popa y de babor a estribor, todo el velero. Sabían que la muerte no les había abandonado, a pesar de que el cuerpo del cocinero ya se encontraba en las negras aguas.

—¡El próximo bromista lo va a sentir! —amenazó el capitán Larson. Luego, volviéndose hacia el más joven de los marineros, ordenó—: Grauman, ve a la cocina y prepara la cena, ¡de prisa!

Sólo los más duros acudieron al comedor, porque los otros se habían quedado sin apetito. Y en el momento que el hambre de los pocos se había confundido con la desesperación y el sueño, apareció el humeante puchero de sopa. Pero, al probarse la primera cucharada, reventó el bramido de la protesta:

—¡No hay quien se coma esta bazofia! ¡«El Rata»

ha echado toda la sal de la bodega! ¿Va a consentirlo, capitán?

Al verse injustamente acusado, Grauman dejó caer el puchero de las manos, retrocedió hasta que chocó su espalda contra la pared, el rostro se le llenó de incredulidad, y exclamó con un gemido:

—¡Os equivocáis...! ¡Capitán, yo no he sido...! ¡Le juro que probé la sopa... y tenía un buen sabor...! ¡Alguien me ha gastado... una maldita broma...!

Nadie creyó esta explicación, ni las otras cien que el muchacho profirió a lo largo de las siguientes horas. Y se le habían secado los ojos, con lo que sus pupilas ya eran dos opacos vidrios, en los alucinantes y agónicos minutos que antecedieron al desproporcionado castigo que se le impuso: ser pasado por la quilla.

Los gritos y la rebeldía de Grauman, «el Rata», quebraron los hielos que cubrían la cubierta, pero no consiguieron que cediera la presión de las seis manos que le arrastraban. Fue atado por los tobillos y por las muñecas, y se le arrojó al agua por la proa; luego, dos parejas de hombres se movieron exageradamente despacio por babor y estribor, manteniendo la sujeción que desplazaba al reo, golpeándole contra el casco del barco y sometiéndole a la mortal tenaza de una inmersión en agua helada, que acabó por reventar sus pulmones. Y de esta forma, sus cárdenos restos subieron por la popa dando fe de que la muerte había pedido alojamiento indefinido en el «Nueva Caledonia».

Aquellos seres violentos, huérfanos de sentimientos humanos y de afectos, se miraron con intranquilidad y compartieron el silencio y la sequedad de sus labios. Un temblor, que era ajeno al frío reinante, les sacudió desde la pelvis hasta la garganta, y comprendieron tácitamente que el destino jamás había estado tan lejos de su control como en aquellos instantes. Sin embargo, ninguno se resignó a aceptar el papel de sumisas víctimas; aunque se quedaron con el fata-

lismo, pues era algo propio de quienes practicaban un oficio de desesperados.

Al anochecer se montó una doble vigilancia. El viento polar golpeaba sobre el tenso velamen, mordía la madera y perseguía sembrar hielo en los ojos de los abrigados rostros de los únicos que se mantenían despiertos. Pasadas unas horas, este enemigo recuperó su principal protagonismo, obligando a que sólo se pensara en el aguardiente, en el calor y en el movimiento que ahuyentaba la congelación. Aga y Grauman se perdieron en el olvido. Repentinamente, mucho antes de que las protegidas narices percibieran el olor, se escuchó un desgarrador alarido:

—¡Fuego! ¡Tobías, Hugh, Sam y Jeremy están ardiendo vivos! ¡Traed agua, malditos! ¡Aaaaayyy...!

En el dormitorio de la tripulación, las llamas y el humo lo devoraban todo, dando origen a un enloquecido coro de gritos, de ayes de agonía y de aullidos de queja; al mismo tiempo, el más dantesco caos llevaba a los débiles a una muerte segura, y a los fuertes los sometía a una angustiosa lucha por la supervivencia. Siempre en solitario, porque ninguna de aquellas bestias humanas pensaba en los demás. A los cuerpos apresados por las maderas ardiendo, que suplicaban un auxilio que no hubiera sido imposible, se les dejó morir en la terrible agonía de la impotencia y de unas gargantas forzadas hasta la rotura de las cuerdas bucales.

Cuando llegaron las mangueras al infierno, la tromba de agua sólo pudo evitar la propagación del fuego a la estructura básica de la embarcación. Pasadas unas horas de incansable trabajo, se encontraron siete cadáveres abrasados. Y una náusea de pánico se incrustó en los vientres de los nueve supervivientes.

—El incendio ha sido provocado por uno de vosotros —advirtió el capitán, examinando a sus ocho subordinados—. Empiezo a creer que alguien se ha vuelto loco... Pero no soportaré más bromas, ¿entendido? ¡Os ordeno que seáis los vigilantes de los demás! Claro que esto no va dirigido al culpable, que lo

tengo delante de mí... ¡Cuando lo descubra, juro que nunca se conoció martirio peor que el que sufrirá de mis manos!

Los gritos de amenaza no eliminaron el miedo, ni la desconfianza. A lo largo de las siguientes horas, todos intentaron mantenerse alerta, siempre al acecho de ese casi imperceptible aviso de la proximidad del enemigo. Sin embargo, cuando el cerebro empezó a traicionarles confundiendo los ruidos y los otros hechos naturales, quedaron a merced del terror.

La siguiente víctima fue Vernon, uno de los arponeros. Se le descubrió con el cuello seccionado y los ojos fuera de las órbitas, testimoniando que la muerte le había llegado antes que el certero y mortal cuchillo le abriera las carnes.

Al timonel le encontraron atado a la cofa, con el cráneo abierto y la masa encefálica desprendida como las tripas de un melón, dando idea de que también él había sido ejecutado con una bestial y silente eficacia. Y el capitán se tragó las rabiosas órdenes, porque los seis subalternos le miraban como si le considerasen culpable.

—¡Hemos registrado cada rincón del barco! —se justificó con una protesta—. ¡Tres veces lo hemos hecho... Pero tendríamos que desmontar y vaciar el «Nueva Caledonia» para asegurarnos de que no sirve de escondite a ese monstruoso homicida...! ¿Acaso pensáis que se puede hacer algo más? ¡Contestad, hijos de mil lobas!

Nadie habló en su defensa o atacando, porque bastante tenían con soportar el temor que nacía de la certeza de que ellos pronto se iban a convertir en los siguientes cadáveres. Y obsesionados por este incomprensible castigo, todos los hombres se sumergieron en una opresiva atmósfera de desconfianza, porque algo más fuerte que sus instintos de supervivencia les había impuesto la idea de que podían morir en cualquier momento.

Como eran seres netamente individualistas, educados en una jungla de bajas pasiones, montaron su de-

fensa sin contar con los demás, debido a que cualquiera de los otros podía ser el brutal asesino. Y hasta se privaron del sueño para no conceder una oportunidad al enemigo. De esta forma añadieron un progresivo cansancio a la furia y a las desesperadas ansias de venganza, con lo que terminaron por obsesionarse en la búsqueda de cada anormalidad, especialmente en los sonidos dentro de aquel viejo velero que era una fabulosa caja de resonancias.

Dos días más tarde, Johnny y Prieto se hallaban rompiendo el hielo que dificultaba la movilidad de los vigotas y los obenques. Bien abrigados, en silencio y golpeando con grandes martillos, no dejaban de mantenerse vigilantes; sin embargo, la dureza del esfuerzo al que se hallaban entregados en demasiadas ocasiones les exigía una total concentración. Y así les cazó la muerte más despiadada.

La ejecución fue larga y brutal. Tuvo su comienzo en el instante en que un batalón, que había sido desplazado de una forma no casual, golpeó la cabeza del gigantesco italiano y le derribó contra el suelo. Seguro que la herida hubiese sido considerable de no haber llevado un grueso pasamontañas de lana y piel, pero le dejó aturdido durante unos segundos.

—¡Has querido abrirme la «testa», hijo de puta! —gritó al levantarse y con los ojos inyectados de sangre—. ¡Te voy a machacar!

Se lanzó hacia delante, blandiendo el martillo y dispuesto a esquivar el contraataque de su rival, y su garganta dejó escapar un ronquido de enloquecida satisfacción. Porque era mejor pelear que permanecer a la espera y Johnny, al no haber visto el golpe que acababa de recibir el italiano, estaba creído que se enfrentaba al asesino. En otras circunstancias le hubiese resultado muy sencillo comprender su error, pero la embriaguez de bestialidad imposibilitaba hasta el más mínimo poder de deducción.

Pietro esquivó el golpe y, acto seguido, descargó el suyo contra el vientre de Johnny. Le acertó de lleno, derribándole. Pero resbaló cuando iba a descargar el

martillazo definitivo. Cayó aparatosamente, haciéndose daño, y perdió el arma. Luego los dos hombres se enzarzaron en una pelea, en la que emplearon los puños, los dientes, los pies y todo el cuerpo. No se dieron tregua, ni pensaron en reducir al contrario a la inconsciencia. Necesitaban matar. Por este motivo, al cabo de unos quince minutos de extenuante carnicería, las manos de Johnny estrecharon su dogal sobre el cuello del italiano, hasta que la lengua escapada de los labios, quieta y exageradamente gruesa, y los ojos, proyectados casi fuera de sus cavidades, le revelaron que ya estaba enfrentándose a un cadáver.

El irlandés se puso en pie, con el rostro ensangrentado y jadeando, e intentó eliminarse el calor con unos trozos de hielo. Su sed no era física, pues se encontraba afincada en su cerebro. Se metió aquel sólido líquido en la boca. Entonces escuchó el crujido de unos pasos, se dio la vuelta haciendo acopio de todas sus fuerzas y, al instante, profirió un grito agónico:

—¡¿Tú?! ¡¡Eres un... MONSTRUOOOO...!!

La última palabra tronó en el barco como si la quilla se hubiera estrellado contra un iceberg. Sin embargo, la fulminante reacción de los escasos tripulantes del «Nueva Caledonia» sólo les permitió encontrarse con dos nuevos cuerpos sin vida —el de Johnny apareció con un arpón clavado entre los ojos, cuyos párpados ya nadie podría cerrar—. Pero no localizaron al asesino, a ese monstruo —calificativo que todos habían podido escuchar—, a pesar de que lo buscaron durante horas.

—Capitán, ¿y si estuviéramos persiguiendo a un enemigo irreal? —preguntó Milton, el viejo engrasador, apoyando sus afiladas y secas manos en la mesa del camarote de mandos.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos caído bajo una maldición del mar. No es la primera vez que esto ocurre, ni será la última. El mar es como un gigantesco animal, como un monstruo, que se niega a ser doblegado por el hombre.

Pienso que ahora somos víctimas del monstruo del mar. Poco nos queda por hacer...

—¡Cierra la boca, cabronazo! —aulló el capitán Larson, saltando en busca del cuello de aquel que se había atrevido a convertir en palabras las ideas que él ya empezaba a aceptar—. ¡Mientes!

—¿Por qué? No lo demuestra usted con su instinto homicida, capitán... ¡Aaaaggghh!

Tuvieron que intervenir todos los demás para impedir que Milton fuese estrangulado. Después de un largo forcejeo, los cinco supervivientes del maleficio volvieron a entregarse al pánico. Aunque no estaban dispuestos a rendirse sin pelear. En realidad el «Nueva Caledonia» se había transformado en un gigantesco ataúd, en cuyo interior se movían auténticos fantasmas, a los que el cansancio y la negativa a entregarse al sueño iba lastrándoles al ánimo y la movilidad.

Quizás el viejo Milton fuera el más entero de todos, porque se había entregado por completo al fatalismo de su cercana muerte. Y así, en el momento que el cansancio ya se le había convertido en una irresistible carga, se echó sobre un montón de cuerdas y lonas, bien abrigado y entre las maderas de una bodega, e intentó descansar...

No había cerrado los ojos, cuando percibió que alguien se hallaba cerca. Giró la vista hacia todas partes, sin encontrar el origen de la amenaza. Unas gotas de sudor cubrieron su labio superior y su frente, aunque éstas fueron absorbidas por la tela y la piel de la capucha; y empuñó un enorme cuchillo con manos temblorosas. Porque su fatalismo no llegaba a los límites del suicidio.

—Ya seas espectro humano o animal... déjate ver... —suplicó sin darse materialmente cuenta de lo que decía—. No me sometas a esta... terrible espera...

Un crujido de la madera le forzó a girarse hacia la derecha, en un violento escorzo. A la vez la llama de la vela fue agitada por una serie de corrientes de aire, hasta que se apagó. Y la oscuridad lo invadió todo,

aferrándose al cuerpo de aquel duro viejo, que no pudo evitar un sollozo de desesperación. Se puso de pie, tanteando con la mano no armada, y quiso encontrar la salida. Antes le llegó un aliento sobrenatural: su propio terror. Luego, sin concederle la oportunidad de ver a su enemigo, el impacto de un afilado acero homicida se clavó en su espalda, arrancándole un demencial aullido de angustia y de incompresión.

Pero todos estos sonidos no fueron escuchados por los otros cuatro tripulantes.

Minutos después, el gordo Aimoré permanecía aferrado al timón. Hacía muchos días que no pensaba en su Brasil natal. Su piel debía ser negra, pero ofrecía una palidez enfermiza que no tenía nada que ver con el frío, ya que se alimentaba del miedo y de la negativa a morir. Sabía que sólo quedaban cincuenta horas de navegación. Un plazo demasiado largo. Cerró los ojos, olisqueó con su reseca nariz africana, y comenzó a tararear una canción infantil, cuyo sonido fue elevando en un imposible deseo de ahogar los temores de su cerebro. Las lágrimas le cegaban y la voz se le iba apagando... ¿Por qué?

La muerte estaba cerca. La sentía latir amenazadora. Y es que un hombre violento como Aimoré, que llevaba cuarenta años luchando contra todo tipo de enemigos —los peores siempre habían estado en el mar—, llegaba a adquirir ese sexto sentido, el de la supervivencia, que anuncia la proximidad del peligro. Por eso lo buscó con toda la atención de que era capaz; sin embargo, debido a la fatiga y a los casi tres días que llevaba sin dormir, sus reflejos casi eran nulos.

Dejó el timón, volvió a entonar el canto que no ahuyentaba sus miedos, y comenzó a buscar a su enemigo. El corazón le latía enloquecido. Tragó saliva y se quedó en silencio... De pronto, muchísimo antes de que pudiera defenderse, fue brutalmente golpeado en la espalda, con lo que se desplazó hacia delante con una gran velocidad: patinando sobre la

superficie helada de la cubierta, hasta que cayó a las aguas del océano...

Y en el velero quedaron los tres últimos tripulantes, poco dispuestos a realizar las tareas imprescindibles para el mantenimiento de la navegación. Porque en sus mentes anidaba la seguridad de que cualquiera de los otros dos era el montruo del mar.

El doctor Malinowsky, un alcohólico que había venido a refugiar su fracaso en aquel barco, comenzó a planear su defensa. Blandiendo un arpón y totalmente enfundado en pieles, recorrió la cubierta y se adentró en las bodegas, sin entender que su exploración iba a adquirir, frente a los demás, la evidencia de que él era el asesino.

Al ser enemigos de la cooperación voluntaria, los tres actuaron de una forma individual. Y de esta manera, antes de que el doctor fuera capaz de percibir el anuncio del ataque del enemigo al que buscaba, un golpe de hacha le derribó contra el suelo. Su herida era inmensa, se desangraba. Pero aún tuvo fuerzas para volverse, con el deseo de conocer la identidad del monstruo del mar.

—¡¿Es usted, Henry...?! ¡Pero yo... le arrastraré... a mi tumba...! —gritó, a la vez que hacía acopios de energías para contraatacar con el arpón que aún blandía—. ¡Muere, engendro del averno...!

El afilado hierro se hundió en el vientre del sorprendido contramaestre, provocándole un vómito de sangre con lo que se quedó imposibilitado para convertir en palabras el reconocimiento de su gran error. Los dos hombres agonizaron juntos, mirándose enloquecidos, y alargando las manos para tocarse. Sabían que habían caído en la trampa mortal de su pánico y de su afición a actuar como fieras solitarias. La cólera convulsionó sus cuerpos y sus rostros, hasta que sus alientos se desvanecieron como la llama que consume el último milímetro de la cerilla.

Horas después, el capitán Larson completó la enésima exploración del barco. Su pétreo rostro se había quedado sin expresión de vida. Ni siquiera le preo-

cupaba la atención que requerían los últimos cadáveres. El viento permanecía en calma, la temperatura era más soportable y quedaba mucho por hacer si quería llegar a Groenlandia. Las velas estaban tensas, y los elementos atmosféricos parecían jugar a su favor, por eso se abrazó a la rueda del timón en lugar de escapar en uno de los botes.

Controló el rumbo con manos firmes, e intentó pensar en lo cerca que se hallaba el puerto. Llegó a silbar una tonadilla nórdica. Pero los sobrenaturales acontecimientos, que no había sido capaz de evitar, acabaron por apoderarse de su mente, anunciándole que él sería la próxima y definitiva víctima.

—¿Por qué? —se preguntó en voz alta, dirigiéndose al homicida fantasma que se había apoderado del «Nueva Caledonia»—. Yo estoy solo... No hay duda de que todos nos hemos dejado arrastrar por un miedo colectivo... Pero, ¿quién provocó el incendio y ha venido asesinando a todos mis hombres...? ¿He de creer en la existencia de un monstruo del mar... o en algún ser de carne y hueso...?

Su instinto de cazador le respondió que no estaba solo, que los crujidos de la madera, de los cristales y del velamen podían estar ocultando los pasos del reptante enemigo, cuyo homicida golpe era certero, igual que si lo propinara el más hábil matarife. Y él iba a ser el siguiente muerto, por eso se agudizaron sus sentidos —dentro de las limitaciones del cansancio y de llevar más de tres días sin dormir—, anhelando localizar la presencia del invisible verdugo.

Sus manos se cubrieron de un helado sudor, los labios se agrietaron, los oídos se llenaron de resonancias imposibles de clasificar, y los ojos se desplazaron, muy lentamente hacia todas partes. El valor se le iba extinguiendo. Y se decidió a sujetar el timón con unas cuerdas antes de salir a cubierta. Moviéndose no acabaría por enloquecer. Pero la inercia de una acción encadenada al pánico le llevó a reducir la velocidad de sus pasos. Todo lo que le rodeaba era normal, sin llegar a delatar la presencia del asesino.

En la mortal soledad de la cubierta, llenándosele el olfato del hedor a muerte y a odio, insensible al frío, el capitán del «Nueva Caledonia» se enfrentó a un obstáculo mucho peor: sabía que no se hallaba solo. Aunque estadísticamente, según el registro de abordo, todos sus hombres habían sido víctimas de la epidemia de bestialismo, ¡él estaba seguro de que en el barco quedaba otra persona!

Jamás había creído en poderes sobrenaturales. El mar alimentaba la soledad de los hombres, los convertía en fieras sanguinarias, y llegaba a destruirlo todo con su poder apocalíptico, pero ya no existía nada más. Luego...

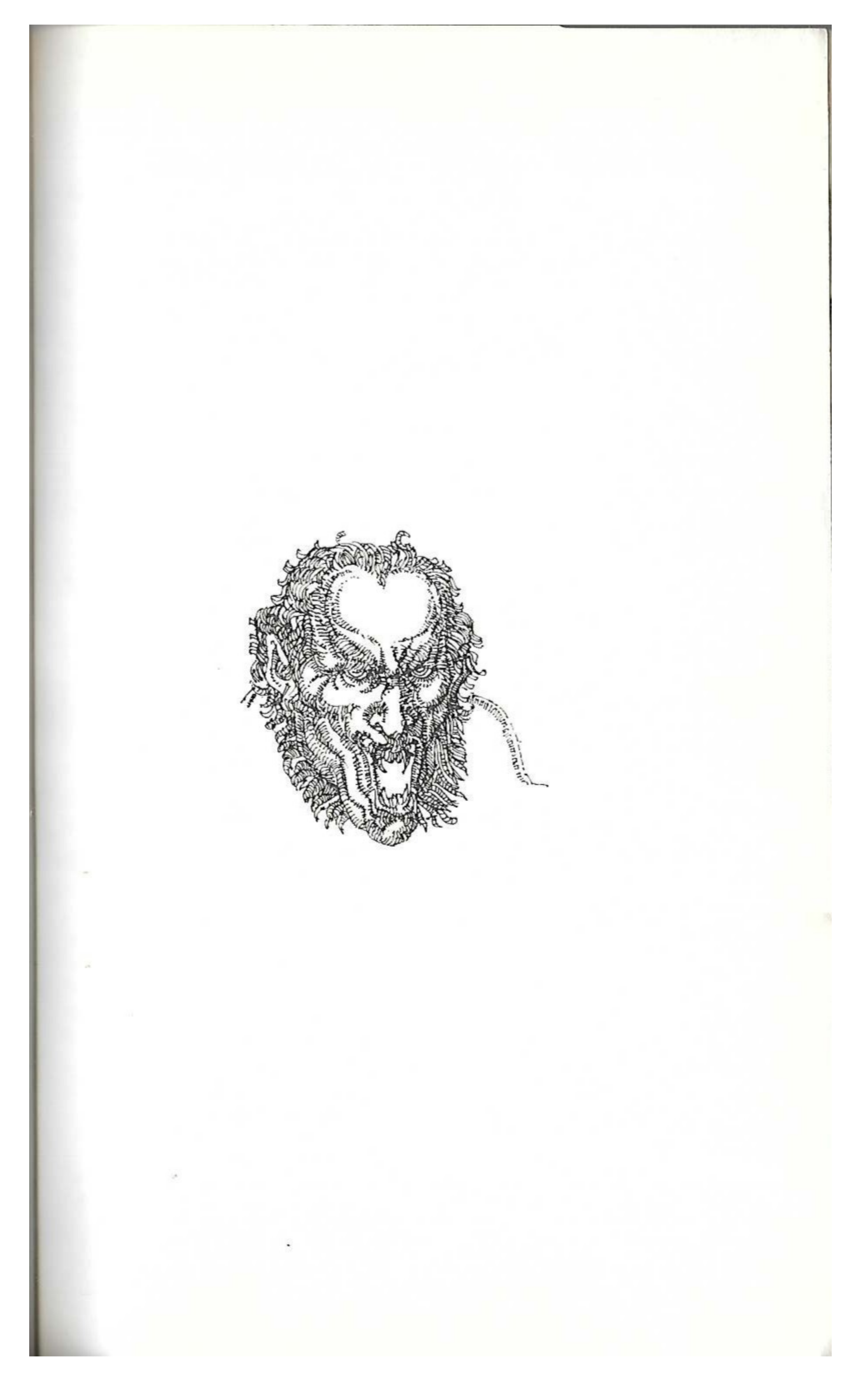
—¿Dónde está el auténtico culpable... si yo no he sido el ejecutor de los últimos asesinatos? —se preguntó, sintiendo que le dolían las sienes de tanto esfuerzo. Se apoyó en el palo mayor, con los ojos cerrados y presintiendo que la respuesta estaba cerca—. Alguien me contó la historia de un yogui que fue expulsado de su país por unas sectas religiosas rivales... ¡Ya lo tengo: Aga el cocinero! ¡Los yoguis conocen el poder de la catalepsia... Pudo simular su muerte...! Pero, ¿cómo...?

Había hablado en voz alta. Y las palabras le fueron cortadas, fulminantemente, por un dogal de cáñamo que se le clavó en la dura piel del cuello, estrangulándole. Y en el borde de la agonía, cuando aún sus oídos eran capaces de escuchar, le hirió la voz triunfal del auténtico homicida, del responsable de la matanza en el «Nueva Caledonia»:

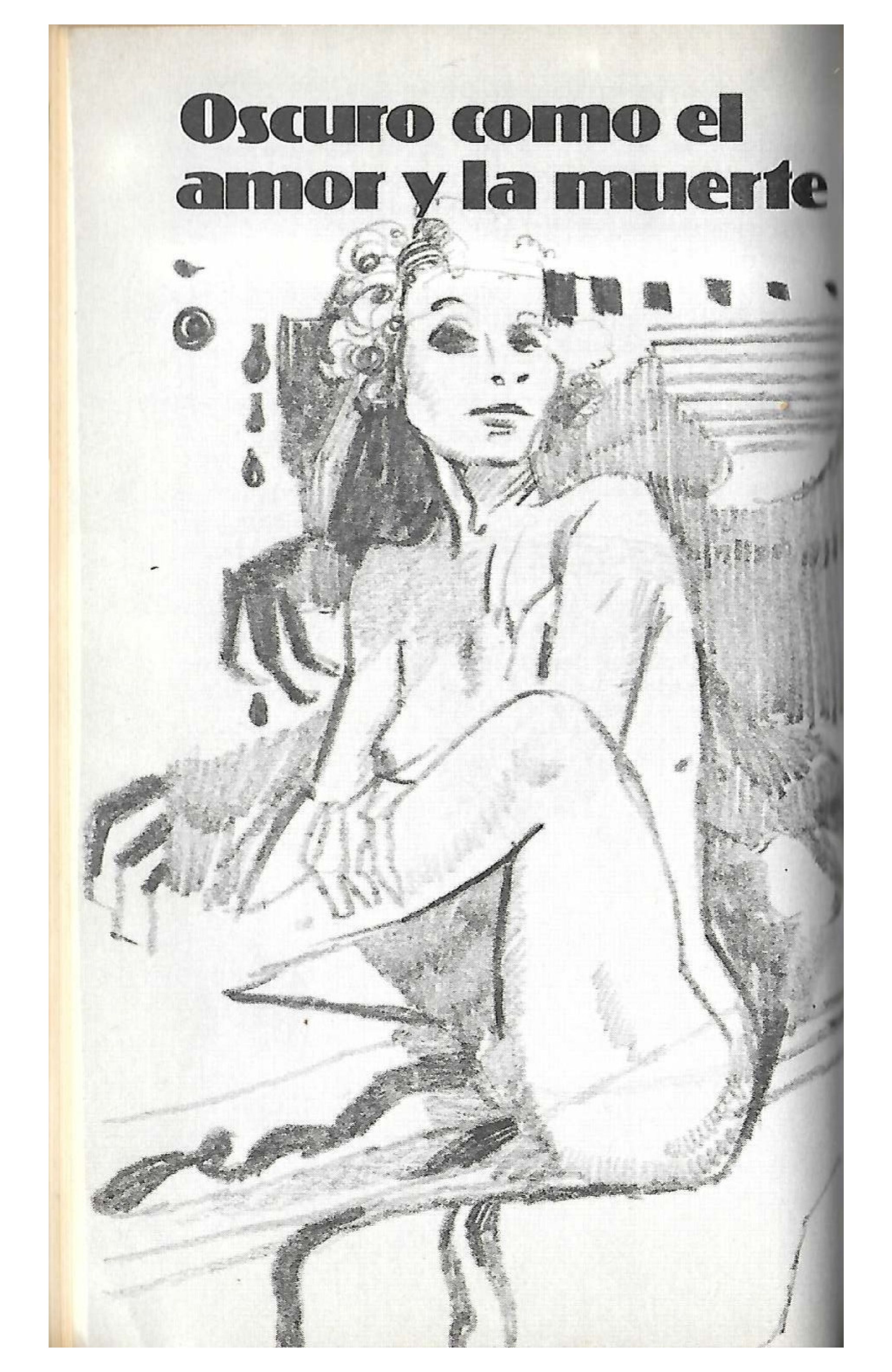
—Es usted muy inteligente, capitán. Si no me hubiese considerado un ser inferior, como los demás, esta suposición inútil de ahora le hubiera valido desde el principio. Pero, como esa historia que acaba de recordar la consideró una fantasía, ya no le vale de nada... Realmente, nada me halaga explicarle cómo organicé mi venganza. Usted acaba de acertar al suponer que me serví de la catalepsia, para engañar a los hombres que me encontraron ahorcado. Comprobaron si mi corazón latía, pero no se molestaron

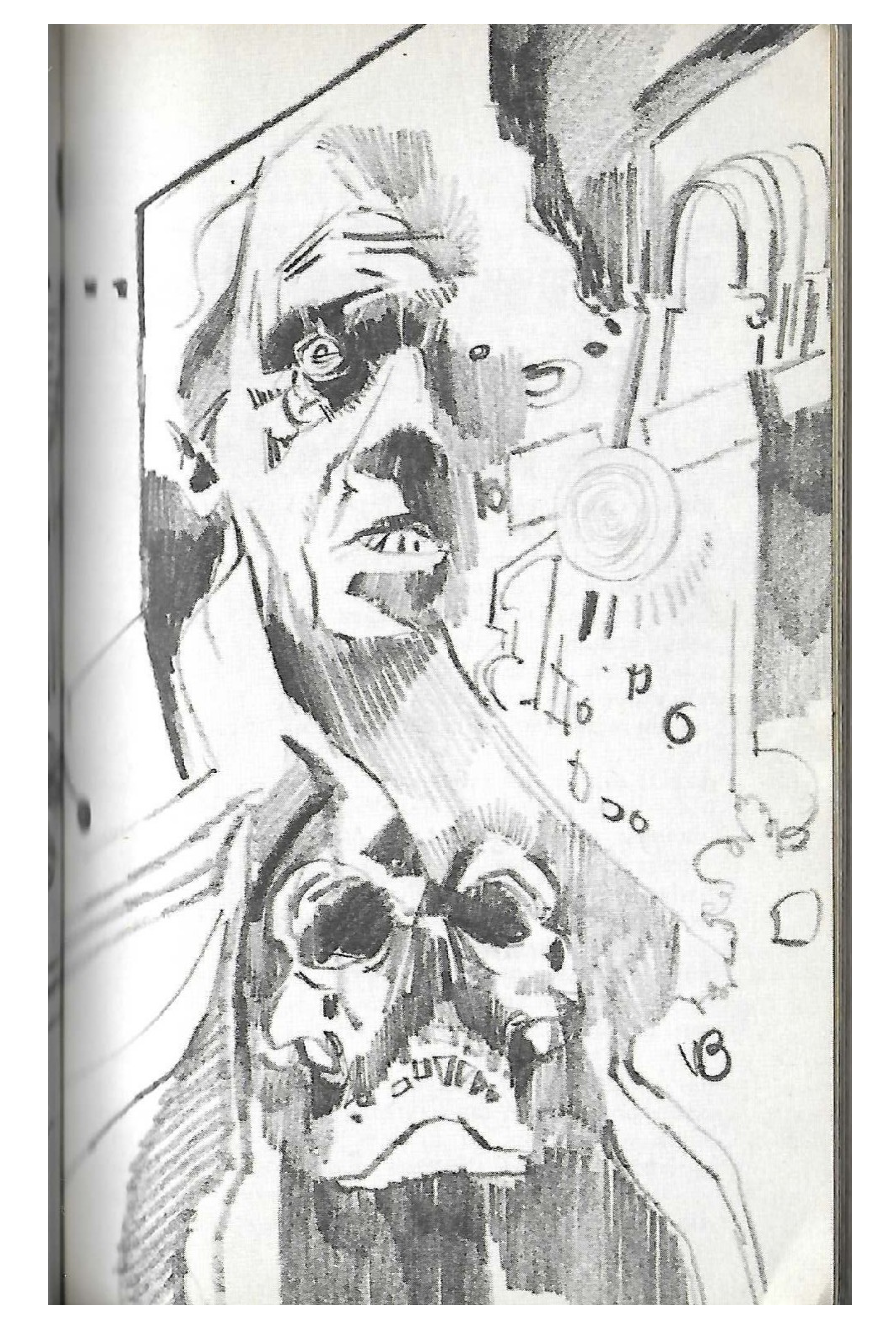
en quitarme la cuerda. De haberlo hecho, seguramente habrían descubierto la anilla de hierro que rodeaba mi cuello, para que no me matara la horca. Luego, me fue fácil escapar del saco-mortaja en el que me habían arrojado al mar, ya que también escondí en mis ropas un puñal. Supongo que los otros pasos ya no necesito explicárselos: yo eché la sal a la comida, y provoqué el incendio. Durante todos estos días he permanecido escondido en las sentinas, donde anidan las ratas, y en un continuo desplazamiento para no ser descubierto...

El cruel hindú soltó una carcajada y, a la vez, aplicó la definitiva presión al dogal de cáñamo. Y mientras el capitán expiraba, con la lengua reventada y los ojos desorbitados, los hielos que cubrían la embarcación parecieron cubrirse de un rojo total, porque la luz solar estaba creando una aurora boreal. Y esta inmensa belleza no impediría que las risas del hindú se petrificaran cuando entendiese su imposibilidad de llevar, solo, el «Nueva Caledonia» a puerto.



Oscuro como el amor y la muerte





Oscuro como el amor y la muerte

Francisco Regueiro

Un día el atardecer le traicionó...
Ahora, frente a él, como un
desafío, estaba la puerta de la
habitación donde vivía el
monstruo.



TODO empezó a suceder a los pocos días de morirse su mujer. Se oyeron unos extraños rugidos.

Al principio, leves, como un arrullo, amparados en la inmensa soledad de la casa. El se removió en la cama pero siguió dormido. En la cálida, tardía y dolorosa noche aquella, la casa, tan espaciosa y antigua, covijaba todos los recuerdos de sus antepasados creando una armonía sonora que aminoraba su dolor de viudo sin hijos.

Pero ahora los rugidos fueron violentos. Su cuerpo, arrebujado en la cama, se movió inquieto, como un bulto aterido. Repentinamente, abrió los ojos, paralizado. Siguió así varios segundos. Después se movió, con miedo, imperceptiblemente, sin poder apenas descifrar algo, tal vez la voz de ira de un sueño cruel o el estrépito de una pesadilla.

Se levantó y encendió la luz. Quedó turbado, mirando su nuevo dormitorio, ante el profundo extrañamiento de lo que acababa de suceder. De aquel alarido, aullido, rugido, bramido, de aquél sórdido y siniestro grito.

Salió de aquella habitación. Al acercarse a su anti-

guo dormitorio se paró, mirando hacia la puerta. En ese momento sonaron las cuatro de la mañana en uno de los relojes de pared. Los toques eran solemnes, sagrados, como si le convocaran a una turbia ceremonia, invadiendo el silencio, lo oscuro. Pero al final se confundieron, como prolongándose, con un inocente ronroneo detrás de aquella puerta. Eran como tiernos ronquidos de algún animal, un leve traqueteo en la puerta, una queja, infantiles sollozos de algo, el tropezar sordo de algo inerme, inocuo.

Y de repente, nítido, cortante, el rugido.

Todo su cuerpo rechinó como un zarpazo. Se retiró dando tumbos. Quedó arrinconado en la vasta sala de estar. Todo su ser quedó saturado de aquel fiero y sanguinario grito, insondable gruñido oculto en su habitación matrimonial, sepultado en la fúnebre grandeza de aquel dormitorio, donde, todavía, el olor a muerte seguía allí escondido en aquella oscura madriguera donde, durante treinta años, su matrimonio, y anteriormente el matrimonio de sus antepasados, fueron consumándose.

El tic-tac del reloj seguía su ritmo habitual. En un gesto de desamparo, alargó el brazo y paró el péndulo. No pudo hacer más.

Al día siguiente, tanto la criada como él, nada se dijeron. Y llegó la noche.

En aquel dormitorio de invitados que, desde la muerte de su mujer ocupaba, y en el que, hasta la noche anterior, había encontrado sosiego, llevaba lentas, crispadas y envilecidas horas de desvelo haciendo guardia. La luz la tenía apagada. Pero, desde la madrugada anterior, todo había sido silencio.

Ahora, al poco, se oyeron unas pisadas. Eran de la criada por el pasillo. Parecían sigilosas, preocupadas. Tal vez se lo parecían a él. Luego se oyó abrir la puerta de una habitación. El se levantó y se quedó escuchando. Después abrió su puerta y miró hacia el fondo. Vio una rendija de luz. Venía de aquella fatídica habitación. Después escuchó un siseo como si la criada hablara con alguien. Era como un reproche,

como si afeara a un niño su conducta. Intermitentemente, el silencio. Como una burla, una chifla, un abucheo. Luego salió. En ese momento, la criada le vio. El la miró con torpeza. Pero la naturalidad y simpleza de la criada le dejaron inerme. La criada entró en su dormitorio.

Casi al instante, poco a poco, el se acercó a la habitación de la criada. Después, entró. La criada estaba metida en la cama. Se quedaron mirándose. Luego se acercó y se sentó en su cama. La criada, con sumisión, le dejó un hueco libre, apagando la luz. El, ahora, como si esto ya hubiera ocurrido otras veces, se echó sobre su cuerpo, abrazándolo.

Al principio, en la oscuridad, fue difícil precisarlo. Luego sus labios sintieron algo sobre su cuello. Poco a poco, sus ojos fueron precisándolo. La mano fue acariciando aquel cuello y el principio del pecho. En la cálida penumbra de aquel cuerpo, en la tierna desnudez de aquella carne, en la blancura amortiguada de aquella piel, descubrió unos arañazos. Salían del pecho, bajo el camisón de la criada. Hacia el hombro y el cuello. Formaban un zigzagueo violento. Miró hacia su rostro, buscando una explicación, paralizado en sus movimientos. Pero ella le atrajo hacia sí, besándole y ocultándole aquello. Pero él buscó aquellas heridas y aquel pecho, terriblemente excitado y pegado a aquel cuerpo, a aquel pecho, en una crispada y letal succión, en un voraz chupeteo alrededor de aquella herida, en una libación infantil que le hacía suspirar y mamar aquella sangre de aquella herida. Las uñas de la criada se hendían en su cuerpo en un éxtasis físico y demencial. Ambos cuerpos entrelazados se revolcaban de placer y, de pronto, como surgiendo de aquella felina embriaguez, como un pasmo, una suspensión, el fatal orgasmo de dos cuerpos en disolución, el rugido. Los rugidos. El bronco rugido de una fiera al acecho. La apremiante exigencia de la bestia. Secos arañazos en la puerta. El cabeceo torpe de un cuerpo. Y, después, el silencio. La lejanía de un sordo pateo. Lamentables gemidos apagados. El

encanto de ruidos habituales. Al final, la triste realidad.

Poco más o menos, los días siguientes transcurrieron de tal guisa.

Aquella noche salió de la habitación de la criada temiendo más a aquel ser humano que le daba placer que aquellos rugidos que, poco a poco, se le hicieron cotidianos, casi queridos.

Una mañana preguntó, armándose de valor, que quién vivía allí con ellos. La criada, casi sonriendo, indicando hacia aquella habitación, dijo:

—Entre si quiere saberlo.

Fatalmente, la muerte de su mujer quedó unida a aquellos rugidos. Y a la vez, olvidada y superada por estos acontecimientos.

Trató de volver a sus antiguos hábitos. De día, desaparecía de casa. Al atardecer, se refugiaba en su nuevo dormitorio. La criada depositaba una bandeja al lado de su puerta, sirviéndole la cena. El, hijo único, nunca conoció el mínimo trabajo. Se limitó a cortar cupones de una saneada herencia durante toda su vida. Alguna vez se acercó a la Bolsa y veía el sube y baja de las cotizaciones, sin padecer espasmo alguno. Ahora, a la altura de su edad, no tenía por qué cambiar. De casa al Casino. Comía allí. Y del Casino a casa. Con el maravilloso mecanismo del hábito, casi llegó a olvidar.

Un día, el atardecer le traicionó.

Llegó una hora antes. El interior de la casa estaba en penumbra y no había nadie. Todo era un magnífico y esplendoroso silencio. Tenía hambre y fue a robar algo a la cocina. Aquella quietud, aquella ausencia, dan al hurto gratas rememoranzas infantiles ahora ya muy lejanas y que, en estos desdichados instantes de su vida, le llenaron de una sensación paradisíaca. La amplia, blanca, limpia y recogida cocina le llenó de una inmensa ternura. Fue directamente a la alacena y abrió un pote de mermelada. Metió un dedo y lo relamió. Por la ventana, ahora sí, entró el

atardecer y en un segundo, todo el ámbito de blancura refulgió de nacar y, en este milagro de la luz, algo desentonó. Era debajo de la pila. Asomaba una bandeja. Había un plato y una escudilla. Se acercó. La luz volvió a cambiar. Los tonos dorados desaparecieron y el cálido silencio quedó invadido por un rubor selvático cárdeno, de un púrpura nítido. Allí, en el plato, un trozo de carne sangrante horriblemente mutilado. Apenas le dio tiempo de llegar al cuarto de baño. Se dio de bruces con el rebujo de unas sábanas. Al tratar de quedar libre vio aquellos desgarros y un olor fétido entró en sus pupilas. Cayó al suelo enjaulado en aquellos despojos destrozados a zarpazos. Vomitó sobre sí mismo en un acto de rendición total, babeando sobre su cuerpo sus últimas energías en un gesto bobalicón de marioneta inútil, hazaña postrera de una casta ya desaparecida. Al final, allí rebozado, sonrió. Era la patética sonrisa del último vástago de un linaje fantasma.

Al día siguiente llamó a la vieja. A la pobre, como en vida su mujer la llamaba. A su vieja nodriza, que su mujer echó de casa y prohibió volver y la anciana respetó fielmente.

La criada ni se inmutó. La anciana se quedó a vivir allí, a cuidar a su niño como ella le llamaba y, desde aquel día, nuestro hombre apenas se levantó de la cama. Se limitaba a mirar con ansia el rostro de la nodriza, tratando de vislumbrar en aquellas arrugas algún signo de certeza, algún indicio de sospecha, la apariencia de alguna conjetura sobre aquello, el monstruo posesionado de aquella casa.

En su terco egoísmo, en su contumaz mezquindad, utilizaba a la pobre anciana de cebo, de carnaza, de presa, de avanzadilla de la fiera, de víctima propiciatoria tratando de huir de su propia muerte.

Ya fuera por el encierro en su propia habitación, por la presencia de la nodriza en la casa y por el total olvido de la criada hacia él, como si hubiera desapa-

recido del mapa, aquello, monstruo, fiera o cosa, se había desvanecido, como un sueño, el sueño de un sueño o el sueño de una pesadilla. Como si el monstruo, lo único que solicitara, era el arrinconamiento del hombre, retirarle a su propio cubil, encerrarlo en su guarida, aislarle en aquellas cuatro paredes de invitado y esperar su muerte. Ser el único rey y señor. El único dueño. El amo de todos los mimos. El heredero.

No estaba equivocado. Poco a poco, las desatenciones de la anciana nodriza fueron produciéndose. Pequeñas distracciones, descuidos involuntarios, torpes engaños. Total, pasaba hambre, enflaquecía, se iba debilitando.

Un día apenas apareció por la habitación y sólo le llevó agua. En su desmadejamiento, su voz parecía un efluvio. Además, tenía miedo a gritar. Así que salió de su cueva.

El eremita iba por el pasillo arrastrando su debilidad, buscando algo de piedad. Las dos mujeres se asomaron desde la cocina y le miraron. Pero al instante desaparecieron, cerrando la puerta.

El, en un último gesto de dignidad y locura, apretó los puños de rabia pero no pudo avanzar. Frente a él quedaba, como un muro, un desafío, la puerta del monstruo. Miró hacia allí, obsesionado, impelido por la fuerza de aquello. En su embotamiento, tuvo la delicadeza de llamar. Golpeó con los nudillos en aquella puerta. Luego, lentamente, fue abriendo.

Luego, apenas sin entrar, dio la luz. Después miró hacia la cama. Aquel mueble oscuro, anormalmente gigante, objeto de tantas desdichas y desamparos, ahora parecía una maldición. Un bulto se cimbreaba entre las mantas y la colcha. De dentro venían extraños quejidos sofocados. Afónicos. Y luego un leve rugido cínico, irónico, felino. El hombre contestó embobado con una mísera sonrisa fruto de su desfallecimiento y ruina. Ante aquel arrullo animal miró hacia las paredes, arañadas a zarpazos. Volvió a sonreir.

Ahora sintió detrás de él a las dos mujeres. Las sonrió también. Ellas, que lo habían visto todo, quedaron conformes y agradecidas. Cerraron la puerta y le llevaron hacia la sala de estar.

A la media hora se encontró frente a un buen pedazo de carne sangrante, servido en un plato. Diligentemente, empezó a comerlo. Sin apenas darse cuenta se encontró con la carne en las manos despedazándola a mordiscos, fieramente, emitiendo torpes y semihumanos rugidos, ante el alborozo de su nodriza y su criada, que le miraban con gozo, como a un primerizo. El, imprevistamente, tan feliz se encontraba, alargó una mano hacia ellas, posándola en blandos e infantiles zarpazos. La sangre de la carne que iba engullendo, le salpicaba el pijama. Nunca un fantoche pudo tener una representación tan digna.

Por lo pronto, una vez reconciliado con aquello, y con el beneplácito de sus damas, fue al cementerio a visitar a su mujer. Fue como el último acto de un ritual, como el devoto caminar de un peregrino hacia lo santo, en busca de perdón, para lavar una culpa, un misterioso y oscuro pecado hacia ella, su mujer, su esposa, la tercera dama de aquel pavoroso triángulo en que se veía prendido.

La muerta, nada dijo. Pero él salió reconfortado. Si alguien hubiera estado allí, cerca de aquella tumba, hubiera visto cómo se colocaba una flor en la solapa de su abrigo y salía silbando por aquellas fúnebres calles atestadas de lápidas y nichos.

Después entró en El Corte Inglés y compró un reluciente y vibrante balón de colores. Cuando llegó a la casa, nada dijo. Metió el paquete debajo de su cama y esperó acontecimientos. Acontecimientos más propicios para la ofrenda.

De momento, movió el péndulo poniendo en marcha el reloj de pared. El tiempo volvía a recobrar perenne normalidad en aquella casa. No así el misterio, que, cada vez, se hacía más insondable y sangrante.

Aquello, cosa, animal o sombra, seguía reclamando sus derechos. El rostro, brazos y piernas de la anciana estaban garabateados de horribles arañazos. No obstante, la dulce voz de la nodriza arrullaba al monstruo con encantadoras nanas, viejas canciones de cuna:

«Ea, la nana,
ea la nana,
Duérmete, lucerito
de la mañana».

«A la nana, nanita de San Vicente; ya sabrás como el niño ya tiene un diente».

Después salía de allí y acosaba a su hijo de leche, diciéndole:

—Está tan solo. Es tan indefenso... Por eso le quiero tanto. No le gusta que le besen, se enfada mucho...

Y se llevaba el arañazo a la boca, chupándose la sangre. Y al final, como siempre, decía, añadiendo:

—¿No vas a entrar?

El interrogante era tan inocente dicho por la anciana... Pero a la vez escondía tantos secretos...

Y sucedió que la criada tuvo que hacer cama. Los arañazos eran cada vez más profundos y no cicatrizaban. Pero seguía impertérrita hacia la bondad de la bestia. Sin poder más, él gritó:

—¡Debe irse! ¡Sea quien sea debe irse!

Pero la tranquilidad de ambas mujeres sublevó a nuestro protagonista.

—¿Pero qué es?... ¡No es un ser humano!

Y ambas respondieron como una furia:

—¡Pero está usted lodo! ¡No sabe lo que dice!... ¡No se le ocurra decir eso!

Sobreponiéndose, dio un ultimátum a la criada:

—Mañana pasaré el día fuera. Cuando vuelva, eso, o lo que sea, no debe seguir aquí.

Y al día siguiente se llevó a la nodriza con él. La llevó al Zoo. Y averiguó lo más terrible. Lo insondable. Lo más temerario y soberbio.

La algarabía, el zumbo, el tintineo y el estallido, el rumor, el arrullo y el estrépito, se fundían en la hermosa luz de aquella mañana en un clamor infantil de sonidos, de voces, de bramidos y gruñidos, rebuznos y alaridos. Aquella selva en miniatura acogía gozosa a la nodriza y su hijo de leche. Paseaban, se detenían y escuchaban. El hombre vigilaba a su madre de leche tratando de encontrar algún gesto que la denunciara. Pero todo fue más sencillo. Se sentaron y, de pronto, la anciana dijo:

—Algún día podrás traer aquí a tu hijo, el disfrutará más que yo...

Un estentóreo rugido retumbó en el Zoológico derrotando a las otras voces. Pero ni mil rugidos más fieros que aquel podrían modificar el sólido pavor que se había instalado en el rostro de aquel hombre, posesionándolo.

Quedó agazapado en el cuerpo de la vieja y una lágrima tímida, hirviente y dolorosa resbaló por la palidez de su rostro. Después no se supo si quedó dormido o triturado por aquella revelación. De vez en cuando se oía a la anciana que decía: «Debes aceptarlo, nadie debe rechazar a su propio hijo... Es tan débil, necesita tanto cariño...»

—Los hijos traen tanta felicidad. Sería un crimen abandonarlo. Debes verle, aunque sólo sea mirarle. Verás cómo olvidas todo lo demás. ¡Tiene unos ojos tan preciosos! ¡Necesita de tantos cuidados!

Se sabe que el atardecer les pilló allí recluidos, sumidos en aquella fetal y maternal postura. Que él, en un balbuceo, suplicó:

—¿Pero cómo, cuándo sucedió?

La anciana le besó en la frente y luego miró hacia el ámbito de los osos que jugueteaban prendidos en sus cuerpos, arañándose y rugiendo, amorosos.

Los graznidos de las aves y pájaros, el murmullo de sus aleteos y el insólito estampido del pavo real, se mezclaban en el rojo atardecer. Nuevas lágrimas rodaron por el rostro del hombre en un loco desahogo, rechazando el fatal desatino de aquella paternidad.

Las sombras iban arañando el campo y Venus, en su diminuta grandeza, iluminaba vagamente a la pareja perdida entre aquellos fosos, jaulas y guaridas de la desolación. Nuevamente el pavo real extendió el azulado arco iris pero enmudeció ante el chirriar de los grillos y el loco zumbido de un piquete de golondrinas. Al final de aquel llanto una inmensa piedad invadió al hijo de leche hacia su nodriza. Esta susurró: «Lo que me quede de vida se lo daré a tu niño. No viviré más que para él».

El besó aquella mano rugosa y arañada y dijo, cortante:

—No puedes seguir en mi casa. No quiero que te hagan daño. ¿No lo comprendes? Es mejor así...

—¿Y no puedo ir a verle?

—¡No! ¡Tú no te mereces lo que está pasando! ¿No te das cuenta que debo sufrirlo yo solo?

—¿Y tu hijo, qué va a ser de él?

—¡No te preocupes! ¡Ya tiene una madre!

—¿Y qué voy a hacer ahora sin él? ¡le quiero ya tanto...!

—Creo que yo también ya he empezado a quererlo. ¡Pero estás ciega por ese niño...! ¡O lo que sea!

—Sólo te pido estar con él y tú me lo quieres quitar.

—¡Ahora yo cuidaré de él!

Y de repente se levantó como un autómata y echó a andar, olvidando a la anciana y amparado por una extraña, poderosa y dulce determinación.

No volvió la vista atrás. No escuchó los sollozos de la anciana ni su profundo dolor. Siguió andando como un sonámbulo.

Desde el recinto de los leones se oyó el clamor de la anciana, llamándole:

—¿Y no puedo volverle a ver?

El silencio la dejó fulminada.

Las fieras, allá abajo, acogieron gratamente a la suicida.

Llegó sudoroso y anhelante a la casa.

En la sala de estar, la joven criada zurcía el girón de una sábana. A la luz de la lámpara parecía la vívida y sonrosada estampa de una joven y tierna desposada. Se acercó hasta ella.

Casi con ansia preguntó por su hijo. Ella hizo un gesto, tranquilizándole. El se arrodilló frente a ella y sollozó sobre su regazo, abrazando su cuerpo. Después, sediento, fue palpando toda su carne, agradecido. Un suspiro de la criada electrizó su cuerpo y empezó a besar sus muslos con avidez de fiera.

Pero la joven madre, con infinita mansedumbre, cortó aquellas caricias. El, retozón, besó sus manos con golosina.

Al poco se levantó y entró en su dormitorio. Después salió con el vibrante y reluciente balón de colores.

De la sala de estar venía la voz tranquilizadora y susurrante de una nana:

Duerme, niño chiquito,
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.

Como una advocación solemne, se plantó ante aquella puerta. Una gran bondad, una inmensa alegría y una risueña confianza le dieron empuje para abrir aquella puerta.

Unos extraños reflejos dorados le recibieron en el dormitorio, cegándole de felicidad.

Al principio todo quedaba difuminado por aquella luz y el quebradizo susurro de la canción de cuna, que se expandía creando dulces cantos y ecos de voces blancas. Intentó dar la luz pero no encontró el interruptor. Miró hacia aquellas penumbras lleno de una vigorosa dulzura y paternidad. Pero tanta felicidad le impidieron vislumbrar aquellas paredes arruinadas a zarpazos, los muebles raidos a dentelladas, la cama revuelta y las ropas deshechas a jirones.

Y de repente, en un rincón, dos ojos fosforescentes le cegaron. Se movió torpemente hacia allí, hacia aquella luz, pues allí debía estar su hijo o tal vez su pasado.

Los colores de la vibrante pelota se tiñeron de aquella fosforescencia y rebrillaban como chispas.

Aquel imán transfiguró el rostro de nuestro protagonista, llenándole de ilusión. Alargó la mano hasta aquella magnificencia y en aquel momento tan sublime, dijo:

—Escúchame, hijo mío.

Casi al instante unos rugidos y un bulto se le echaron encima. La venganza fue corta. Fueron unos rugidos precisos y crueles que alimentaron la cruenta y fatal satisfacción de la fiera.

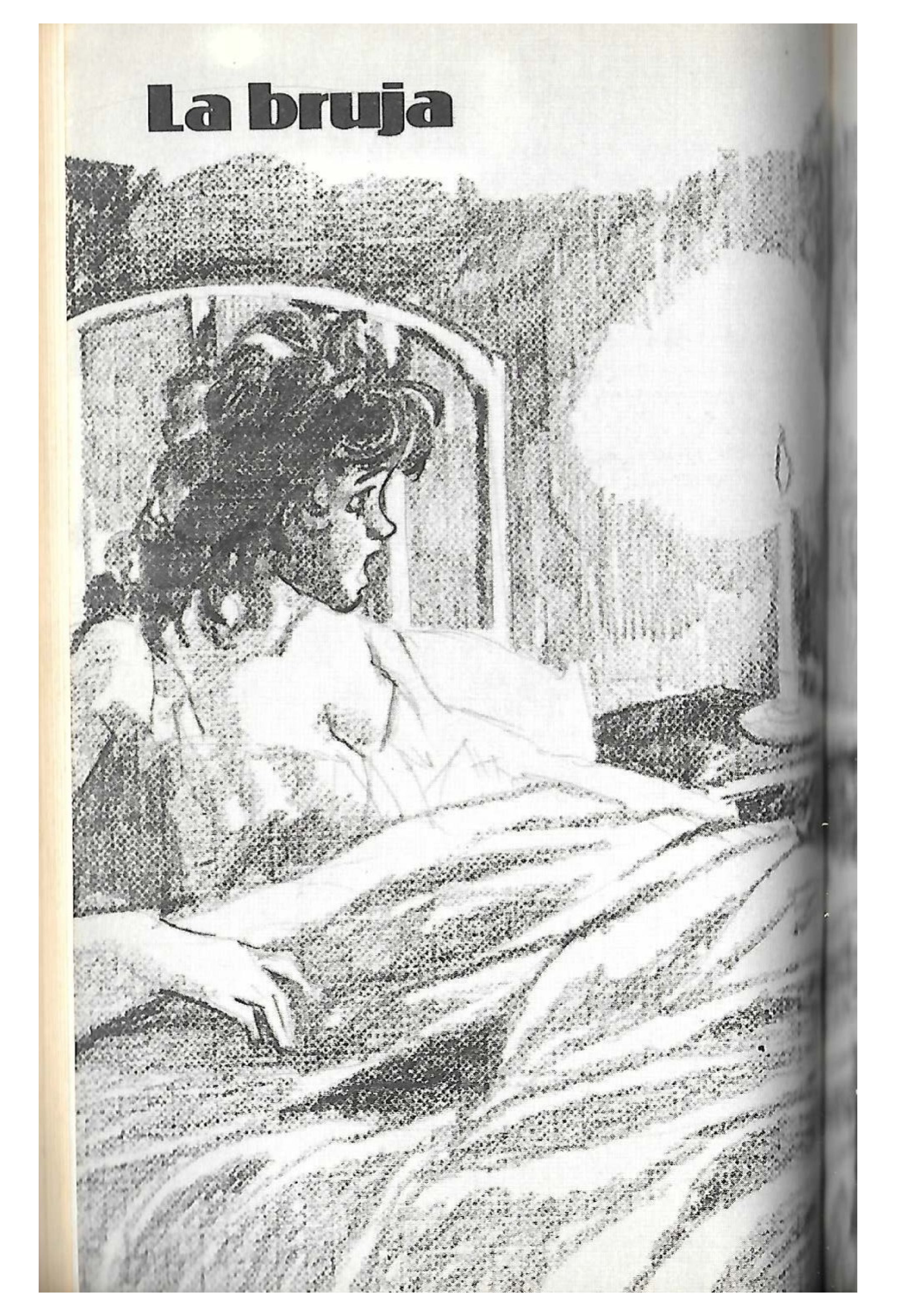
Nunca, en ningún momento de aquel atroz instante, hubo una queja, ningún lamento humano.

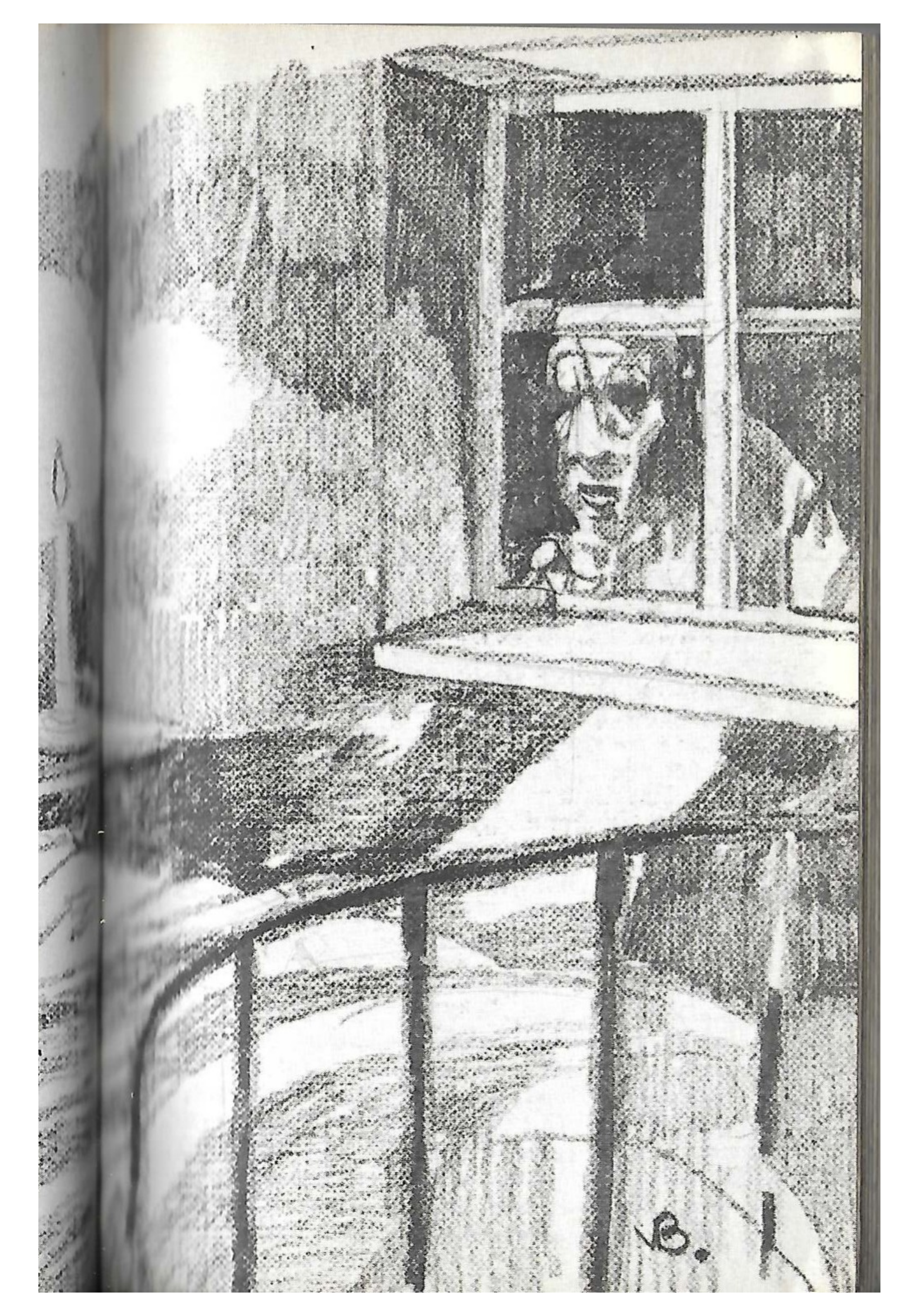
La nana siguió un poco más.

El plazo improrrogable, después, pudo cumplirse.


BR

La bruja





La bruja

Martín Antonino

Las mujeres trataban de ignorarla y los hombres se sentían cobardes ante ella.
Su ropa, cada uno de sus ademanes, sus costumbres, atestiguaban sin pretenderlo, que en el mundo existían lugares mejores que aquel pueblo...



POR más que lo intento no puedo precisar qué pueblo era. Estaba en el centro. Recuerdo, sin embargo, que se llegaba a él por un camino de tierra fangosa que bordeaba un hondo precipicio. Abajo se veía la llanura hasta un horizonte de colinas bajas y azuladas. En la planicie se distinguía el pueblo como una excrecencia absurda. No era posible imaginar para qué existía. Yo fui con mi hermano una sola vez y lo evoco con desagrado. Tenía mil habitantes que nos miraban con desconfianza. Dormimos en una habitación grande con vigas de madera; nos desnudamos a la luz de una vela. Por la noche ladraban los perros en el llano.

Estuvimos tres días por asuntos referentes a una herencia y nos volvimos a Madrid. Un anochecer, mi hermano me dejó con unas tías y él estuvo ausente. Tenía veintiséis años y era guapo: según he sabido después, pasó la noche con Clara Fernández, la practicanta que había llegado hacía poco tiempo a T... (nombraré así al pueblo). Luego regresamos a la capital y se produjeron los sucesos que quiero referir.

Desconozco el trámite administrativo, pero lo cierto es que Clara Fernández llegó al pueblo una

mañana de febrero de 1972 para ejercer de practicanta eventual. Ella era lo que abominablemente se denomina A.T.S. Tenía un cuerpo escurrido y, sin embargo, tentador; su cabello, largo y rizado, era de color rubio sucio; usaba vestidos largos indostánicos, a la manera de las chicas hippies de la época; siempre llevaba el escote desabotonado, nunca usaba sujetador ni zapatos. Se calzaba con sandalias de tiras en verano y botas camperas en invierno. Había estado en Londres y San Francisco y resultaba impropio que ahora se encontrase allí.

Se alojó en la casa de unos vecinos del pueblo a quienes llamaban «los Botines», no se sabe por qué; gente extremadamente seria y hosca: el padre y el hijo se iban por las mañanas al campo y no regresaban hasta la noche. Se lavaban poco; no olían bien. La madre y la hija se quedaban en la casa; olían aún peor que los hombres. El trabajo rudo durante años en terrenos hostiles había proporcionado al padre y al hijo unos cuerpos resistentes y duros, pero amazacotados: sus figuras carecían de toda clase de gracias. Pero el chico era hermoso: tenía las pupilas de color malva; sus manos anchas y deformadas adquirían una extraña delicadeza cuando manejaba objetos pequeños. Escuchaba a Clara Fernández Muñoz sin conseguir mirarla a los ojos, con el rubor tintándole la piel de manchas rojizas dispersas.

Clara Fernández trató a la gente del pueblo, desde el primer día que llegó, con una despreocupación desinhibida que ella creía familiar. En cada una de sus frases parecía atestiguar que ella venía de lejos y había en el mundo lugares mejores. No tenía intención de mostrarse pedante o superior: más bien albergaba una voluntad redentorista. Se trajo treinta libros y unos cuantos discos inútiles: el pueblo carecía de tendido eléctrico. Cada vez que se inclinaba, su desabotonado escote dejaba ver un pecho fresco y flexible. Nunca pensó que eso fuera una desgracia. Caminaba por las calles empedradas del pueblo a pasos largos y decididos, se sentaba adoptando posturas de

macho, fumaba cigarrillos negros con cierta insolencia inocente. No le importaba manifestar en voz alta que el amor libre estaba bien. A las mujeres del pueblo les dio en seguida asco. A los hombres les produjo miedo y les hizo sentirse cobardes. Empezaron a llamarle «la Bruja». También comenzaron los sucesos amedrantadores.

Dormía en un cuarto espacioso con dos ventanas; una daba a un corral de tierra con una higuera, otra al campo. Leía siempre antes de dormirse. A principios de marzo, una noche fresca y agradable, mientras hojeaba las narraciones de Oscar Wilde ilustradas por Beardsley, advirtió en el corral esporádicos crujidos leves casi imperceptibles: esa clase de susurros espaciados que se escuchan a veces en la noche y, por su presencia inusual y persistente, alertan a una persona que permanece despierta en una casa grande mientras el resto de sus moradores hace tiempo que duermen. Miró hacia la ventana varias veces, con el gesto espontáneo que orienta las pupilas hacia el lugar de donde procede algún rumor inusual.

Contuvo un grito cuando vio, a través de los cristales, un rostro difuminado por la oscuridad de la noche, de piel cadavérica, como el sueño de un espectro, cuyos ojos, oscuros y brillantes, la observaban inmóviles. Era un visión del todo abyecta, una cara cuya mirada estaba provista de esa clase de fijeza muda que sólo poseen los seres que se complacen en acechar desde las tinieblas.

De un soplido brusco apagó la vela. Sobre el fondo de claridad lunar, la cabeza siniestra aún permaneció unos segundos recortada tras la ventana. Después se oyeron unos golpecitos en el cristal que le helaron el corazón. Fue el final del suceso. La sombra desapareció; en seguida —le pareció a Clara Fernández— llegó el alba.

No le dijo nada a nadie. La gente del pueblo rehusó pronto que ella les tocase. Sólo en casos de extrema necesidad reclamaban sus servicios. Entonces, cuando solicitaba los complementos necesarios

para su trabajo, las mujeres, más que entregárselos, se los arrojaban sobre la mesa haciendo teatralmente ostensible su rechazo hacia una chica cuya presencia en sus domicilios las deshonraba. Una mañana impropiamente fría para el tiempo cercano ya a la primavera, llegó el médico que atendía a la aldea desde otro pueblo mayor distante ocho o diez kilómetros. Era un individuo grueso con cara de matarife. Llevaba una chaqueta gris demasiado corta para que no le proporcionase el despreciable aspecto de un tipo de baja cualificación genérica. Visitó a un niño de dos años aquejado de nefrosis. No acertó con el diagnóstico; recetó unas inyecciones. Le confundió el escote de Clara Fernández y sus maneras al fumar Celtas sin filtro. Quiso tocarla de forma oscura en un recodo del camino, cuando ya se marchaba. Ella le dio una bofetada.

Aquella noche, al levantar las sábanas para acostarse, encontró sobre la cama la cabeza degollada de una gallina rojiza. Tenía el pico semiabierto; no había cerrado todavía los ojos, aún palpitaba. Con horror, arrojó los despojos por la ventana del patio. Al acostarse, volvió a ver a través de la ventana el rostro espectral que la miraba. La secuencia siguiente constituyó una *reprise* exacta de los sucesos ya referidos: apagó la vela, se escucharon unos golpecitos en el cristal, desapareció el terrorífico espectador; le pareció que en seguida amanecía.

Fue por entonces cuando llegamos mi hermano y yo desde Madrid y Clara Fernández pasó una noche con él en su habitación de muros gruesos. Creyeron ambos que su encuentro había pasado inadvertido. Al otro día llovía sobre el páramo. Extrañó a todos que ella caminase contenta bajo el chaparrón, indiferente, o más bien gozosa, al recibir la lluvia que le empapaba su cabello rizado. El comportamiento de «la Bruja» resultó, a partir de aquella noche y aquella mañana, finalmente intolerable...

Llegó el cura de una parroquia distante que se ocupaba también de las almas de aquel lugar. Venía

en una mula con los cascos manchados de lodo. Era fornido y de piel porosa. Llevaba una sotana llena de manchas de grasa que delataban un temperamento glotón y desaseado. Mientras escuchaba, se urgaba la nariz con el dedo corazón. Tenía los hombros llenos de caspa. Cuando hablaba de Dios parecía no creérselo. Le regalaron diversas provisiones y el sujeto más acomodado del pueblo le entregó unos billetes. Le hablaron de la muchacha y enumeraron sus características.

—Aún hay brujas —dijo el cura—. Ya sabéis lo que se hacía con ellas en tiempos pasados, cuando la fe ardía en los corazones. Que se vaya del pueblo.

Se marchó con su cargamento de víveres. Estaba contrariado por no haber podido ver a aquella chica de senos pecaminosos. Debía ser una buena cosa.

Aquella misma noche, Clara Fernández halló entre las sábanas de su cama un crucifijo negro bañado en sangre coagulada. Roja de ira, arrancó la sábana inferior y la arrojó al patio. Se acostó sobre el colchón y apagó la vela. Rompió en sollozos. No terminó todo ahí

En la madrugada, escuchó roces casi imperceptibles sobre el techo del dormitorio, como si alguien se desplazase furtivamente por la cámara que cubría toda la vivienda; advirtió con seguridad que se trataba de pasos que trataban de ser inaudibles: se agazapó bajo la sábana cuando percibió claramente la palabra «bruja» musitada por una voz cavernosa que procedía de un lugar incierto, algo semejante a esos ecos cuya procedencia no es posible localizar en lugares provistos de una particular acústica y resuenan de forma fantasmal en una zona inconcreta del espacio. El fenómeno se repitió varias veces; también distinguió otro vocablo que incluía un mandato inequívoco: «vete».

No supo cuanto duró aquello, ahogada en sudor frío bajo la sábana, cuando afuera los perros aullaban en la noche de luna nueva, oscura como un subterráneo, y el tiempo inestable arrojaba sobre la estepa un viento racheado que gemía indeseablemente en los

resquicios de las ventanas. No durmió nada y, se levantó con el alba, antes de que «los Botines» se marchasen a las eras. Se enfrentó a ellos con toda la ira de una muchacha que ha decidido ser valerosa a solas:

—Usted tiene que saber todas las cosas que pasan en mi cuarto por las noches —le dijo al padre.

—Yo no sé nada —contestó él mientras cargaba su mula.

—Entonces tendré que dar parte a la guardia civil.

El hombre rehusó cualquier otra intervención. Terminó de preparar sus cosas y se marchó. Tendría unos cincuenta años y apenas si sabía firmar. Todas las cualidades que le hacían superior a un hombre de Neanderthal eran tan sólo adherencias casuales. No era culpable de eso. El hijo de pupilas color malva no dijo nada, pero consiguió mirar de frente a Clara Fernández aquel amanecer durante unos segundos. Le pareció algo vagamente querible. Sintió como un sueño irrealizable y remoto la posibilidad de hablar con ella un rato a la caída de la tarde. Creía no contar con el número de palabras suficientes para llevar a cabo aquella fantasía.

Clara Fernández no dijo nada a la guardia civil, cuyo puesto más próximo se hallaba en un pueblo distante; no lo hubiera hecho, a pesar de todo, aun en el caso de tenerla a mano. El comercio con cualquier clase de autoridad la conturbaba; nunca fue denunciante.

El viento era ahora intenso y el tiempo seco. Se desplazaban sobre la llanura nubarrones pesados de color pizarra. Por la tarde atendió al niño nefrótico en una casa oscura donde dos mujeres rechonchas que apestaban no le dijeron una sola palabra. Le puso una inyección; no se sabe por qué, el niño murió al atardecer. Regresó a casa de noche; alguien la llamó «bruja» desde la clandestinidad de una ventana oculta tras una persiana verde. Encontró su dormitorio humillado por una especie de furor fanático: las sábanas, hechas girones, yacían en el suelo; se veían

los libros diseminados sobre el piso de losas rojas con las páginas destrozadas; una mano brutal había quebrado la modesta colección de discos; mancharon de cieno su ropa interior; los escasos útiles de aseo personal aparecían tirados por toda la estancia.

Aquella noche corrió por el pueblo la voz de que «la Bruja» había matado al niño. Ella no lo supo. Pero sintió miedo: arregló de nuevo su cuarto sin hacer ninguna protesta a sus patrones; se acostó con el ánimo encogido y experimentó una sensación lejana y amarga que tan sólo la saltaba en las circunstancias más alevosas: el sentimiento de desconsuelo y orfandad, esa experiencia particularmente nocturna semejante a la que se abate sobre las niñas que se acuestan por primera vez, tras despedirse de sus padres, en el helado dormitorio colectivo de un internado barato. Cerró las contraventanas de madera para evitar posibles apariciones espectrales; evocó, entre otras muchas cosas, imágenes desprendidas de Madrid, que le deparaban un sucedáneo de caricias: el trozo de acera de Princesa coincidente con Unicentro, la alta fachada impersonal situada frente al número 51 de Andrés Mellado, la cuesta de Leganitos, un portal con buzones verdes que hace un recodo, en la plaza del 2 de Mayo.

No se pudo dormir. A partir de las once comenzó a oír movimientos furtivos procedentes del patio y de la calle; un tráfico clandestino de personas que entraban y salían, frases breves musitadas con urgencia, inconcretos sonidos de bultos pesados al ser descargados en el patio. A través de las rendijas de las ventanas percibió destellos fugaces de llamas oscilantes. Oyó la clase de rumores significativos que se producen cuando un grupo de personas tratan de llevar a cabo una mudanza nocturna, y pese a sus esfuerzos por pasar inadvertidos, el ciudadano que padece de insomnio, puede escuchar durante todo el proceso del traslado susurros dispersos, pasos sigilosos, respiraciones ahogadas, órdenes nerviosas dadas en voz queda y, esporádicamente, el estruendo inoportuno

producido por un mueble a causa de un movimiento erróneo.

El insomnio produce desesperanza. Clara Fernández había decidido marcharse de T... apenas despuntase la aurora. Una camioneta azulada cruzaba la carretera distante dos kilómetros y recogía a los viajeros que aguardaban entre dos luces, como fantasmas, con sus maletas de tonos oscuros junto a un álamo grande. Eso no fue posible.

A las cinco de la madrugada cesaron los rumores generales en el patio. Después se escucharon pasos decididos en aposentos interiores de la casa; las baldosas mal asentadas del corredor que conducía hasta su cuarto resonaron bajo el peso de alguien que se detuvo al otro lado de la puerta. El cerrojo estaba echado. Llamaron. El patrón contestó que tenía que hablarle. Ella se puso encima uno de sus vestidos indostánicos y encendió la vela. Descorrió el cerrojo y levantó el pestillo; apenas tuvo tiempo de ver los ojos enrojecidos del dueño de aquella casa y la navaja que llevaba en la mano. Se la puso en el cuello y le dijo «no chilles o te mato». Después, de un soplido, apagó la vela. El soplido olía a aguardiente.

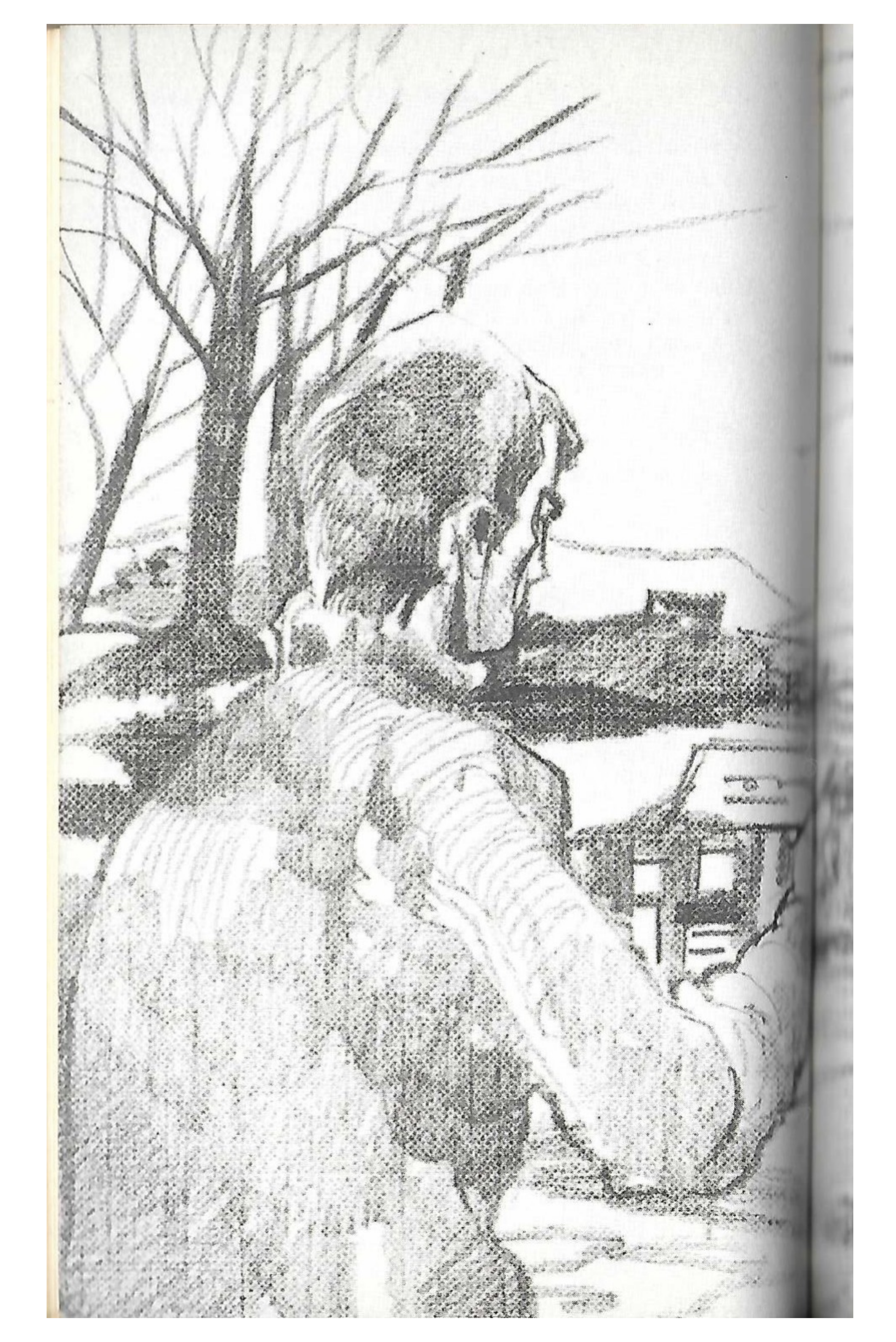
Es inútil hacer literatura para describir sucesos espantosos; basta con anunciar proposiciones sencillas que describan la naturaleza de los hechos: el tipo la empujó hasta la cama y la violó. No dijo nada. Lo hizo con pasión vengativa. No quería otra cosa que mancharla. Ella obvió cualquier tipo de resistencia inútil. Cuando él se fue, llamó a otro. Sería probablemente ineducado, impropio de una narración que tan sólo pretende dar noticia de unos sucesos execrables, incidir en descripciones prolijas acentuadas por precisos calificativos indicadores del concepto *horror* para describir el infierno que Clara Fernández conoció en el pérfido lapso de una hora a finales de abril. Pasaron veintitrés hombres más. Todos exhalaban un inmundo olor a macho torpe. No se resistió nunca. En la oscuridad, percibió que dos de ellos tenían la piel fresca y la cintura airosa de los adolescentes.

Uno carecía de la pierna derecha. Todos estaban ebrios. Cerraban la puerta para acometer su insidia vejatoria. Clara Fernández estaba empapada de sudor y de abyecciones adheridas. Aún no había amanecido cuando pasó el último, a la hora en que los espíritus más valerosos sucumben al desánimo y la memoria se puebla de recuerdos fragmentarios y remotos, del todo laterales: el rostro alargado de la niña que montaba en los autochoques del parque Tívoli, en Benalmádena; unas gafas de sol con montura blanca que trajo el mar hasta la playa de Neguri, el kiosko de la música en la plaza de Tudela, la fuente que hay en la acera izquierda de la calle Atocha.

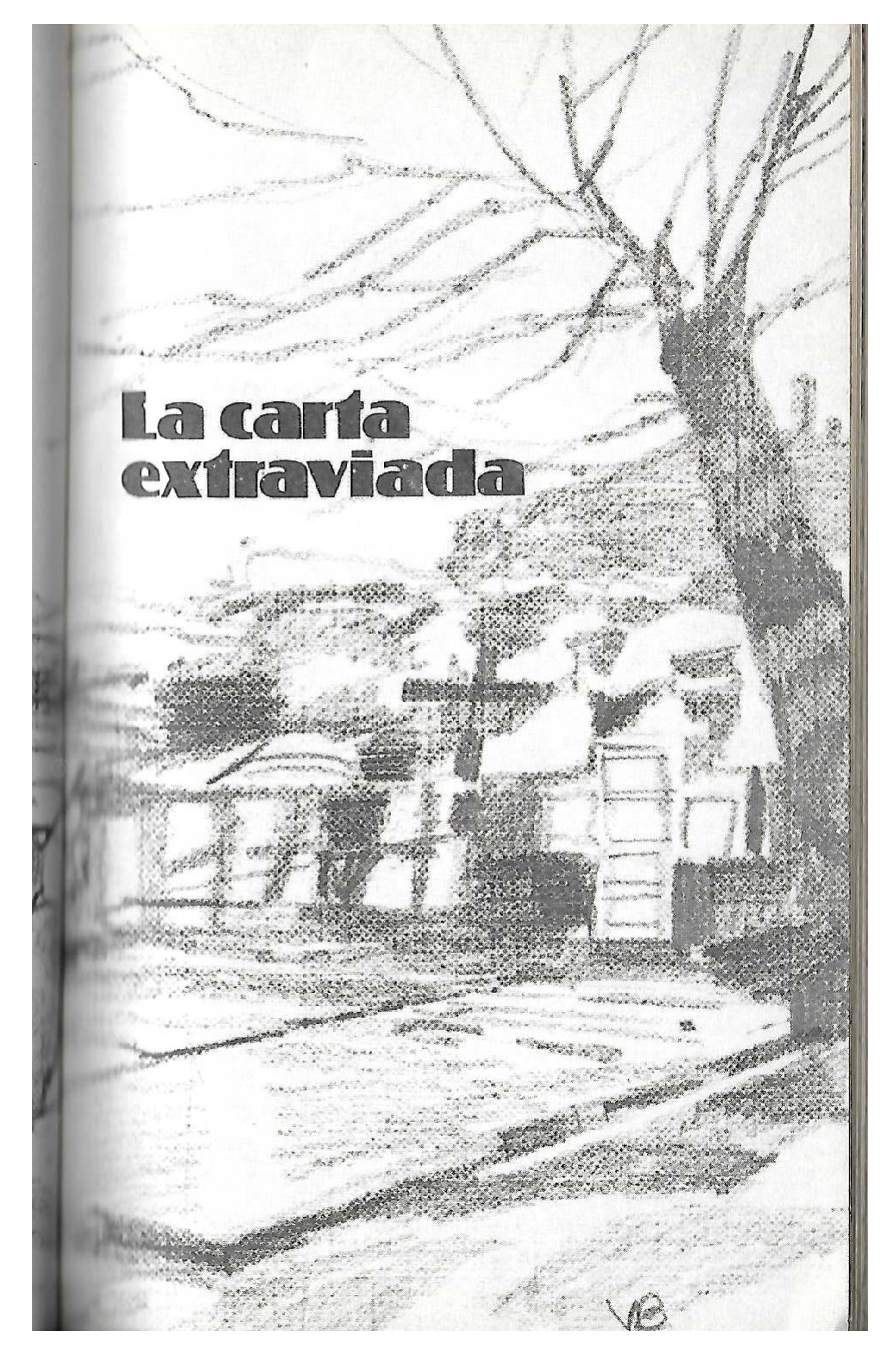
Dejaron de pasar de uno en uno. Transcurrió un período de tiempo incierto; vinieron cuatro con luces en la mano. Un tipo grueso con traje de pana traía una cuerda enrollada. No la dejaron vestirse. «Vamos», le dijeron. «¿Qué me vais a hacer ahora?», sollozó Clara Fernández. «Anda», respondió otro. Atravesó desnuda el pasillo, cruzó el comedor y la cocina: la patrona estaba de espaldas y levantaba en ese momento la tapadera de un puchero rojo; no se volvió. Salieron a un patio. Había gente en silencio a ambos lados del recinto, pegados a las tapias. La luz insuficiente de un amanecer frío los mostraba como sombras anónimas. Clara miró al frente y vio el montón de leña; en su parte superior se erguía un poste vertical. Mantuvo en su retina unos bidones blancos de gasolina. Quiso gritar pero no pudo. Se le erizó el cabello y experimentó las diversas alteraciones fisiológicas que produce el pavor. Rehuso describirlas. Baste enunciar sin abusivas insistencias que comprendió en seguida que iba a ser quemada viva. Anoto también que, desde las sombras reunidas para ver el espectáculo, surgieron despreciables insultos, y que un joven borracho, destacándose del grupo con movimientos procaces, se aproximó a ella para tocarla. El individuo que llevaba la cuerda la ató al poste. Dos afanosos hombres de edad mediana, habituales en las partidas de bolos disputadas en el ca-

mino del cementerio las tardes soleadas de invierno, rociaron de gasolina la pila de leños. Un viejo con sombrero negro de fieltro, lanzó la tea encendida que prendió la enorme hoguera. En el prestigioso diccionario de sinónimos compuesto por Julio Casares no he encontrado ningún adjetivo adecuado para calificar con precisión la naturaleza del aullido que brotó de la garganta de la víctima. El lenguaje carece de vocablos para expresar el horror extremado.





La carta extraviada



La carta extraviada

Pedro Montero

En su espíritu comenzó a tomar forma la idea de que aquel día iba a tener lugar una extraordinaria cita... Una cita que había impedido, años atrás, la fuerza de la muerte.



A última vez que estuve en nuestra antigua casa de campo, encontré en el buzón una carta dirigida a mi madre.

Había enviado a los niños una temporada con tía Aurora, aprovechando que todavía faltaban unos días para el comienzo del curso escolar. Yo estaba a punto de cambiar de trabajo. El antiguo no me satisfacía, y pensé que había llegado el momento de tomar una decisión al respecto. Cada vez me repugnaba más la idea de pasarme la vida haciendo algo por lo que no sentía el mínimo interés. Tía Aurora se había hecho cargo de los gastos ocasionados por la educación de los niños; atendía a todas sus necesidades y los consideraba —por amor a su difunta hermana— como si fueran sus propios nietos. Necesitando de unos días de aislamiento y reflexión, a fin de considerar serenamente el nuevo rumbo que iba a dar a mi vida, pensé que el lugar más idóneo era la antigua casa de mi madre.

Desde su fallecimiento, once años atrás, no habíamos vuelto a pasar largas temporadas en aquel caserón aislado en medio del campo. Todavía en vida de mi madre, acostumbrábamos a trasladarnos allí du-

rante un mes del verano. La mujer había abandonado con nostalgia el lugar cuando, a causa de lo avanzado de su edad, vino a vivir con nosotros en la ciudad, y agradecía pasar cada año unos días en la que fue su antigua vivienda familiar.

A partir de su muerte, tan sólo algunos fines de semana los pasábamos en aquella casa. El tiempo y el abandono terminaron por hacer inhabitable lo que fue mi hogar durante mi infancia.

Al abrir la puerta, lo vi sobre la capa de polvo que cubría el suelo. El sobre blanco destacaba en medio del vestíbulo como si fuera el anuncio de que los pequeños detalles de la vida cotidiana recomenzaban en aquella casa abandonada. Lo tomé con una mezcla de curiosidad y precaución, y lo examiné detenidamente.

El sobre crujió entre mis dedos como si fuera a deshacerse en cualquier momento. Apergaminado al tacto, lo primero que me llamó la atención fueron los sellos. Unos sellos antiguos y, desde hace años desaparecidos de la circulación. La carta venía dirigida a mi madre, enterrada hacía once años, lo que me produjo una extraña desazón. Se trataba, aunque su remitente lo hubiera ignorado a la hora de escribirla, de una misiva dirigida a una persona difunta.

Tuve que leer repetidamente el remite escrito en el reverso, antes de comprender que aquella carta había estado perdida durante muchísimos años, viajando incesantemente de acá para allá; sepultada en el fondo de alguna saca olvidada; oculta en alguna dependencia de una oficina de correos. Poco después recordé la noticia que había leído pocos días atrás en el periódico. Dos sacas de correspondencia, extraviadas en su día, habían sido halladas intactas y su contenido repartido por los funcionarios de correos con el mismo celo que si se tratara de cartas cursadas aquella misma semana.

Mis padres contrajeron matrimonio durante la guerra. Su noviazgo duraba ya —por lo que ella me relató— cerca de tres años. A pesar de la oposición de

sus respectivas familias, sobre todo por parte de la de mi madre, decidieron casarse sin más dilación, y así lo hicieron aprovechando un corto permiso de mi padre.

A los pocos días de haber contraido matrimonio, mi padre tuvo que regresar al frente. Mi madre continuó viviendo en el hogar familiar, en aquel caserón aislado, esperando anhelante cada día la llegada del cartero que, muy de tarde en tarde, le traía noticias del soldado. Hasta que una carta le anunció que mi padre volvía. Se rumoreaba en su batallón que, en fecha próxima, les sería concedido un permiso de una semana. En aquella carta, mi padre le anunciaba la buena noticia, dejando para más tarde la confirmación del día de llegada.

Pero transcurrían los días y la confirmación no llegaba.

Inútilmente, se pasaba mi madre las horas muertas en el borde de la propiedad esperando la llegada del cartero. Finalmente se resignó, suponiendo que el permiso no había sido concedido, y procuró aliviarse de la decepción trabajando con más ahínco en las labores domésticas.

Cierto día, volvió por fin el cartero, pero, tan sólo contemplando su rostro, comprendió mi madre que no era portador de las noticias que ella deseaba. Le entregó un sobre con membrete oficial, que mi abuelo suavemente retiró de sus manos, y no hizo falta siquiera abrirlo para adivinar de qué se trataba: mi padre había muerto en combate.

Ahora, mientras sostenía en mis manos aquella carta, me invadió una sensación de congoja y, por qué no decirlo, de inquietud, al comprender que era una comunicación de un muerto hacia otra persona muerta. Quizás aquella era la carta que mi madre esperó inútilmente recibir, y que, ahora, con muchos años de retraso, no encontraba destinatario ni podía ser devuelta a su remitente.

Sentado en la amplia sala de estar, reflexioné acerca del destino que debería dar a aquella carta. Por una parte, un sentimiento de pudor me impelía a

destruirla sin conocer su contenido. Sin duda, aquella era una carta de amor, y yo, un tercero al fin y al cabo, aunque se tratara del fruto de aquel cariño, no tenía derecho a profanar una comunicación privada. De otro lado, era aquel un valioso y entrañable documento que me apetecía conservar; nadie más indicado que yo ni con más derechos para abrirla.

Finalmente, la coloqué sobre la repisa de la chimenea en espera de tomar una decisión y me dispuse a prepararme una frugal cena con las provisiones que había traido de la ciudad.

No bien había entrado en la cocina, cuando fui sorprendido por un fuerte estrépito. Regresé al salón y vi que una fotografía enmarcada de mi madre había caído al suelo arrastrando tras de sí la carta, que yacía bajo el destrozado cristal. Volví a colocar la fotografía en su sitio, retirando los fragmentos de cristal adheridos al marco, y deposité la carta sobre una mesa. Después regresé a la cocina y continué preparándome la cena. A los pocos momentos, escuché de nuevo un ruido, y, saliendo al comedor, advertí que la fotografía había vuelto a caserse. Junto a ella estaba
la fotografía había vuelto a caerse. Junto a ella estaba lanzado al suelo.

Me olvidé por completo de la cena. Me senté muy cerca de la lámpara y procedí a abrir la carta con todo cuidado para dañar el sobre lo menos posible. Ante mis ojos apareció una cuartilla repleta de apretados renglones escritos con la letra de mi padre. Vi su firma en el reverso. El encabezamiento comenzaba directamente con un «Querida Julia». Seguidamente, mi padre comenzaba la carta en un tono pretendidamente impersonal y distanciado. Decía encontrarse bien y no carecer de los más imprescindible. Poco a poco, el carácter de la misiva iba tornándose más cariñoso, hasta que se hacía realmente apasionado. El núcleo de la comunicación lo constituía la noticia de que el día trece de agosto, de madrugada llegaría finalmente con permiso y permanecería unos días al lado de mi madre.

Cuando finalicé la lectura de la carta, enjugué unas lágrimas que habían acudido a mis ojos y la guardé cuidadosamente en el sobre. Regresé a la cocina para continuar con los preparativos de mi cena y, mientras los llevaba a cabo, pensé en aquel anhelado encuentro que nunca llegó a producirse.

No sé si fue sentimentalismo lo que me impulsó a ejecutar aquella acción, o quizá la ilusión de que, obrando de aquel modo, invalidaba de alguna forma el paso de los años. Salí al exterior y fui rodeando la casa hasta llegar al pequeño cementerio familiar donde está enterrada mi madre. Me aproximé a su tumba y, extrayendo de mi bolsillo la carta, la deposité sobre la lápida y la sujeté por medio de una piedra para evitar que una ráfaga de viento se la llevase.

Mientras cenaba, me sentí en cierto modo satisfecho conmigo mismo por actuar como lo había hecho, pero una ligera inquietud, no sabía qué exactamente, comenzó a preocuparme desde aquel momento. Hasta que no enjuagué los platos en el rústico fregadero, no me apercibí de que aquella mínima desazón provenía de no saber exactamente —siempre he sido muy distraido al respecto— en qué fecha nos encontrábamos.

El almanaque colgado en una de las paredes señalaba martes siete de enero, último día que habíamos pasado en la casa durante las navidades anteriores. Fui arrancando hojas hasta llegar al mes de agosto y, con cierto alivio, debo confesarlo, supe que aquel día era el doce. La tranquilidad de que tan fugazmente había disfrutado se desvaneció al advertir que eran ya las doce menos cuarto. Dentro de quince minutos entraríamos en un nuevo día, lejano aniversario de aquel señalado en la carta de mi padre para el encuentro con su joven esposa.

Experimenté entonces una especie de temor supersticioso. Estaba a punto de comenzar el día en el que, muchos años atrás, se había fijado una cita que, a pesar de la fuerza del amor, no había llegado a celebrarse. Lo había impedido la fuerza de la muerte.

Ahora, nada había cambiado. Los protagonistas del encuentro frustrado habían muerto sin haber logrado sus deseos, pero, en cierto modo, había vuelto a establecerse una comunicación interrumpida. La carta había llegado a su destino —con muchos años de retraso— y yo, único fruto de aquella fugaz unión, me había encargado de hacer el papel de mensajero depositando la misiva cerca de los restos de mi madre.

¿Cuál de las dos fuerzas es más poderosa —reflexionaba—, la del amor o la de la muerte? No encontré respuesta para aquel interrogante. Unicamente consideré que tratar de adivinarlo mediante actuaciones que propiciaran cualquier clase de reto podía resultar insensato.

Por otra parte, parecía evidente que el hecho de haber recibido la carta, unido a encontrarme casualmente en la casa de campo, precisamente en aquella fecha, me había sumido en un especial estado de ánimo en el que cualquier cosa me parecía posible.

Un chasquido, un leve crujido, me puso sobre aviso. A pesar de lo cual, no pude evitar estremecerme cuando escuché la primera de las doce campanadas procedentes del viejo reloj de pared. ¿Había yo dado cuerda al reloj? Unicamente así podía explicarse que sus agujas marcaran la hora exacta. Probablemente lo había hecho de manera automática, igual que lo hacemos con el reloj de pulsera antes de acostarnos.

Pareciéndome que había ido demasiado lejos en mi actuación, salí al jardín y me aproximé al cementerio familiar con intención de recoger la carta que, en un arrebato de sentimentalismo había depositado sobre la lápida de la tumba de mi madre.

Gruesas nubes de tormenta habían ido ocultando desde el atardecer el cielo. Un viento insano agitaba las ramas de los árboles y revolvió mis cabellos cuando di la vuelta a la casa. No tardarían en caer las primeras gotas y en desencadenarse la tormenta.

Cuando llegué a la tumba no pude hallar la carta. La piedra, mediante la cual la había sujetado, conti-

nuaba sobre la lápida, pero el sobre había desaparecido. Era lógico pensar que la fuerza del viento lo hubiera arrastrado. Miré por los alrededores inútilmente y me desazoné al no poder hallarlo. Volví junto a la tumba y, la luz del primer relámpago, que tan sólo duró una décima de segundo, iluminó con una luz espectral el lugar en que me encontraba. Seguramente fue producto de mi estado de ánimo, pero hubiera jurado que la lápida se hallaba ligeramente fuera de su sitio.

Antes de que la lluvia me empapara por completo, eché una nueva ojeada a la tumba para asegurarme de que —como no podía ser por menos— todo estaba en orden, y regresé al interior de la casa pesaroso por haber perdido la carta.

Cuando me encontraba en el porche, me detuve creyendo haber oído algo dentro. Un enorme relámpago iluminó los campos. Del interior del viejo caserón surgían las notas de una cancioncilla que yo conocía muy bien. En seguida, el fragor del trueno ahogó cualquier otro sonido. Al perderse el estruendo, tableteando en la lejanía, tan sólo se escuchó el rumor del viento entre las ramas de los árboles.

Sentado en el salón, traté de encender la chimenea mientras me recriminaba a mí mismo el haber cedido tan fácilmente a las ilusiones forjadas por mi imaginación. Lo que había creido escuchar era un fragmento de una antigua canción favorita de mi madre.

Como la fuerza del viento iba en aumento, los batientes de algunas ventanas comenzaron a golpear contra los marcos. Habiendo abierto las habitaciones para que se ventilaran durante mi corta estancia en la casa, no había tenido la precaución de volver a cerrar las ventanas. Subí pues al piso superior, y recorrí los dormitorios uno por uno asegurando las ventanas.

A punto estaba de penetrar en la habitación que había servido de dormitorio nupcial a mis padres durante su breve matrimonio, cuando, unida al fragor del huracán y al retumbar de los truenos, me pareció escuchar nuevamente el comienzo de aquella melodía.

Me detuve en el pasillo, y la vela que portaba —en la casa no había luz eléctrica desde que la cortamos en Navidad— comenzó a temblar en mis manos. ¿Hasta tal punto me había obsesionado la llegada de la carta que empezaba a ser víctima de ilusiones creadas por mis propios sentidos?

Finalmente, entré en el dormitorio. El gran espejo del armario ropero me devolvió mi propia imagen, y no pude por menos de estremecerme al contemplar mi palidez y lo desfigurado de mis rasgos debido a la cambiante luz de la bujía. Cerré la ventana herméticamente, pero, antes de echar las cortinas, miré hacia el exterior. Mis cabellos se erizaron cuando mis ojos contemplaron, durante el escaso segundo que duró el relámpago, un vehículo de aspecto militar estacionado en la cercana carretera.

Bajé precipitadamente a la planta baja y me asomé a través de la celosía de la puerta. Lo que en mi estado de nervios había tomado por un coche no eran sino unos tupidos zarzales, zarandeados ahora por la fuerza del huracán.

Volví a sentarme en el sillón e intenté tranquilizarme al calor del reconfortante fuego que finalmente había conseguido encender. Traté de poner mi mente en orden, para lo cual tuve que empezar por reconocer que lo que había provocado aquel absurdo estado de ánimo era mi innata disposición a dramatizar las situaciones. Mi imaginación, pronta a desbocarse al menor acicate —no en vano eso forma parte de mi profesión— había urdido un impensable encuentro despreciando las barreras del tiempo y del espacio.

¿Para qué era necesario imaginar un encuentro que —caso de haber algo— podría haber tenido lugar en el más allá? Tan sólo en el caso de que...

A pesar de mi agnosticismo, en los momentos de angustia seguía considerando la idea de la existencia de un cielo y un infierno irremediablemente incomunicados. Y también la de un transitorio lugar donde purgar toda huella de los pecados ya perdonados. En

cientos de veces durante mi infancia mientras ella, mi-
puede ser condenada al paraíso.

Ligeramente distorsionadas, llegaron hasta mis oídos las notas de la cancioncilla favorita de mi madre. Procedían del piso superior, y yo las había escuchado cientos de veces durante mi infancia mientras ella mitigado ya su dolor por la pérdida de mi padre, se arreglaba ante su tocador.

Me esforcé en creer que el viento, colándose a través de las rendijas de las ventanas, era lo que producía aquel sonido. Pero, a pesar de todo, la melodía aquella llegaba distintamente hasta mi oído.

Con el corazón a punto de salírseme del pecho, comencé a subir sigilosamente la escalera que conducía al piso superior. La vela temblaba en mis manos, y su vacilante luz distorsionaba los objetos más que aclaraba sus perfiles. Caminé pasillo adelante hacia el dormitorio del que surgían aquellas notas. Me aproximé a la puerta y, de súbito, la vela fue apagada por una corriente de aire. A la luz de un relámpago contemplé a alguien sentado ante el tocador. Una figura que fue volviéndose lentamente mientras la obsesiva cancioncilla hería dolorosamente mis tímpanos. Un grito de terror escapó de mis labios cuando vi el rostro de aquella aparición y el estado en que se encontraba.

De pronto, un fuerte estrépito me anunció que se había abierto de golpe la puerta de la calle. Cuando volví a mirar hacia el tocador, no pude ver a nadie. Tan sólo unos engañosos reflejos que hubieran podido tomarse por la figura de una mujer dolorosamente retorcida sobre sí misma.

Despavorido, eché a correr pasillo adelante y bajé precipitadamente las escaleras. El viento entraba a raudales a través de la puerta abierta que, bamboleándose sobre sus goznes, golpeaba intermitentemente contra el muro. El suelo estaba cubierto de hojas arrancadas de los árboles y de pequeñas ramas arrastradas por la fuerza del huracán. Me aproximé para recogerlas, después de haber cerrado la puerta,

cuando advertí que sobre la alfombra había manchas de sangre. Un reguero de pequeñas gotas partía desde la puerta de entrada y continuaba hasta el pie de la escalera. Las gotas continuaban sobre los escalones, pero no me atreví a seguirlas.

De pronto llegó hasta mí una confusión de murmullos. En aquel oscuro rumor se mezclaban suspiros, quejas, llanto y un nombre... mi propio nombre. O el de mi padre.

Alucinado como estaba, no supe si alguien me estaba llamando. Como un autómata, comencé a subir las escaleras. Conforme me aproximaba al que fuera dormitorio de mis padres, el murmullo crecía en intensidad, y, a poco, se sumó a él una queja continua, como de alguien que se siente herido y comprende que la vida escapa de su cuerpo.

Un momento antes de asomarse, la ventana del dormitorio se abrió de súbito y la habitación fue inundada por la fuerza del huracán. Cuando entré en ella, contemplé la cama deshecha y el espejo del tocador rajado de arriba a abajo. Fui acercándome a la ventana luchando contra la fuerza del viento y, tras cerrarla, contemplé algo que me hizo estremecer: cerca de la tumba de mi madre había dos figuras estrechamente abrazadas... dos personas... dos... arbustos... dos estatuas de mármol...

Salí al exterior y di la vuelta a la casa. La lluvia empapaba mis ropas y el viento las agitaba amenazando con arrancármelas. La fantasmal luz de los relámpagos se derramaba sin piedad sobre los campos. Llegué junto al pequeño cementerio, y pude ver que la lápida de la tumba de mi madre había sido removida.

Petrificado por el terror, permanecí allí bajo los embates de la tempestad. Y, a pesar del pavor que atenazaba mis miembros, no pude impedirme concebir la idea de que, de algún modo, se estaba celebrando un encuentro en el interior de aquella tumba. El tiempo había sido anulado por fuerzas superiores,

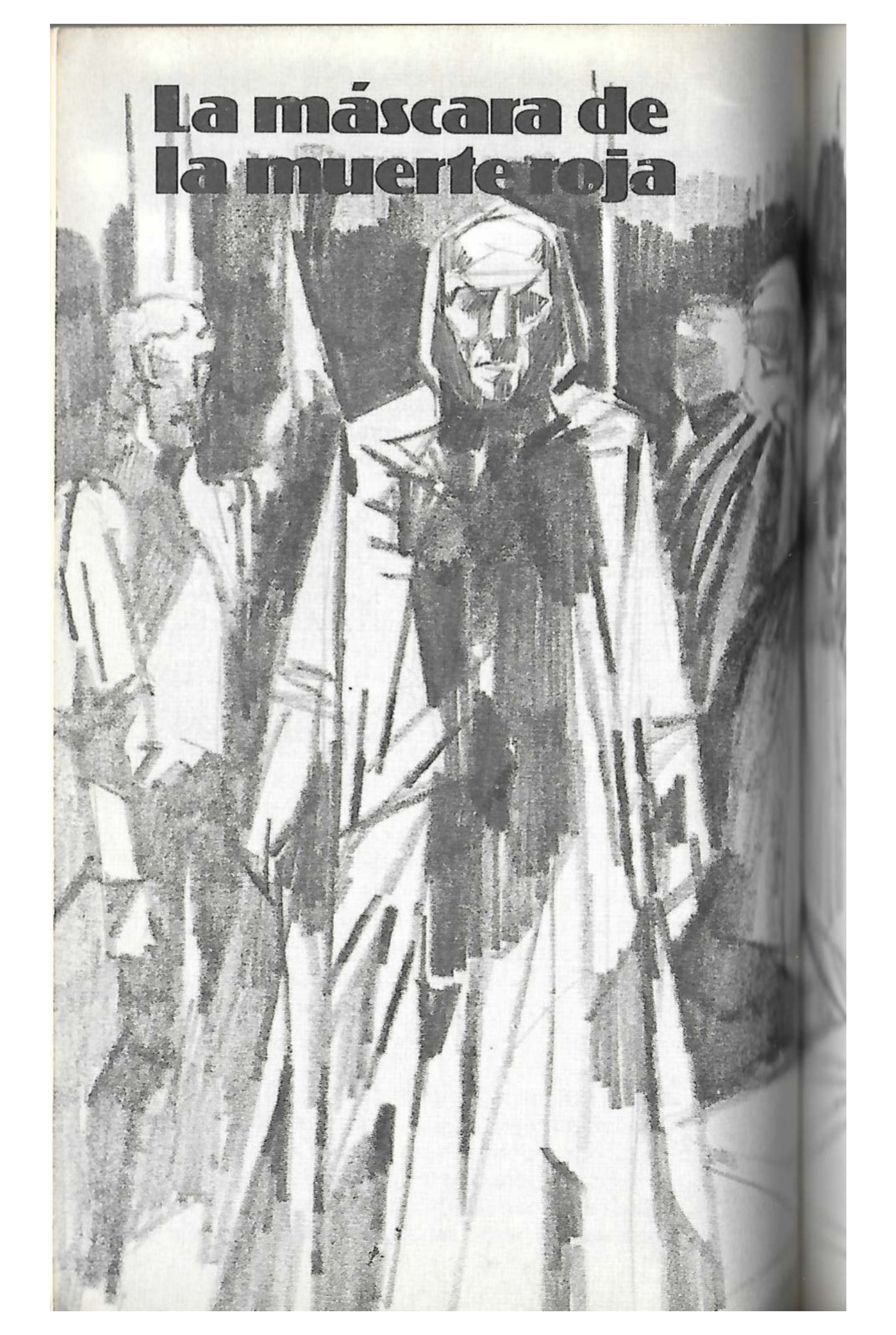
y el espacio se había desbocado fuera de sus estrechos límites.

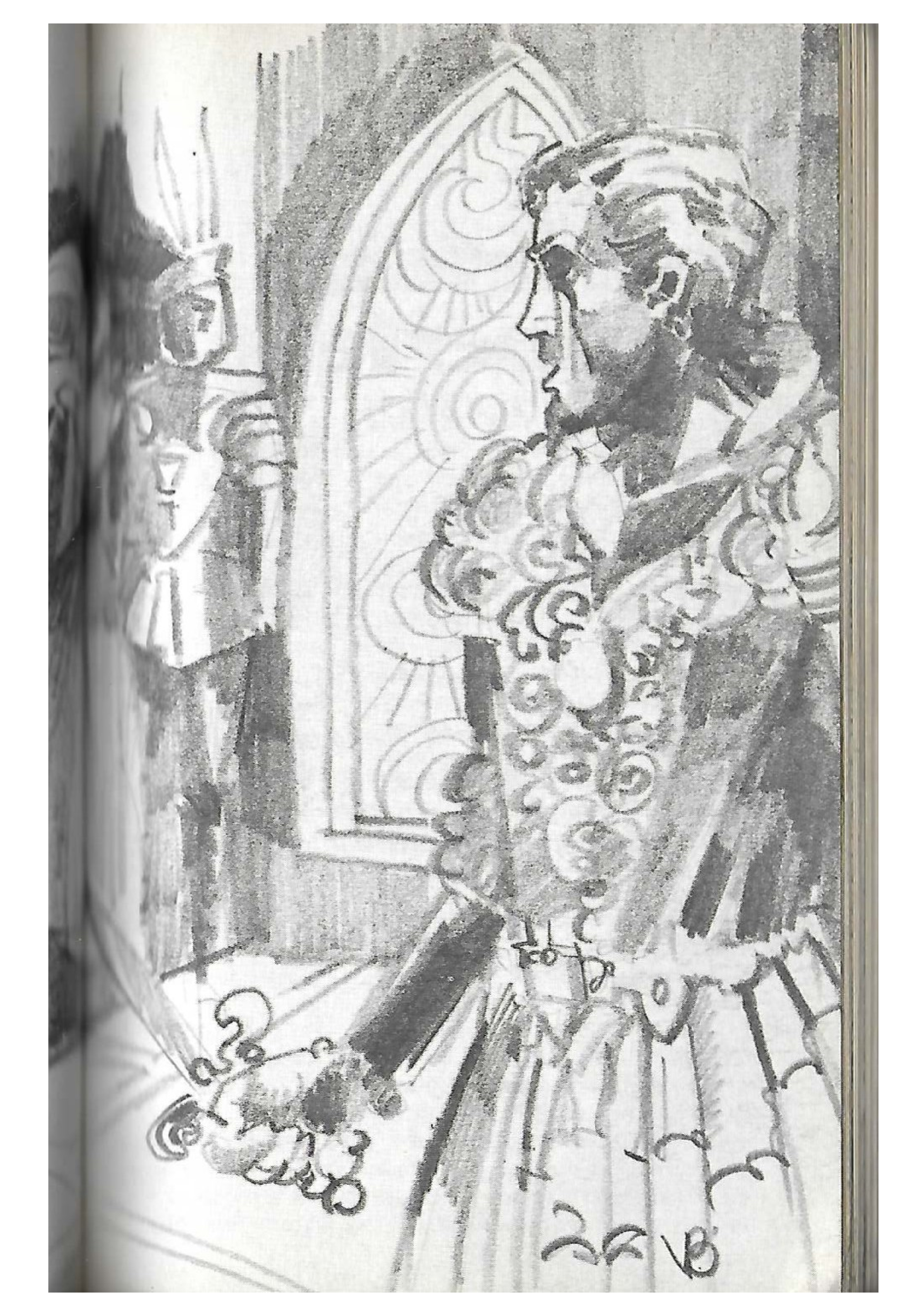
Entonces, hirió mi mente la idea más aterradora de todas. Si la naturaleza había permitido aquella vuelta atrás, aquel regreso al pasado, ¿cuál era mi puesto? ¿Dónde debía de encontrarme yo en semejantes circunstancias?

Tan sólo recuerdo que, de súbito, me sentí encorvado, recogido sobre mí mismo en posición fetal. A mi alrededor reinaba la más completa oscuridad, a pesar de lo cual, intuí que estaba rodeado y prisionero por una cárcel de huesos. Di un alarido tremendo y, destrozando aquel horrendo esqueleto, aparté aún más la losa de la tumba en cuyo interior me encontraba. Salté al exterior y, como alma que lleva el diablo, huí a través de los campos mientras los truenos retumbaban sobre mi cabeza y las exhalaciones herían los árboles cercanos.

A pesar de aquel formidable estrépito, todavía resonaba en mis oídos una cancioncilla obsesiva, y, por vez primera, comprendí que aquello era el estribillo de una antigua canción de cuna.

La máscara de la muerte roja





La máscara de la muerte roja

Edgar Allan Poe

Cuando el reloj de ébano repicaba en el negro salón de terciopelo, toda aquella alegre y despreocupada multitud sufría una rara perturbación, un escalofrío inexplicable, un sueño febril...



LA región había sido devastada, durante largos años, por la «Muerte Roja», una pestilencia tan horrible y espantosa como jamás se había conocido. La fatalidad de la sangre, el demonio de la sangre, el color rojo, tal era su signo fatal. Después de que se produjeran dolores agudísimos y un desvanecimiento súbito, la sangre comenzaba a manar abundantemente por los poros, hasta producir las angustias de una agonía terrible que nada podía conjurar. En cuanto aparecían manchas purpúreas por el cuerpo, y en especial por el rostro de la víctima, ésta era apartada de la Humanidad y quedaba aislada de todo socorro y toda compasión. En apenas media hora tenía lugar la invasión, el progreso y el resultado fatal de la enfermedad.

Sin embargo, el príncipe Próspero había puesto en práctica un método inteligente para conservar su felicidad. Cuando sus dominios perdieron la mitad de su población, congregó a un millar de amigos fuertes y de corazón alegre, cuidadosamente elegidos entre los caballeros y las damas de su corte, y constituyó con ellos un refugio inexpugnable en una de sus abadías

fortificadas. Era una construcción vasta y magnífica, una creación del propio príncipe, de gusto excéntrico, pero grandioso. Estaba rodeada por un fuerte y elevado muro, con sus correspondientes puertas de hierro. Una vez dentro, los cortesanos se sirvieron de hornillos y pesadas mazas para soldar los cerrojos. Decidieron atrincherarse contra los súbitos impulsos de la desesperación del exterior e impedir, al mismo tiempo, toda salida a los frenesíes del interior.

La abadía fue abundantemente abastecida. Los cortesanos estaban en condiciones de desafiar el contagio, gracias a tales precauciones. En cuanto al mundo exterior, que se las arreglara como pudiera. A fin de cuentas, sería locura afligirse o pensar en él. La mansión estaba provista, gracias a la generosidad del príncipe, de todos los medios de placer. No sólo había improvisadores, danzarines, músicos y bufones, lo bello en cualquiera de sus formas, sino también vino y licores en cantidad más que suficiente. Todo eso había en el interior de la abadía, amén de la seguridad. Y afuera, la «Muerte Roja».

A finales del quinto o sexto mes de su retiro, mientras la plaga hacía grandes estragos afuera, el príncipe Próspero tuvo la idea de proporcionar a su millar de amigos un baile de máscaras de la más insólita magnificencia.

El cuadro de ese baile de máscaras era increíblemente voluptuoso. Los salones donde tuvo efecto eran siete, en una hilera imperial. Esas hileras de salones constituyen en muchos palacios largas perspectivas en línea recta cuando los batientes de las puertas están abiertos de par en par, de modo que la mirada llega hasta el final sin obstáculos. Sin embargo, el caso aquí era muy distinto, como cabía esperar por parte del príncipe y su acusada preferencia por lo extravagante. La disposición de las salas era tan irregular que la mirada sólo podía alcanzar una cada vez. Al cabo de un espacio de veinte o treinta yardas se encontraba una súbita revuelta, dando paso a la sala siguiente.

A ambos lados, en medio de cada pared, una estrecha y alargada ventana gótica comunicaba con un corredor cerrado que seguía las sinuosidades del aposento. Cada una de estas ventanas estaba hecha de vidrios de colores que armonizaban con el tono dominante de la decoración de cada salón. El que ocupaba el extremo oriental, por ejemplo, estaba decorado en azul, y los ventanales eran de un azul vivo. El segundo aposento se guarnecía y adornaba de púrpura, y de ese color eran las vidrieras. El tercero era verde por completo, y verdes sus ventanas. El cuarto, anaranjado, recibía la luz de una ventana anaranjada. El quinto era blanco y el sexto violeta. Pero el séptimo salón estaba rigurosamente forrado por colgaduras de terciopelo negro, que revestían todo el techo y las paredes y caían sobre un tapiz de la misma tela y color idéntico. Unicamente en esta sala no correspondía al decorado el color de las vidrieras.

Aquí los ventanales eran escarlata, de un intenso color de sangre.

Sin embargo, en estos siete salones no se veía lámpara ni candelabro alguno entre los adornos de oro esparcidos por todas partes o suspendidos de las paredes y del artesonado. Ni lámparas ni velas: ninguna claridad de esta clase en aquella larga hilera de habitaciones. Era en los corredores que las rodeaban, justo enfrente de cada ventana, donde se levantaban enormes trípodes con braseros resplandecientes, cuya claridad se proyectaba a través de los cristales coloreados, iluminando la sala de un modo deslumbrante que producía, además, infinidad de aspectos cambiantes y fantásticos.

Pero en la cámara negra, en el salón de poniente, la claridad del brasero se reflejaba sobre las negras tapicerías a través de los cristales sangrientos. Y era tan terriblemente siniestra, prestaba a las fisonomías de los imprudentes que penetraban en ella un aspecto tan extraño, que eran muy pocos los bailarines con valor suficiente para pisar su mágico recinto.

Apoyado contra el muro de poniente se levantaba

en este salón un gigantesco reloj de ébano, cuyo péndulo se movía con un tic-tac monótono, sordo y pesado. Cuando la minutera completaba el círculo de la esfera y la hora iba a sonar, de los pulmones de bronce de la máquina salía un sonido claro, profundo, estrepitoso y extraordinariamente musical, aunque de un timbre tan particular y potente que, cada hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a interrumpir un instante sus acordes para escucharlo. Y cesaban, por tanto, las evoluciones de los bailarines.

Al sonar las campanas, toda aquella multitud sufría una perturbación momentánea; palidecían los más vehementes y los más sensatos se pasaban las manos por la frente, como si quedaran sumidos en la meditación o en un sueño de fiebre. Pero al desaparecer el eco por completo, los reunidos eran sacudidos por una ligera hilaridad, los músicos se miraban entre sí, se reían de sus nervios o de su locura, y en voz baja se juraban los unos a los otros: la próxima vez que sonasen las campanadas ya no sentirían la misma impresión. Y sin embargo, cuando huían los sesenta minutos, cuando los tres mil seiscientos segundos de la hora desaparecían, al llegar fatalmente una nueva campanada del reloj, el mismo estremecimiento volvía a producirse, se repetía el mismo escalofrío, el mismo sueño febril volvía a posarse sobre sus frentes.

Y a pesar de todo eso, puede que incluso por eso mismo, la orgía continuaba alegre y magnífica. El extraño, pero singular gusto del príncipe sabía combinar con diabólico refinamiento los efectos y los colores. Despreciando las modas pasajeras, sus proyectos eran temerarios y salvajes, y sus concepciones brillaban con el bárbaro esplendor de la locura. Tal vez por eso muchas gentes lo considerasen loco, pero sus cortesanos sabían perfectamente que no lo era, aunque fuera preciso verlo, oírlo, tocarlo, para asegurarse de ello.

Había dirigido personalmente gran parte de la decoración de los muebles con motivo de esta gran fiesta, y el estilo de los disfraces estaba marcado, sin

lugar a dudas, por su gusto personal. Tal vez pudieran considerarse concepciones grotescas y puede que lo fueran, pero en todo caso resultaban brillantes, deslumbradoras, fantásticas y chocantes.

Figuras arabescas con miembros y aditamentos inapropiados, fantasías delirantes, atavíos de loco. Y sin embargo había mucha belleza, mucha licencia, mucha extravagancia, algo terrorífico y no poco de lo que podía inspirar repugnancia. Una muchedumbre de pesadilla se pavoneaba de un lado a otro de las siete salas. Y esa multitud, como producto de un mal sueño, se contorsionaba en todos sentidos, dejándose teñir por el vívido color de los salones, haciendo que la música pareciera el eco de sus propios y extraviados pasos.

Pero el reloj de ébano que se encuentra en el negro salón de terciopelo repica nuevamente, de pronto. Todo queda parado, entonces, por un instante; excepto la voz del reloj, el silencio que reina es absoluto, tal es la fascinación que sus campanadas ejercen en los presentes. Quedan yertas, paradas, las figuras de pesadilla. Y los ecos de la campana se van desvaneciendo. Apenas han durado un instante y, apenas han desaparecido, una risa leve, imprudente, mal reprimida, se cierne por todos lados. Y una vez más, al sonar nuevamente la música, se repite la gozosa ensoñación de las máscaras.

Se retuercen más alegremente que nunca, reflejando de un lado a otro el color de las ventanas distintamente teñidas, a través de las cuales fluye la intensidad lumínica de las antorchas. Pero la noche ha llegado a ser ya lo bastante adulta para que ninguna máscara se atreva a entrar en el salón más occidental de los siete, en el salón marcado por la negra presencia del terciopelo. La luz roja se derrama allí a través de los cristales color sangre, pero aterra la fúnebre oscuridad de aquellas cortinas teñidas de negro. Y a los que por acaso llegan a pisar la alfombra negra les llega del cercano reloj de ébano un repique más pesado, más solemnemente acentuado que el que hiere

los oídos de las máscaras que se advierten en las salas más apartadas, donde se reúne una densa muchedumbre.

Late en esa muchedumbre, febrilmente, el corazón de la vida; la fiesta está llegando a su pleno arrebato. Y es entonces cuando en el reloj suenan los tañidos de la medianoche. Cesa la música, se apaciguan las evoluciones de las máscaras y, como antes, llega a producirse una angustiosa inmovilidad en todas las cosas. Pero el tañido del reloj había de reunir esta vez doce campanadas.

Tal vez por eso ocurrió que, con el mayor tiempo, se insinuó entre los cavilosos que se encontraban entre los que se divertían mayor número de pensamientos. Y puede que por lo mismo, algunas personas entre aquella enloquecida muchedumbre, antes de que se hubiesen sumergido en el silencio los ecos de la última campanada, habían tenido tiempo para darse cuenta de una extraña presencia.

Se trataba de una figura enmascarada en la que nadie había reparado hasta entonces. Y al difundirse en un susurro el rumor de aquella nueva intrusión, entre todos los concurrentes se suscitó un murmullo significativo, un cuchicheo de asombro y desaprobación; que dejó paso, poco después, a un sentimiento generalizado de terror, pavor y asco.

En una congregación de fantoches como la descrita cabe muy bien suponer que ninguna aparición ordinaria podía haber provocado un sentimiento como aquél; y más teniendo en cuenta que, en verdad, era casi ilimitada la libertad carnavalesca de aquella noche. Pero aquel personaje, con su extravagancia, había superado con creces los complacientes límites, no obstante, de la equívoca moralidad impuesta por el príncipe. Hay cuerdas que no se dejan tocar sin emoción en los corazones de los hombres más temerarios. Hasta en los más depravados, en quienes la vida y la muerte son siempre motivo de juego, hay cosas con las que no es posible bromear. Y por eso entonces toda la concurrencia pareció sentir, de una manera

muy profunda, lo inadecuado del traje y las maneras del desconocido. Alto y delgado era el temerario personaje, y estaba envuelto de la cabeza a los pies, por un sudario.

Su rostro permanecía oculto por una máscara en la que figuraba tan admirablemente la rígida fisonomía de un cadáver, que incluso el examen más minucioso hubiese descubierto el artificio con dificultad. Y puede que, a pesar de ello, todos aquellos infelices, aquella caterva de alegres locos, hubieran soportado, e incluso aprobado, tan desagradable broma. Pero lo intolerable era que la máscara había llevado su audacia hasta el punto de adoptar el ominoso aspecto de la «Muerte Roja». Puesto que sus vestiduras estaban manchadas de sangre y su ancha frente, así como sus demás facciones, se encontraban salpicadas con el horror escarlata.

El príncipe Próspero fijó sus ojos en aquella figura espectral que, con movimientos pausados y solemnes, como para mejor representar su papel, se pavoneaba entre los que bailaban de un lado a otro. En el primer momento se le vio conmoverse por un violento estremecimiento de terror y asco. Pero después la ira hizo enrojecer su frente.

—¿Quién es el que se atreve —preguntó con voz ronca— a insultarnos con esta burla blasfema? ¡Apoderaos de él y desenmascararle, para que sepamos a quién hemos de ahorcar en las almenas cuando despunte el sol!

Esto sucedió en la cámara azul, o salón del este, donde se hallaba el príncipe al pronunciar estas palabras. Claras y potentes resonaron a través de los siete salones, pues era el príncipe un hombre fuerte e impetuoso. Un grupo de pálidos cortesanos le rodeaban. Mientras hablaba, al principio, hubo un ligero movimiento de avance de ese grupo hacia el intruso, quien en tal instante también estuvo al alcance de sus manos. Pero que ahora, con paso majestuoso y tranquilo, se acercaba cada vez más al príncipe. Pero había un cierto terror indefinido, sin duda fomentado

por la insensata arrogancia del enmascarado, y nadie, de toda la concurrencia, fue capaz de poner la mano sobre él para prenderle. Y así fue como, sin encontrar obstáculo alguno, pasó a una yarda del príncipe. Y mientras la inmensa asamblea, como obedeciendo a un único impulso, retrocedía y retrocedía desde el centro de la sala a las paredes, la máscara continuó su camino sin obstáculos, con ese paso solemne y mesurado que le había distinguido desde su aparición. Así pasó de la cámara azul a la purpúrea, de la purpúrea a la verde, de la verde a la anaranjada, de ésta a la blanca, y logró llegar hasta la cámara de color violeta antes de que se hubiera hecho un movimiento decisivo para detenerle. Y la máscara avanzaba, seguía avanzando...

Llegó un momento, sin embargo, en que el príncipe Próspero, exasperado de ira y vergüenza a la vez por su cobardía momentánea, se lanzó precipitadamente a través de las seis cámaras, sin que nadie le siguiera a causa del terror mortal que se había apoderado de todos. En su derecha blandía un largo puñal desenvainado, y se había acercado a unos tres o cuatro pies de aquella figura siniestra que se batía en retirada, cuando ésta, habiendo llegado al final del salón de terciopelo negro, se volvió bruscamente e hizo frente a su perseguidor.

Escucharon un agudo grito y vieron como la daga caía relampagueante sobre la fúnebre alfombra; en la cual, acto seguido, el príncipe Próspero se desplomó muerto.

En ese momento, invocando el valor frenético de la desesperación, un tropel de máscaras se precipitó conjuntamente en la estancia negra, y agarrando al desconocido —que se mantenía inmóvil y erguido como una gran estatua a la sombra del reloj de ébano—, exhalaron un grito de terror supremo. Porque comprobaron que bajo el sudario y la máscara de cadáver que con tan violenta energía habían aferrado, no se hallaba forma tangible alguna.

Cayó la máscara sanguinolenta al suelo, con un

golpe seco, y se hizo pedazos. Tiraron frenéticamente los congregados del sudario, teñido aquí y allá con la humedad de la sangre reciente, y éste se desplomó, flácido, hasta quedar reducido a un informe girón... No había nada, absolutamente nada, tras aquella horrible apariencia de muerte. Y los que con más audacia se habían aferrado a la forma vacía, queriendo derribarla, comprobaron horrorizados que sus manos también estaban teñidas de sangre. Un olor nauseabundo, de tumba removida, se expandió de inmediato por el salón negro, en cuyas paredes, proviniendo de ninguna parte, resonó el infame temblor de una carcajada, cuyos ecos helaban la sangre en las venas. Tras el primer momento de estupor, un insoportable sentimiento de angustia hizo que se mirasen unos a otros, pero nadie halló consuelo en nadie, porque el mismo horror estaba impreso en todas las miradas.

Un vapor maligno, sofocante, anunciaba la muerte en cada pecho, y no existía ni la más remota posibilidad de escapar. Como obedeciendo a una infame consigna, todas las antorchas se apagaron, a excepción de aquellas que teñían de púrpura, tras los vitrales rojos, al salón de terciopelo negro, las cuales aumentaron el fulgor de sus llamaradas. Un luminoso chorro de sangre encendió los rostros despavoridos.

Los más pusilánimes echaron a correr, como quien huye de sí mismo, a través de los distintos salones. Pero las puertas estaban cerradas por fuera y la muerte había anidado, inexorable, en todos los corazones. Inútiles fueron los gritos de las mujeres, las maldiciones desesperadas de los hombres, los aullidos histéricos de quienes imploraban a la muerte una clemencia imposible.

Trataron algunos de hallar cobijo en los rincones oscuros, como queriendo disolverse inútilmente entre las sombras. Intentaron otros darse muerte a sí mismos, pero el terror hacía temblar la empuñadura de las dagas y éstas caían al suelo víctimas de la cobardía de quienes las empuñaban. Una mancha de

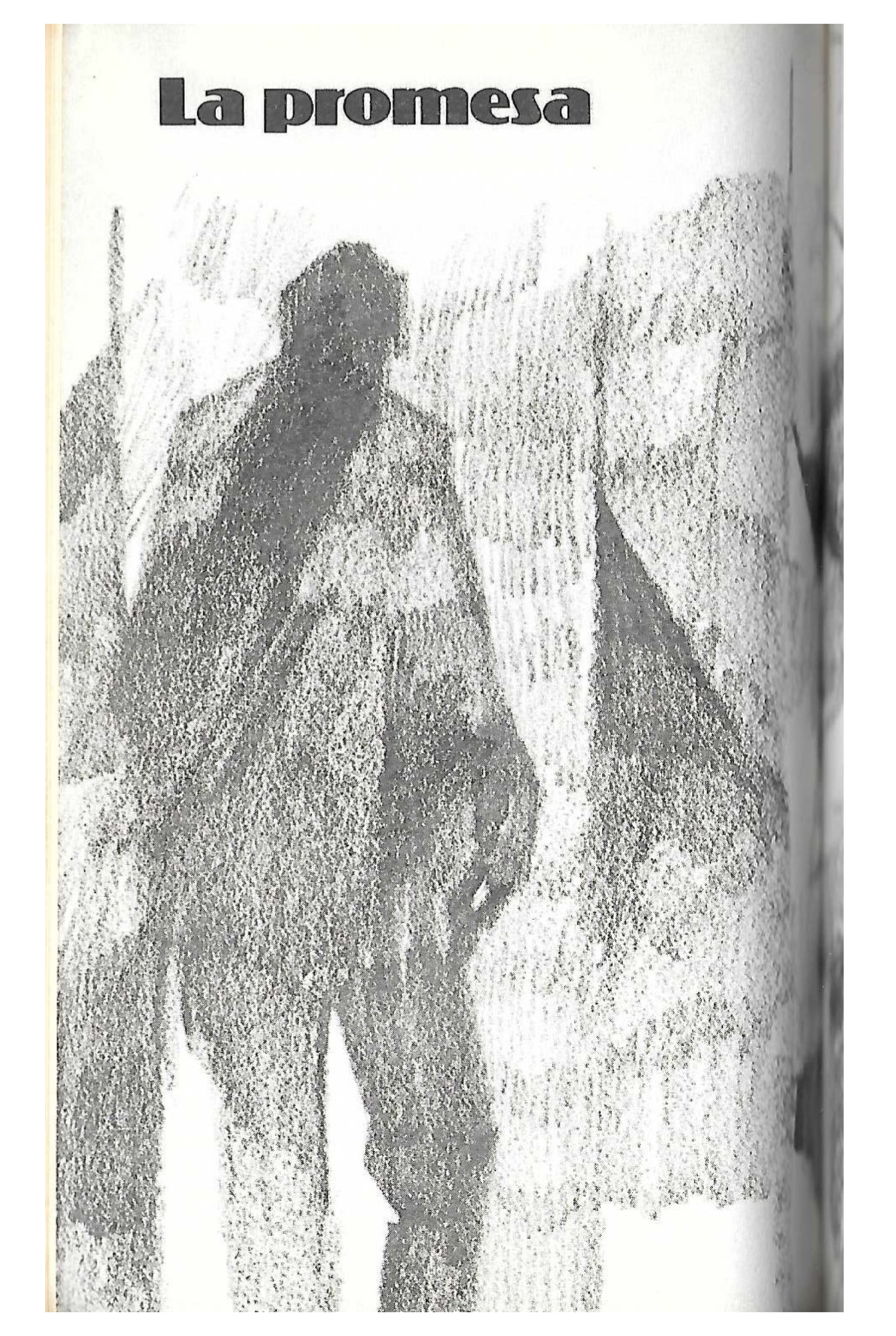
sangre viscosa, casi negra, comenzó a manar por la boca entreabierta del cadáver del príncipe Próspero.

Y en aquel supremo signo de horror reconocieron todos la presencia de la «Muerte Roja». Entre lágrimas y defecaciones, entre llantos y gritos, supieron que el castillo donde inútilmente habían tratado de hallar refugio se convertiría pronto para ellos en una inmensa tumba. La «Muerte Roja» había llegado como un ladrón en la noche y, uno tras uno, cayeron los alegres libertinos por las salas de la orgía, inundados sin excepción por un sangriento rocío que, tras un dolor indecible, afloraba por todos los poros de la piel. Y cada uno murió en la desesperada postura de su caída.

Se extinguió, como la del último de aquellos licenciosos, la vida del reloj de ébano. Y entonces se apagaron las llamas violentas de los trípodes que todavía iluminaban el Salón Negro. Y tuvieron sobre todo aquello ilimitado dominio la tiniebla, la ruina y la «Muerte Roja».



La promesa





La promesa

Carmen Morales

Tuvo el convencimiento de que algo se había desencadenado y se preguntaba con desesperación cómo podría detenerlo. Pero... ¿se puede acaso luchar contra las tinieblas?



No sé cuanto tiempo más podré soportar esta situación angustiosa. Estoy atenazada por presentimientos turbios, por dudas y sospechas en las que no me atrevo a profundizar porque temo que su esclarecimiento podría hundirme en un desaliento aniquilador.

La simple pretensión de analizar acontecimientos tan extraños, puede ser el primer paso hacia un abismo sin fondo, hacia la locura.

Siempre he sido una mujer razonable, lógica y nada visionaria, pero ahora necesito serlo más que nunca porque, al menos aparentemente, lo que está sucediendo escapa a lo verosímil.

Tal vez Elena podría ayudarme y arrojar alguna luz sobre esta confusión, pero no me atrevo a contárselo. Ella siempre ha elogiado en mí un carácter fuerte e independiente y cualquier confidencia irregular no tendría otro efecto que hacer tambalear sus criterios sobre mí. Pensará que me está afectando demasiado la soledad, que no debo vivir tan aislada y probablemente me recomendará lo habitual en estos casos: que me vaya una temporada con mi madre y

procure distraerme, lejos de este ambiente que se está enrareciendo peligrosamente.

Es posible, que, en efecto, todo se deba a una ligera depresión, o quizá sea siempre así de angustiosa la adaptación a la soledad, la huida de ilusiones acariciadas largo tiempo, la falta de objetivos por los que luchar cuando tu panorama afectivo vital ha quedado seriamente descompuesto.

Probablemente todo pasará si dejo esta casa y me alejo de un ambiente en el que todo está impregnado de la presencia de Alberto y donde cada objeto que toco guarda una pequeña historia del tiempo que hemos vivido juntos. Puedo recordar con claridad hasta el más pequeño detalle de las circunstancias que se han dado en la adquisición, por ejemplo, de esta minúscula caja de piedra tallada.

Fue una tarde gris y ventosa de Barcelona, en una tienda de la calle de la Paja, donde habíamos ido en busca de grabados antiguos para decorar el estudio. Nos llamó la atención su diseño sobrio y limpio, y Alberto se empeñó en regalármela. Yo me opuse porque era muy cara, pero después me gustó mucho tenerla y durante años ha permanecido en el lugar asignado como un testigo paciente y delicado de nuestras vidas.

Ultimamente he pensado mucho en ese viaje.

Fue precisamente entonces cuando empecé a observar en mi marido signos delatadores de un carácter celoso y posesivo que hasta entonces me habían pasado inadvertidos, rasgos que fueron haciéndose más acusados a través de los años y que llegaron a poner en peligro nuestra convivencia.

El tenía que desplazarse hasta Barcelona para resolver con su editor algunos problemas de última hora y me pidió que le acompañase.

Acepté alborozada la invitación porque mientras él estuviera trabajando yo podría recorrer las librerías de viejo de una ciudad desconocida para mí, en busca de ejemplares para mi colección de folletines de principios de siglo, a la que hacía bastante tiempo

que no aportaba ninguna novedad. Dejamos la maleta en el hotel y Alberto quiso enseñarme la ciudad que él conocía muy bien porque había vivido allí siendo joven, cuando todavía nuestros caminos no se habían cruzado. Me llevó al barrio gótico y estuvimos tomando unas copas. Creo que nos emborrachamos un poco y estuvimos simpáticos del todo y enamorados, así que fue estupendo meterse en aquella gran cama con sábanas limpias y hacer el amor y decirnos tonterías agradables.

—Pero tú no me quieres lo suficiente. Eres demasiado coqueta. Cualquier día tendrás un lío con alguno de esos amigos nuestros que te gustan tanto. Te advierto que, si lo haces, os podría aniquilar a los dos.

—No digas tonterías. Sabes que estoy todo el día pensando en tí y me estás provocando sólo para oírme decir otra vez que te quiero. Dime algo bonito.

—Te quiero. Y no podría vivir sin tí. Ahora dime tú algo cursi.

—¿Algo cursi? Pues que mi corazón es tuyo para siempre y jamás, pase lo que pase, podré entregárselo a ningún otro hombre.

—¿Es cierto eso? Te reclamaré la promesa si no la cumples. ¿Qué harás entonces cuando yo me muera?

—Te seguiré amando sólo a tí.

—No. Necesito un compromiso más firme. Quiero que desaparezcamos juntos. Es muy fácil. Basta con tomar una sobredosis de cualquier barbitúrico cuando el otro haya muerto. Yo lo haré si tú te marchas antes... ¿Me prometes hacer lo mismo? Te quiero hasta la locura.

—Yo también. Te lo prometo. ¡Oh!, te quiero, te quiero...

Y nos apretamos el uno contra el otro con una intensidad salvaje, convencidos de que ese momento fatal no llegaría nunca.

Sin embargo, no fue así. Alberto murió poco después de un modo fulminante e inesperado.

El 4 de agosto del 78 le encontraron derrumbado sobre su mesa de trabajo, muerto a consecuencia de un infarto de miocardio. Tenía las manos agarrotadas sobre el pecho, a la altura del corazón, y fue lacerante pensar que no tuvo tiempo de solicitar una ayuda que tal vez habría podido salvarle.

Yo no podía creer que un insignificante coágulo fuera capaz de destrozar así mi vida y estuve varias semanas como alucinada, en un estado lamentable, del que hace apenas unos meses he empezado a recuperarme, gracias a los cuidados de amigos y familiares, pero, sobre todo, a las atenciones de Martín, que ha intentado distraerme con un encanto verdaderamente singular.

Mi vida estaba por fin empezando a reanudar su ritmo normal, llenando vacíos que parecían irrecuperables después de la tragedia, cuando han empezado a pasar cosas insólitas, oscuras, que me desconciertan y me asustan. Apenas si puedo dormir por las noches, inquieta, espiando con ansiedad los ruidos de la casa silenciosa, en espera de que suceda algo que ponga fin a esta espantosa pesadilla.

El primer episodio extraño ocurrió una soleada mañana de primavera. Quedé citada con Martín para ir a recoger un cuadro que había comprado en una exposición colectiva de pintores hiperrealistas y para ello teníamos que desplazarnos a otra ciudad distante veinte kilómetros. En realidad, sólo era un pretexto para hacer juntos una agradable excursión mañanera ahora que entre nosotros parecía haber surgido algo más profundo que una antigua amistad.

Al regresar, detecté en el ambiente de mi piso algo singular. Primero fue un olor alarmante, ponzoñoso, que me produjo un enorme desasosiego. Recorrí las habitaciones despacio, con precaución. Todo estaba tal como lo había dejado excepto mi cuarto. Alguien había sacado todas mis pertenencias personales, mis objetos preferidos que guardaba celosamente en un cajón de la cómoda: un monedero de cuero finí-

simo que Alberto me había regalado en mi último cumpleaños, sus cartas de amor, la pluma antigua de concha, unos pañuelos de batista bordados a mano... Todo, absolutamente todo lo que yo más estimaba. No estaban tirados, ni revueltos, sino cuidadosamente alineados sobre la cómoda, como si se tratara de una exposición de objetos hermosos. Me quedé desconcertada. La primera impresión que tuve es que habían entrado ladrones, pero cuando observé otros detalles deseché aquella idea. No faltaba nada, ni un sólo objeto de valor, ni dinero, a pesar de que yo, habitualmente descuidada en este aspecto, había dejado cierta cantidad sobre la mesita de noche al irme apresuradamente. Pero todavía vi algo peor, un último signo pavoroso: desde la cómoda hasta la cama había un tenue reguero de tierra negra y húmeda, putrefacta, que acababa junto a la mesita de noche, donde guardaba todavía algunos recuerdos de Alberto: los gemelos, sus fotos, la colonia... Pero, sin duda, lo más horroroso de todo era que, sobre la cama, advertí un hueco semejante a la huella que deja un cuerpo humano cuando se tumba en un lecho. En aquella zona, el olor, nauseabundo y sin embargo remotamente conocido por mí, era mucho más intenso.

Tierra húmeda... Un olor que me trastornaba... Huellas de un cuerpo en mi cama... Escapé corriendo presa de un terror indescriptible, huyendo despavorida de algo que yo intuía tenebroso. Ni siquiera me detuve a coger el ascensor. El portero me miró sorprendido cuando crucé ante él. Anduve durante horas por la ciudad, sin rumbo preciso, acongojada, con un nudo en la garganta, sin saber a qué o a quién atribuir aquel suceso que, a todas luces, sobrepasaba las coordenadas habituales, incluso en acontecimientos poco frecuentes. Después fui a buscar a Elena y me quedé con ella hasta el día siguiente, no recuerdo con qué pretexto. No le conté nada. ¿Cómo iba a explicarle los espantosos presentimientos que me habían asaltado?

Algún tiempo después, cuando empezaba a recuperar el sosiego, aunque sin poder olvidar aquella mañana aciaga, otro suceso tenebroso volvió a golpearme.

Un anochecer, al llegar a casa, antes de abrir la puerta, me pareció escuchar música dentro. No era posible. Vivía sola y nadie tenía mi llave. Escuché atentamente, temblando ya ante un augurio siniestro. No cabía duda. Pude oír claramente un disco de Miles Davis: *Wait till you see her.* Abrí bruscamente la puerta y me precipité hacia el estudio. No había nadie. La música había cesado, pero volví a percibir aquel olor nauseabundo. El plato del compacto estaba girando. El disco permanecía a un lado fuera de su cibierta, y, sobre el sillón de Alberto, abierto con las páginas hacia abajo, vi un libro significativo: *Tres diálogos entre Hilas y Filonus,* de Berkeley.

Esta vez no huí, pero me derrumbé sobre el suelo llorando, con un ataque de histeria. ¡Dios Santo! ¿Qué podía significar todo aquello? Un disco de jazz y un libro de filosofía, dos de sus temas favoritos. Y su olor. ¡Ahora me di cuenta! ¡Era su olor! Un lejano aroma de *Agua de Hungría* mezclado con algo horrible, pestilente.

No indagué en el resto de la casa. ¿Para qué? Sabía que no iba a encontrar nada que justificara aquella escena invisible. Ahora empezaba a aclararse todo.

Poco a poco el miedo fue dejando paso a la ira. No iba a permitir que *nadie* me impidiera organizar mi vida. No admitiría coacciones ni chantajes vinieran de donde vinieran. No obstante, sabía que algo turbio había comenzado a suceder y me preguntaba desesperadamente cómo detenerlo.

¿Se puede acaso luchar contra las tinieblas?

Una desgraciada noche de julio tuve la certeza de que cualquier intento liberador sería inútil.

Fui con Martín al primer concierto de la temporada de verano que, cada semana, ofrece la orquesta local en el parque de la ciudad. Los músicos, situados sobre un tradicional kiosko de hierro forjado, uno de

los pocos que quedan ya, ejecutan cinco o seis piezas cortas no sin cierta maestría si tenemos en cuenta su parquedad de medios, rodeados de un público escaso, pero fiel. El frescor de la noche, y el lugar, una pequeña rotonda con una fuente que adornan cerámicas talaveranas y geranios, ambientan un cuadro verdaderamente romántico y encantador.

Los programas solían repetirse cada verano, de modo que no me extrañó que aquella velada comenzasen con *Certamen levantino,* un pasadoble de Marquina que le gustaba mucho a Alberto, ya que nunca faltábamos a estos conciertos. Le recordé en ese momento, a pesar de que Martín acababa de cogerme una mano, acariciándola suavemente en un gesto amoroso que yo ya había adivinado y que he de admitir que esperaba.

Entonces sucedió algo que me dejó paralizada. Percibí una presencia impalpable a mi lado. Mi mano derecha se quedó súbitamente helada, como si una garra de ultratumba se posara sobre ella. Noté en la mejilla un roce gélido, y mi pelo, que caía tapando la oreja, quedó colocado detrás de ella trayéndome a la memoria una caricia habitual hacía tiempo perdida. Aquel aliento frío se prolongó por mi cuello hasta el oído, donde vertió un susurro profundo, ininteligible y maligno.

Sentí en mi piel eso tantas veces oído y raramente experimentado: todo el vello de mi cuerpo se erizó produciéndome un escalofrío espantoso. Llevé la mano a la boca para ahogar un grito sin sentido, mientras pensaba obsesivamente que aquella sombra espectral me acechaba cada vez más cerca, *cada vez más cerca.*

Oí lejano a Martín:

—Pero, ¿qué te pasa? Estás mortalmente pálida y helada. ¿Te encuentras mal?

No pude hablar. Sólo acerté a negar con la cabeza lo que era evidente. Después sentí un calor intenso; un lánguido abatimiento recorrió mis miembros y

supe que por primera vez en mi vida iba a desmayarme.

Ahora no sé qué hacer. Estoy hundida. Me encuentro ante un dilema que nunca podré resolver. No me importa ya lo que vaya a suceder. Sólo quiero que esto termine.

* * *

Son las once de la noche y las maletas están ya preparadas. Martín ha vencido mis últimos titubeos y mañana nos vamos de viaje. Nos casaremos por ahí, en algún lugar lejano y hermoso que podamos luego recordar.

Toda mi pesadilla ha pasado. Estoy tranquila después de haber destruido todo vestigio de la presencia de Alberto en mi vida, ese espectro celoso y vengativo. Sólo la seguridad absoluta de que Martín posee un carácter abierto y generoso me ha decidido a compartir mi vida con él. Hay que tener mucho cuidado al escoger una pareja. Mucho cuidado...

* * *

Marta Zafra nunca llegó a utilizar aquellas maletas tan primorosamente preparadas.

La noche fatal daba vueltas en la cama sin poder dormir, fantaseando quizá sobre las experiencias que le depararía una nueva vida compartida, cuando sonaron unos golpes rotundos en la puerta del piso. Le pareció extraña una llamada a esas horas de la noche y esperó a que se repitiera para abrir entonces. Pero los golpes no volvieron a oírse. Lo siguiente fue el ruido de unos pies arrastrándose por el largo pasillo. Se incorporó súbitamente en la cama, rígida. Todo volvió de repente a su memoria acelerando los latidos de su corazón. No era posible. ¡No era posible! Buscó enloquecida por donde huir, pero su mirada se detuvo en el pomo de la puerta del dormitorio. Estaba girando lentamente y, cuando al fin se abrió la

hoja, todo el horror del mundo quedó concentrado allí, recortado bajo el dintel, componiendo un cuadro alucinante. Sólo la aplastante realidad de aquel olor hediondo hubiera sido suficiente para morir. Un ser deleznable se fue acercando amenazador y ella rozó, con un grito desgarrador, los límites de un abismo insondable, algo que dejó paralizados a quienes lo oyeron. Luego se sucedieron voces violentas y algunos murmullos ininteligibles: «¡No, no; contigo no!»

Después un silencio pesado se extendió por la casa, por el edificio, por la ciudad...

* * *

Aproximadamente a las 12,15 de cada noche, el portero del inmueble número 5 de la calle López Muriel subía a su casa por el montacargas, después de haber recogido, ya vacíos, los cubos de la basura. Aquella noche algo rompió la rutina de su tarea. Un grito estremecedor, casi sobrehumano, dejó en suspenso durante unos segundos a los habitantes de aquel edificio.

El portero no pudo localizar el piso exacto del que había partido la alarma. Llamó a varios vecinos de las plantas altas y todos estuvieron de acuerdo en que parecía provenir del décimo B. Aquella mujer vivía sola. Subieron deprisa, en silencio. Afortunadamente ella solía dejar abierto el montacargas y pudieron entrar en el piso sin dificultades. La encontraron caída a la entrada del dormitorio. A su lado había un mechón de cabellos arrancados, como si una mano la hubiera arrastrado brutalmente sirviéndose de ellos. Su rostro era la misma máscara del horror. Había más señales de violencia, delatoras de una lucha titánica. En el aire persistía el residuo de un olor que nadie pudo identificar. Se miraron sobrecogidos.

Por el montacargas no había podido salir nadie, ya que estaba ocupado por el portero. La puerta de entrada al piso tenía echado el cerrojo por dentro. La

muerta todavía estaba caliente. Perplejos, decidieron avisar a la policía.

* * *

—Pero, ¿qué misterio es éste, doctor? —dijo Martín—. Usted afirma que no ha sido un ataque cardíaco. Las investigaciones no han aclarado todavía si se trata de un crimen o de un extraño suicidio, y algo raro hay en todo esto cuando ni siquiera me han permitido verla. Usted, al menos, podrá darme datos exactos sobre la causa que le ha producido la muerte.

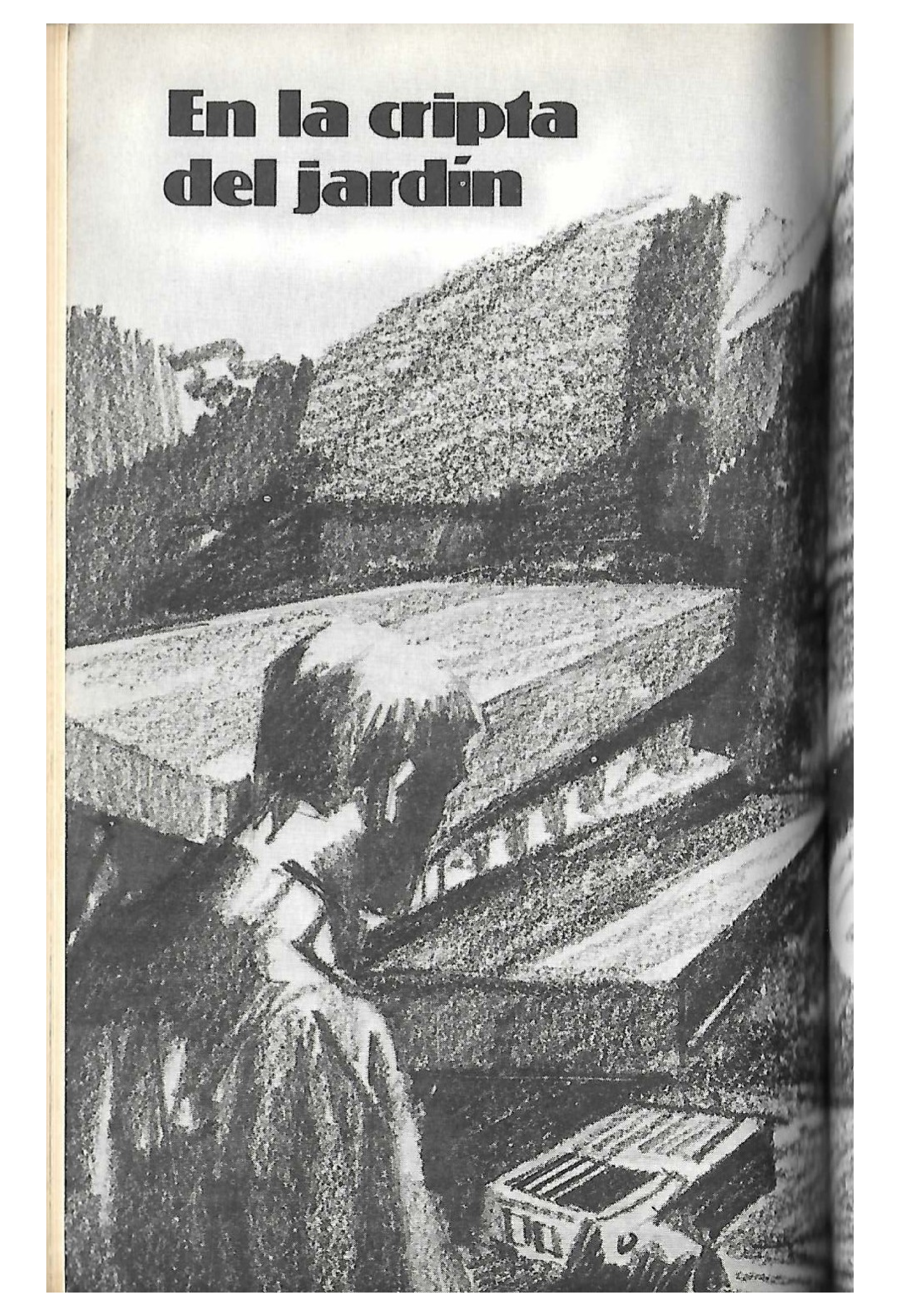
—Yo sólo soy un médico forense, no un policía. Como tal sólo puedo certificar un dato tan inexplicable que ni siquiera me atrevo a trasladarlo al parte médico: su amiga era quizá la única mujer en el mundo que *no podía* morir de un ataque cardíaco.

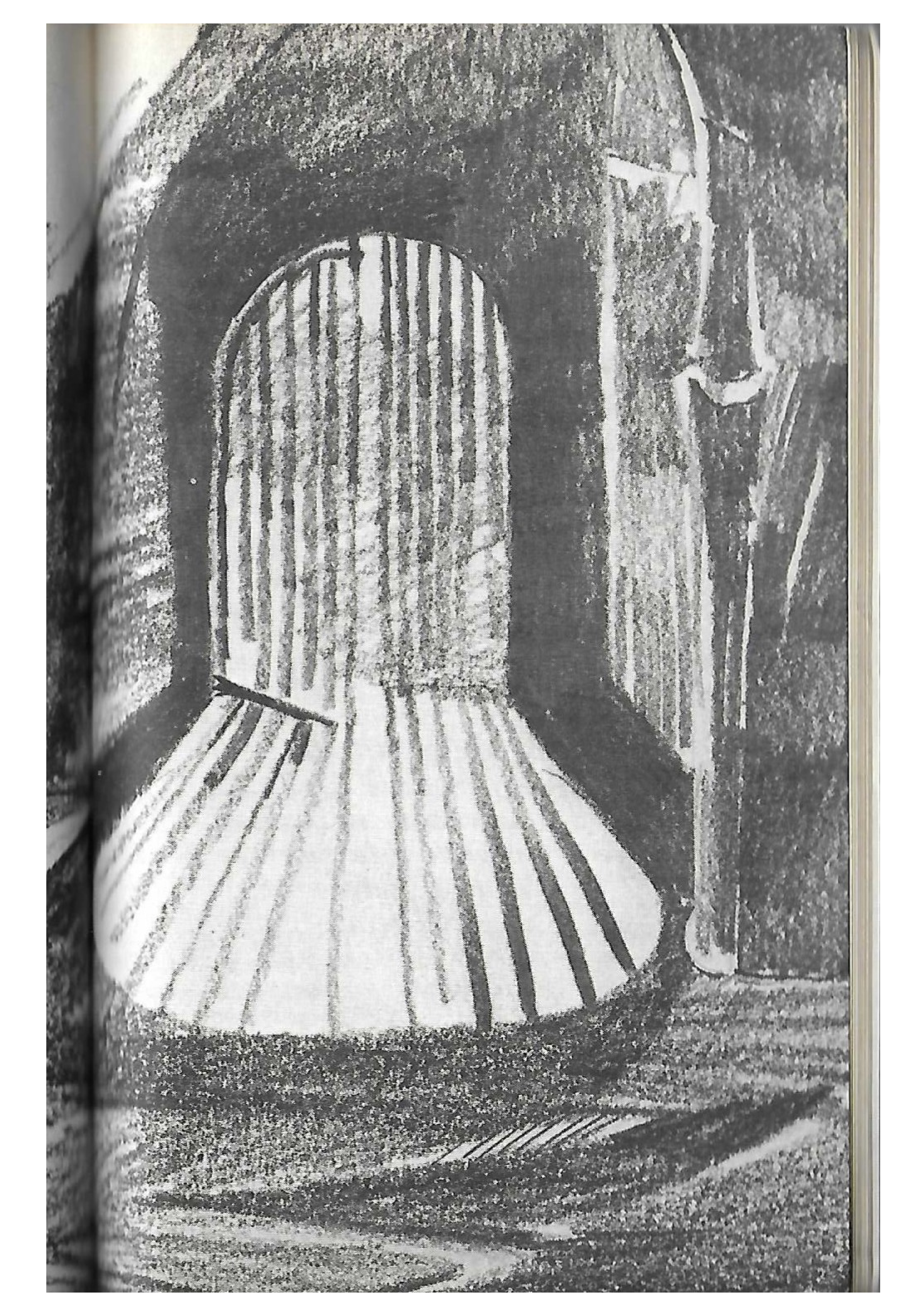
—No le entiendo. ¿Qué quiere usted decir?

—Algo enloquecedor, pero cierto. El cadáver de Marta Zafra *no tenía corazón.*



En la cripta del jardín





En la cripta del jardín

José León Cano

«... Soñabas que te despertabas a las siete y hay niebla/ Y humedad y amanece y está oscuro/ Y esperas un golpe a la puerta y que gire la llave/ Porque sabes que te espera el verdugo».

T. S. Eliot



No había, aparentemente, motivo alguno para preocuparse, ningún signo concreto que pudiera inspirar temor. Pero la angustia crecía poco a poco en mi pecho, aceleraba los latidos del corazón y los pulsos, bien a mi pesar, comenzaban a repicar en el campanario de mi garganta. Con gran dificultad soportaba esa angustia porque sabía que sus raíces se hundían en un plano incontrolable de la realidad. La experimentaba, al inhalar aquel ambiente tenebroso, como una insidiosa y multiforme garra que estuviera arañando mis pulmones. Yo era el primer ser humano que se había atrevido a penetrar en la cripta donde, cinco años atrás, había sido enterrado el conde de Crèvilles. Intuía que un secreto terrible se encontraba detrás de su extraña muerte; y también presentía, de alguna oscura forma, que un hecho espantoso, revelador, fulminante, podía estar a punto de suceder.

Quise asumir esa angustia, enfrentándome al lacerante silencio del subterráneo, por las razones que luego aduciré. Estaba convencido de que, si lograba descubrir la causa de las anormalidades que se manifestaban en el castillo, tal vez descubriría igualmente

el modo de neutralizarlas. Por eso me había decidido a realizar una experiencia de carácter psicofónico. Y ello, pese a que abrigase serias dudas sobre la efectividad de semejante método.

El magnetófono no reproducía, al principio, otra vibración que su propio ruido de fondo. Pero al ponerlo en marcha, y de la misma forma que actúa un reflejo condicionado, comenzó a funcionar en mi cerebro, alimentado por el helado fuego de la angustia, una especie de doloroso receptor extrasensorial. Fue así como escuché o creí escuchar (con los oídos del alma, si ello fuera posible) susurros incoherentes aunque de lúgubre significado. Ecos escalofriantes emitidos desde una esfera ajena al tiempo, pero tangente con el angustiado presente que estaba viviendo: como si una entidad real, aunque no perceptible con los sentidos, dictase directamente a mi masa encefálica su ominoso mensaje. Hubiera percibido con toda claridad ese mensaje si mi resolución fuera más firme y mi ánimo más templado. Pero la tensión y la repugnancia me hicieron considerarlo como un producto de mi descontrolada imaginación. Y quise creer, aunque no lo logré del todo, que así fuera en realidad.

Sobre la naturaleza de ese mensaje diré que eran sólo amagos de palabras: vocales arrastrándose penosamente como sobre un soporte de mármol. Palabras de ambigua consistencia a las que imagino (para dar una idea al lector de la índole de mis sensaciones) proferidas por una boca que, desprovista de la tibia caricia de sus propios labios, quisiera expresar las horrendas elucubraciones de un cráneo vacío... Tiemblo, tiemblo todavía al recordarlo, porque todavía está podrida la huella que esos «sonidos» sin vibración dejaron en mi memoria. Dos vocales, la E y la I, resonando persistentemente en el interior de mi cabeza como sendos arañazos repetidos hasta el delirio. Adiviné que esas palabras habían sido pronunciadas en los imprecisos límites de la muerte; que resonaron (¿hasta cuándo?) en la mente de un hombre después

de que su cuerpo hubiera dejado de respirar. Y también descubrí, por un efecto de resonancia psíquica, de qué modo experimenta el ser humano la muerte: como un incontenible y silencioso alarido que surge de nuestras propias entrañas.

Me estremecí, pese a que nada inquietante había escuchado todavía. Las pilas de la linterna empezaban a gastarse. En consecuencia, era cada vez más densa la oscuridad que me envolvía. Lo que hacía que me sintiera como un feto vivo sepultado en el vientre de un cadáver. La humedad que rezumaban las paredes de la angosta cripta, su aire enrarecido y mohoso, el penetrante olor a tierra descompuesta, contribuían a incrementar esa repulsiva impresión. Sentado sobre la frialdad del mármol que cubría el cadáver, una losa sin inscripción alguna, mi sobreexcitada atención estaba pendiente del menor signo, ilusorio o real, de peligro.

Si otro sentimiento más fuerte no me lo hubiera impedido, con qué placer habría abandonado en esos momentos la cripta y el castillo, con qué alegría habría huido de la espantosa atmósfera que subyugaba a sus habitantes. Maldije, una vez más, el generoso, aunque desgraciado impulso que me llevó hasta allí. Porque cerca, tan cerca que casi se convertía en una impresión cenestésica, alguna entidad organizada, aunque impalpable, parecía estar reproduciendo para mí el supremo horror de la agonía. Quise cerciorarme de algo tan obvio como que me encontraba físicamente solo. Miré alrededor con ojos extraviados, sabiendo que mi soledad era nada más que física. Las sombras seguían espesándose por encima de la losa donde estaba apoyada la linterna, sobre las retorcidas formas que el salitre imprimía a los muros, y comenzaban a deslizarse bajo mis pies.

De pronto escuché, con insoportable lucidez, un ruido sordo, continuo, difuso, que no parecía proceder de ninguna dirección determinada. Tuve un fortísimo sobresalto e inmediatamente me levanté de la losa, dispuesto a escapar de aquella lúgubre trampa.

Pero suspiré aliviado al advertir la causa. Era que arriba, en el exterior, comenzaba a llover violentamente. Como si la naturaleza se rebelase, furiosa, porque yo estuviera a punto de arrebatarle, con mi experimento, el más alucinante de sus secretos. Aunque apenas si llegaban hasta mí, a través de la tierra, apagados ecos de su ira.

Sobre la losa sepulcral, junto a la linterna, había colocado yo un sofisticado magnetófono japonés. Disponía de un micrófono de cuarzo de asombrosa sensibilidad y una cinta de una hora de duración. Lo había puesto en funcionamiento minutos antes de las siete de la tarde. Hora en que había muerto, al parecer, Antoine de la Fourcade, último conde de Crèvilles. Luego abandoné la cripta para que ninguna otra vibración sino las emanadas del recinto cerrado pudiesen grabarse en la cinta. En el caso, naturalmente, de que tales vibraciones llegasen a producirse. Sobre semejante posibilidad, como he dicho al principio, albergaba serias dudas. A pesar de las cuales regresé para rebobinar la cinta pasadas las ocho. Es decir, cuando había finalizado con creces su recorrido. He de advertir que ese día, catorce de mayo, se cumplían exactamente cinco años desde que el conde, según se presumía, dejó de existir. ¿Dejó de existir...? Yo me encontraba solo, inmóvil, sentado frente al magnetófono, y de ningún modo quería plantearme esa pregunta. Pero sé positivamente que trataba de retener la respiración mientras escuchaba el ruido de fondo del aparato y el triste susurro de la lluvia sobre mi cabeza.

Nada extraordinario sucedió de inmediato. Sin que cediera un ápice mi inquietud (amplificada por el hecho de saber que fuera de la cripta «también» era ya noche cerrada), los ruidos combinados del mecanismo y de la lluvia me provocaron un estado similar al trance hipnótico. Y recordé una a una, como si fueran las imágenes de una película, todas las circunstancias que me habían llevado hasta aquel maldito lugar.

Según los rumores que había logrado recoger, en

el castillo de Crèvilles estaban ocurriendo inquietantes acontecimientos. La verde pujanza de mayo se mostraba en la comarca como una bendición, y el crecimiento de los pastos auguraba un año venturoso para los campesinos. Pero la vegetación del jardín que rodeaba al edificio se agostaba y secaba sin remedio. Y ello, pese a que no faltase el agua. De acuerdo con las noticias de mi informante, que había sido acogido por la hospitalidad de la condesa viuda, un aroma dulzón, levemente fétido, invadía las rancias estancias del castillo. Los criados habían huido en su mayor parte, asustados por lo que creían ruidos anormales, como de seres reptantes; ruidos que procedían, según murmuraban entre ellos, de la misma cripta del jardín donde estaba enterrado Antoine de la Fourcade. Fatigados por los siglos, pero también por la imperdonable incuria de sus moradores, los muros parecían a punto de desmoronarse. Los purulentos desconchados de la fachada incidían en el ambiente de desolación y abandono; y la sombra de un vago, pero palpable terror, recorría las macilentas estancias al atardecer y aumentaba en la oscuridad de rincones y pasillos al llegar la noche.

Todo ello había afectado tanto a mi amigo que buscó un pretexto cualquiera para huir del castillo cuanto antes. Pero con ser estos datos que me proporcionaba tan poco tranquilizadores, lo eran mucho menos aquellos que hacían referencia, tanto al estado de Cécille de la Fourcade, su hija, como al de la propia condesa. Madeleine, en efecto, parecía haber limitado al mínimo indispensable los contactos con la realidad. Sus enfermizas inclinaciones al misticismo, manifestadas por primera vez a raíz de la muerte del conde, se habían exacerbado hasta el punto de afectar tanto a su equilibrio fisiológico como a la proverbial entereza de su carácter. Apenas comía, recluída casi por completo en sus habitaciones. Y durante la estancia de mi amigo había reducido, aunque sin traspasar las fronteras de la descortesía, sus deberes de anfitriona. Al parecer se pasaba la mayor parte del

tiempo rezando, según se deducía del bisbiseo, los gemidos y las apagadas palabras que podía escuchar cualquiera que pasase, tanto de día como de noche, frente a la puerta de su dormitorio. Mi amigo la había visto enflaquecida hasta lo inconcebible, y en un estado de ánimo que oscilaba entre la desdeñosa indiferencia por la vida y un desasosiego tan angustioso que acababa transluciéndose en miradas huidizas, en incontrolables gestos de espanto ante presencias que, por no manifestadas, cabría calificar de imaginarias.

En cuanto a Cécille, la hija de los condes, su apariencia hubiera despertado la compasión de las piedras. Comparando la descripción de mi amigo con la imagen que yo conservaba de ella (pues la había visto por última vez meses antes de la muerte de su padre), confieso que estuve a punto de que se me saltasen las lágrimas. Tenía, la última vez que la ví, diecisiete años; y lamenté yo no tener diez menos para intentar enamorarla sin avergonzarme. Era uno de esos raros especímenes que muy de tarde en tarde produce la raza humana en su afán por acercarse a los dioses. La magia de sus ojos azules, del dulce dibujo de su boca, evocaban los huidizos escorzos de un pintor prerrafaelista. Su cuello me fascinaba de una manera particular. Podría decirse que hería de amor, pues era esbelto como un búcaro y sus contornos participaban de esa cándida naturaleza que sólo puede encontrarse en los seres vegetales. Tenía los cabellos largos, rubios y suavemente ondulados. Mil veces había deseado yo hundir mis dedos en esa cascada. Pero, sobre todo, era la expresión de su semblante lo que con más fuerza atraía, y aún turbaba, a la mayoría de cuantos tuvimos la fortuna de conocerla en aquella época. Quien haya gozado de la placidez de la luna llena emergiendo de un mar en absoluta calma, sabrá qué sentimientos inspiraba aquel rostro armonioso, cálido y pacífico, donde la inocencia era transparente.

Según deduje de la descripción de mi amigo, esa paz había sido emponzoñada por una espantosa tormenta. Pero no pude constatarlo cuando, movido por

la compasión hacia madre e hija, decidí que mi presencia en el castillo podría tal vez mitigar la morbosa melancolía de una y otra. Su madre me alegó que Cécille no estaba en condiciones de ver a nadie por encontrarse enferma, aunque sin especificarme qué tipo de enfermedad padecía.

Fui recibido por la condesa con inesperada frialdad; lo que contrastaba con el gran aprecio que siempre me había profesado. Bien es verdad que desatendí mis deberes de amistad con los condes en los últimos tiempos, afanado quizás en exceso por ciertos negocios y especulaciones que me hicieron olvidar otros afectos. Pero no creía yo merecer semejante hielo de quien había sido, hasta su muerte, íntima amiga de mi madre.

Sin embargo, no me afectó tanto la desdeñosa frialdad de la condesa como comprobar hasta qué punto se acercaba a la verdad cuanto sobre ella había dicho mi amigo. La vi delgada, macilenta, vestida de cualquier manera y con el lamentable aspecto de quien siente desprecio hacia sí y hace extensivo ese desprecio a los demás. Observé algo tan inaudito en Madeleine como que sus uñas estaban sucias. Igualmente insólito en ella era que sus cabellos se encontraban revueltos, amén de encanecidos y despoblados hasta el punto de que se traslucía todo el contorno del cráneo. Mi primera impresión, al ver la forma hierática con que bajaba las escaleras del salón, fue que tendría que vérmelas con su propio espectro: un triste espectro carente de la elegancia y la dignidad que Madeleine había tenido en otros días. A través de sus ojeras desmesuradas descubrí la mirada de una demente, y comprendí por qué en el castillo reinaba el desorden y la suciedad.

Apenas crucé con ella unas palabras. Tras comunicarme la difusa noticia de la enfermedad de su hija me ofreció su hospitalidad sin calor alguno, advirtiéndome que podía hacer en el castillo cuanto quisiera salvo subir a las habitaciones del piso superior, donde se encontraba la enferma y la propia Made-

leine. Me indicó que allí se entregaba la mayor parte del tiempo a sus oraciones y que de ningún modo quería ser molestada. Podía, en cambio, disponer a mi antojo del resto del edificio, así como de los servicios de Pierre, el mayordomo. Yo retenía a duras penas en la boca multitud de preguntas, pero no pude formularle ninguna. Cuando quise hacerlo me cortó en seco:

—No quiero saber nada, nada... También yo estoy enferma. Moriré pronto... Eres un viejo amigo de la familia y debes considerarte en tu casa. Pero quiero estar sola. Te ruego que no nos importunes a mi hija ni a mí.

Su extraña actitud me dejó estupefacto. Ella lo advirtió y por toda respuesta dejó traslucir en el fondo de sus ojos inquietos un oscuro paisaje de horror y desolación. Tanto, que no me atreví a explorar ese paisaje y bajé la mirada. Quizás esa pequeña cobardía hizo que mi persona dejara de suscitar en ella, de pronto, el menor interés. O tal vez, acuciada por alguno de sus fantasmas interiores, no tuvo más remedio que entregarse a la fascinación del delirio. El caso es que sus ojos se nublaron, giraron en redondo con una mueca atroz, y, como hablando para sí misma, a media voz, creí entender que se dirigía a su difunto marido.

—Esta noche no... ¡No esta noche, Antoine...! ¿Hasta cuándo lo soportaré?... Romperé los lazos... ¡Te juro que romperé los lazos...!

Luego hizo la señal de la cruz varias veces, apresuradamente, y durante unos segundos se quedó mirando, con odio inmenso, a un punto indeterminado del salón, situado a mi izquierda. Antes de que me diera tiempo a reaccionar (aunque tampoco sabía cómo hacerlo) subió las escaleras desmañadamente, como un autómata que tuviera rotos sus resortes. Poco después Pierre y yo escuchamos el ruido de la puerta del dormitorio de la condesa al cerrarse. El mayordomo, pálido y tieso como un palo, estaba acostumbrado, por deformación profesional, a no de-

jar traslucir el más leve indicio de sus sentimientos. Pero en aquella ocasión, y una vez que la condesa hubo desaparecido, ví cómo asomaba una gota en sus ojos enrojecidos.

—¡Perdóneme el señor! ¡Perdóneme...! Ya soy el único que queda en la casa. Tantos años a su servicio, y ahora... No puedo dejarlas solas. Mis sobrinos me escriben continuamente, diciéndome que me vaya a vivir con ellos. ¡Si supieran lo que está pasando!

Le rogué que hablara en voz baja, por si la condesa o su hija pudieran oírle.

—Señor, le pido mil disculpas. Pero descuide que no nos oirán. ¡Ojalá pudieran oírnos! Están en otro mundo. ¡Le aseguro que están en otro mundo!

Le invité a salir conmigo al jardín, donde podríamos hablar con más libertad. El viaje me había fatigado, y a la tensión del mismo se unía la que me había dejado la escena con la condesa. Quizá debido a esa misma tensión, el espectáculo del jardín muerto me produjo el efecto de estar viviendo una pesadilla. Las ramas secas y retorcidas de los sauces parecían dedos agarrotados que quisieran apresar en el aire un último soplo de vida. Por el camino surgían multitud de raíces medio podridas que dificultaban el paso. Hasta el límite de las tapias no se divisaba el menor signo de vida vegetal o animal. Pero al otro lado se levantaba vigoroso un bosque de pinos. El sol iniciaba su descenso y podía escuchar la sonora alegría de sus habitantes. Ningún pájaro cruzaba, sin embargo, el cielo del jardín. Una pequeña gruta artificial, mandada construir por el conde, daba paso a la cripta donde estaba enterrado. A su alrededor la desolación era, si cabe, mayor que en el resto de aquel terreno extrañamente baldío. Pese a que el cielo se encontraba despejado, sentía al respirar la misma opresión que precede a la tormenta.

Formulé atropelladamente a Pierre las preguntas que había querido dirigir a la condesa.

—Yo soy un pobre hombre, señor —me contestó—. Pero nada es normal aquí desde que murió el

señor conde. Soy un pobre hombre, le digo, y no me atrevo a buscar una explicación. No me atrevo...

—Por el amor de Dios, Pierre. Dígame de una vez lo que está pasando.

—¡Si yo lo supiera...! Pero hay ruidos y voces que ponen los pelos de punta. Antes de morir, el señor conde hacía unos experimentos muy raros. No me he atrevido a pasar a su laboratorio desde que murió, señor. Pero si quiere, puedo dejarle la llave. Allí están las cosas más extrañas que se pueda imaginar. Algunas noches parece que arañasen las paredes. Otras escucho lamentos y crujidos... Puede estar seguro el señor de que no creo en fantasmas. Pero he puesto un cerrojo en la puerta de mi cuarto. Y una imagen de la Virgen a los pies de mi cama. Le juro que me iría ahora mismo, como tantas veces me piden mis sobrinos. Pero, ¿cómo dejarlas solas? ¿Qué harían estas pobres mujeres sin mí?

—Me decía que no se atrevía a buscar una explicación...

—¿Qué le puede decir un pobre viejo como yo? No sé por qué razón, pero los condes, en los últimos tiempos, se odiaban. Se odiaban a muerte... El señor conde dormía allí mismo, en su laboratorio. Y no le dirigía la palabra a la señora condesa en todo el día. Ya sé que no debería decirle estas cosas, señor, que mi deber sería guardar silencio. Pero quizás estas confidencias le sirvan para ayudar a la pobre Cécille.

—¿Qué le ocurre a Cécille?

Antes de dar su respuesta, el viejo mayordomo exhaló un hondo suspiro. Vi cómo de nuevo sus ojos enrojecían.

—El señor ha visto en qué estado se encuentra su madre, la señora condesa. Yo creo, y espero que el señor sabrá perdonarme por lo que digo, que la señora condesa se está volviendo...

—Sí, Pierre, se está volviendo loca; dígalo sin miedo.

—Es usted quien lo ha dicho. Pero es una locura lo que hace con su hija. Hace más de un mes que no

veo a la señorita Cécille. Todos los días dejo preparada la comida de las dos a los pies de la escalera. La señora condesa recoge y sube la bandeja. Tampoco a mí me permite subir, señor. Cualquiera podría decir... Y no soy yo quien lo dice, señor, lo podría decir cualquiera... Que la tiene secuestrada. Como si quisiera protegerla... Le ruego al señor que no me pregunte nada más. Creo que estoy hablando demasiado...

Parecía haberse asustado de sus propias palabras, y nada más le pregunté. Cuando regresamos al castillo le pedí la llave del «laboratorio», como llamaba Pierre a aquel cuarto desordenado. Había, en efecto, una estantería repleta de potingues y recipientes de vidrio. Abrí uno de ellos, al azar. Contenía un líquido negruzco, de hedor repugnante. Abrí otro que olía todavía peor. Mis conocimientos de química son limitados, pero no lo bastante como para no poder identificar un laboratorio convencional. Y ese no lo era en modo alguno, sino que recordaba al gabinete medieval de un alquimista. Había también un gran número de viejos libros en cuyas tapas apergaminadas se acumulaba el polvo. La mayoría de ellos estaban escritos en latín, hebreo y sánscrito. Por lo poco que pude descifrar y, sobre todo, por los escalofriantes grabados que ilustraban algunos de los volúmenes, deduje cuál era el tema que en ellos se trataba. Magia negra, sin duda.

Me sorprendió que el conde hubiera dedicado los últimos años de su vida (por lo que cabría deducir de aquel gabinete) a la nigromancia. Jamás lo hubiera sospechado de un hombre de cultura enciclopédica que se jactaba, además, de participar en las inquietudes del mundo contemporáneo. Sí recordaba, sin embargo, que el miedo a la muerte constituía una de sus más angustiosas obsesiones. Jamás consentía que se hablase de ese tema en su presencia. Sospeché por ello que las morbosas aficiones que delataba la existencia de aquel gabinete le sobrevinieron cuando se enteró que padecía una enfermedad incurable y que

su fin estaba próximo. En el reducido cuartucho había también una cama turca. A la cabecera, sobre una mesita de noche, se encontraba una fotografía de Cécille, cuya dulce sonrisa contrastaba vivamente con el ambiente enfermizo y malévolo que se respiraba en aquella habitación.

Pierre me confió posteriormente que Antoine de la Fourcade murió en esa cama, y que su muerte fue desacostumbrada y extraña. Después de haber sostenido una violenta discusión con la condesa, al parecer motivada por ciertas discrepancias acerca de la educación de su hija, se encerró en su «laboratorio» con los ojos chispeantes de ira. Antes de hacerlo, sin embargo, habló con el mayordomo en los siguientes términos:

—Voy a emprender un viaje, Pierre. Cuida de mi hija, defiéndela de esa mala bestia, no dejes que su madre le contagie su locura. Y prométeme que, pase lo que pase, no abandonarás el castillo mientras Cécille permanezca en él.

Minutos después, mientras la condesa y su hija permanecían en las habitaciones superiores, el mayordomo se acercó con sigilo a la puerta del laboratorio. La agitación del conde era evidente. Escuchó sus frenéticas zancadas, sus invocaciones incomprensibles, el entrechocar de vasijas de cristal y el gorgoteo de un líquido en ebullición. Luego, la voz entrecortada del conde, el apagado tono con que repetía, hasta convertirla en un débil susurro, una sola palabra:

—Cécille, Cécille...

Aquello ocurrió entre las siete y las ocho de la tarde. Al día siguiente, y en vista de que el conde no daba señales de vida, tuvieron que derribar la puerta. El cuerpo yacía sobre la cama turca en posición fetal, con los ojos cerrados. Pierre pudo observar la extraordinaria circunstancia de que su mandíbula, al contrario de lo que ocurre con todos los cuerpos visitados por la muerte, no estuviera caída.

Apenas si pude yo dormir aquella noche. Sabía que Cécille se encontraba a escasos metros de mi cabeza, en el dormitorio del piso superior, y me atormentaba el deseo de comprobar cuál era en realidad su estado. Tentado estuve, mientras duró el insomnio, de burlar la prohibición de la condesa y subir aquellas malditas escaleras. Estuve atento al menor rumor, pero nada escuché. Cuando el cansancio pudo más que mi voluntad de permanecer alerta, me sumí en un sueño ligero visitado por tortuosas pesadillas. Poco antes de que clarease el alba del mismo día en que cinco años atrás murió Antoine de la Fourcade, golpearon imperiosamente a mi puerta. Salté de la cama, con todo el sobresalto que cabe imaginar, y encendí la luz. Al abrir me encontré a un Pierre pálido y sudoroso, presa de una terrible agitación.

—¡Déjeme pasar señor, por el amor de Dios! ¡Está ocurriendo algo espantoso! ¡Me estoy ahogando! Es... O mejor venga conmigo. Mejor es que subamos al piso de arriba. ¡Inmediatamente!

Mientras subíamos escuché una especie de gruñido, procedente del dormitorio de la condesa, que me puso los pelos de punta. Frente a su puerta escuchamos también un alarido que nos cortó la respiración. Era tan desgarrador, tan inhumano, que no tuvimos el valor de franquearla. Pierre se agarraba tenazmente a mi brazo para no desmayarse. Yo temblaba como si estuviera a punto de caer a un profundo acantilado. Hasta pasados unos segundos desde que sobrevino ese alarido no nos atrevimos a entrar. Percibí un aroma repulsivo, similar al de una de las vasijas del laboratorio.

Abrí la puerta y encendí la luz. Pierre, al ver lo que yo mismo ví, cayó al suelo, desmayado, como un muñeco de trapo. El horror impidió que me ocupase de él. La cara de la condesa aparecía desgarrada hasta resultar irreconocible por lo que parecían los zarpazos de una fiera. Volví asqueado la cabeza y sentí que se me revolvían las entrañas. El horror brillaba en los ojos del cadáver como en dos perlas del infierno.

Tuve el convencimiento de que fue ese mismo horror, y no los zarpazos, lo que le produjo la muerte.

Reanimé a Pierre como pude y ambos escapamos de aquel cuarto de pesadilla. Había perdido el habla. Tuve que zarandearlo con energía para que me dijera dónde estaba el dormitorio de Cécille.

—¡Allí, al fondo, el último de la derecha!

A través de la puerta entreabierta volví a respirar el repulsivo aroma. La cama estaba deshecha, todavía caliente, y el cuarto vacío.

Escudriñamos hasta el último rincón del castillo sin que Cécille apareciera por parte alguna. El pobre Pierre me seguía a todas partes con la mansedumbre de un perro. Sus ojos delirantes, sus palabras incomprensibles, me indicaban que estaba perdiendo la razón.

Dedicamos casi todo el día a nuestra infructuosa búsqueda. Una y otra vez recorríamos los mismos pasillos, las mismas habitaciones, como si fuera posible alcanzar algún fruto de aquella estéril repetición. Pese a lo cual, poco antes de las siete de la tarde bajé a la cripta del jardín dispuesto a realizar la experiencia psicofónica que me había propuesto. Inútil es decir el gran esfuerzo de voluntad que hube de llevar a cabo para vencer el terror y la repugnancia, habida cuenta de los terribles acontecimientos que estaba viviendo.

El magnetófono no reproducía, al principio, otra vibración que su propio ruido de fondo. Yo había creído percibir, sin embargo, un repulsivo «sonido» en el interior de mi cabeza: la E y la I repetidas angustiosamente por alguna entidad que se encontrase en una esfera ajena al tiempo, en un espacio de lóbrega y desesperanzada soledad. Y cuando, finalmente, el magnetofón reprodujo aquella terrible psicofonía, descubrí cuál era el significado de las dos vocales:

—«¡Cécille, Cécille...!»

Anegado por el espanto, descubrí en esa voz metálica y distorsionada la misma voz de Antoine de la Fourcade. Luego siguió el silencio y después escuché

otra voz para mí mucho más querida. La voz de aquella cuyo amor me había llevado hasta la maldición del castillo y a quien no pude ver:

—«¡Padre...! ¡Padre mío!»

Temblé de arriba abajo sobre la frialdad de aquella tumba. Un presentimiento ominoso me atravesó las sienes como un rayo. Sin gran esfuerzo descorrí la losa. Su profunda oscuridad fue en parte desvelada por la luz de mi linterna. Allí se encontraba, dulcemente abrazada al cadáver de su padre, el cuerpo sin vida de Cécille.

PROXIMA APARICION



DULCE, QUERIDISIMA MAMA

EL LARGO VIAJE

EL CAZADOR

UNA CONVERSACION SOBRE GENETICA

LA MANDRAGORA

FANTASMA PARA UN APARTAMENTO

LA MALDICION DE LOS HOLSTEIN

LABERINTO SIN FINAL



EL TRAJE MARRON DE FRANELA

MATANZA EN EL
«NUEVA CALEDONIA»

OSCURO COMO
EL AMOR Y LA MUERTE

LA BRUJA

LA CARTA EXTRAVIADA

LA MASCARA DE LA MUERTE ROJA

LA PROMESA

EN LA CRIPTA DEL JARDIN